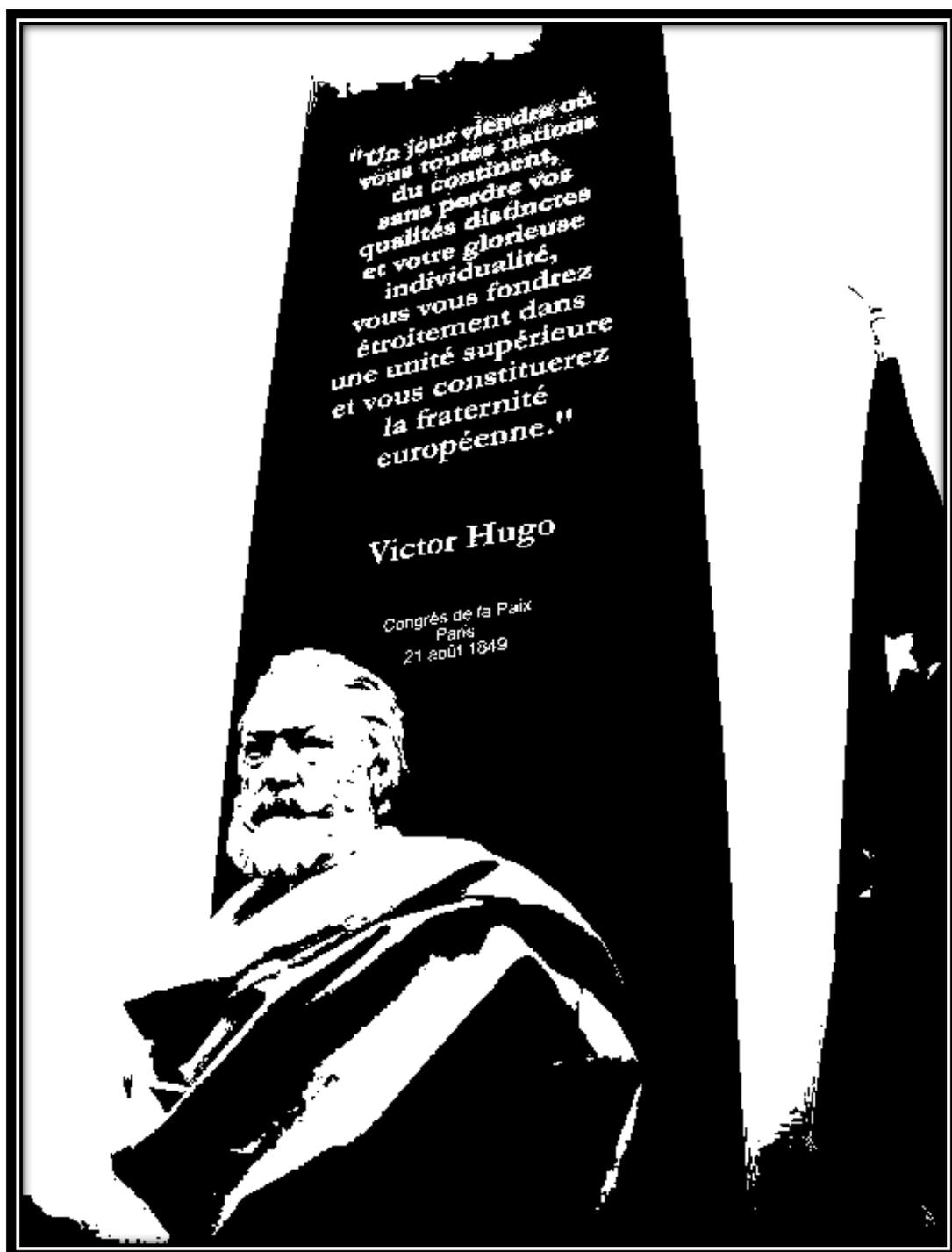


Fraternidad europea



Manuel Blanco Desar

Fraternidad europea

Manuel Blanco Desar

© Manuel Blanco Desar & JMBG, 2021

eurofoedus@gmail.com

Todos los derechos reservados. El contenido de esta obra está protegido por la ley, quedando prohibida su reproducción, plagio, distribución o comunicación pública, bien sea en su totalidad o de modo parcial en cualquier medio, sin la oportuna y preceptiva autorización.

(V)	Áreas de acción federal	
	Una economía más integrada.....	70
	Valor y precio.....	73
	Un euro ≠ Un euro.....	78
	Salir al exterior.....	80
	Beneficios intangibles de la unidad.....	81
	Sistema fiscal federal.....	84
	Ayudar a quien se ayuda.....	87
	Un Ejército Federal.....	90
	Debilidad europea e implosión por inducción: el caso de Siria.....	92
	Política internacional de la Federación europea.....	96
	Programa educativo federal.....	100
	Universidades federales.....	103
	Agricultura y soberanía alimentaria.....,,,	105
	Sanidad: Autosuficiencia sanitaria.....	109
	Medio ambiente y sostenibilidad inteligente.....,,,	113
	Energía e independencia energética.....,,,	116
	Cooperación al desarrollo.....	119
	Europa es su cultura.....	122
(VI)	Sociedad	
	Interlocutores sociales federales.....	124
(VII)	Sobre la Asociación Federalista Europea	126
(VIII)	Un escenario de no-Europa: La des-Unión como hipótesis.....	128
(IX)	¿Soy verdaderamente europeo?	132

(X) Epílogo

Del fratricidio a la fraternidad.....140

+ Apéndice luso-español:

La vanguardia en la Unión..... 144

*We are the Dead. Short days ago
We lived, felt dawn, saw sunset glow,
Loved and were loved, and now we lie
In Flanders fields.*

John McCrae

Somos los muertos. Hace pocos días
Vivimos, sentimos el amanecer, contemplamos el brillo del ocaso,
Amamos y fuimos amados, y ahora yacemos
En los campos de Flandes

John McCrae

I. Introducción

Nosotros, los europeos, vamos a menos en el mundo. A menos en lo demográfico. A menos en lo económico. A menos en la ciencia. A menos en el progreso. Asistimos a un declive incompatible con el sostenimiento de nuestra Sociedad del Bienestar y por ello debemos cambiar de estrategia cuanto antes.

Vamos en sentido social contrario al que seguimos en la dirección que arrancó con el levantamiento del Estado de Bienestar hasta nuestros días. No avanzamos, sino que retrocedemos. Vamos a menos por nuestra voluntaria ceguera, causada por un nocivo confort, por una desidia tóxica, por una inercia indolente y por un eurocentrismo engreído. Pero, también, porque otras comunidades, culturas y civilizaciones van a más y a mayor velocidad. Es legítimo por su parte, nadie debe ponerlo en duda. Están en su derecho y mucho tenemos que aprender de ellas, despojándonos de nuestra soberbia, de nuestro pueril complejo de superioridad, de nuestra miopía estratégica.

A nivel global, Europa es como una anciana elegantemente vestida y cargada de preciadas joyas, pero que deambula sin rumbo y absorta por barrios oscuros y peligrosos. Barrios del mundo donde habita gente que además soporta una vida durísima, y que por esta razón no comparte los temores europeos, propios de toda rentista conspicua.

Por consiguiente, el mayor hándicap que amenaza el futuro de Europa radica entre nosotros. Nosotros lo hemos engendrado y alimentado. No busquemos responsables fuera, ni mucho menos culpables. Ese hándicap surge de nuestro minifundismo mental, de nuestra conservadora auto-satisfacción, de nuestro cortoplacismo, y prolifera a causa de nuestra ingenuidad. Somos viejos con mentalidad de niño, de niño consentido y caprichoso. Somos impotentes e inmaduros en la forma de observar el mundo que tendría cualquier adulto con experiencia.

Europa es pequeña y además empequeñece. Miremos un mapa del planeta, un planisferio político. Nuestro territorio es una limitada península de Asia, solo separada de la enorme, creciente y juvenil África por un angosto hilo de agua, como es el Estrecho de Gibraltar. Miremos las pirámides demográficas a idéntica escala de Asia y de África respecto a la inestable pirámide europea. Abramos los ojos y no giremos la cabeza. Ellas tienen sólidas bases, mientras que la nuestra amenaza derrumbe por una inapelable Ley de la gravedad, imposible de derogar por las convenciones humanas.

Nadie en Europa quiere otear el horizonte socioeconómico a tan escasa distancia como resulta una generación. Es decir, a tan solo unos 30 años por delante, edad a la que los europeos nos planteamos reproducirnos. En 30 años lo que conocemos puede desmoronarse si persistimos en hacer lo mismo: nada.

Sin embargo, tras siglos de tinieblas y de sangre, de guerras entre familias regias y entre Estados sucesores de esas mismas familias, tras múltiples dramas y desgracias, la fortuna nos ha traído hasta aquí. Hasta la mejor y más humana organización social, política y económica que ha conocido la humanidad, como lo acreditan nuestra esperanza de vida con salud, nuestra protección de las libertades y de la igualdad ante la ley, y nuestra construcción de servicios públicos básicos y de prestaciones mínimas garantizadas para todos nuestros ciudadanos. Si no hemos alcanzado la excelencia social, hemos estado muy cerca de alcanzar ese punto virtuoso de la existencia humana. Cuando se ha llegado hasta aquí, resulta muy duro perder lo logrado.

Por añadidura, habitamos una de las mejores regiones del planeta, de clima suave, propicio para el trabajo y el estudio, con abundante agua potable y con un suelo fértil. No tenemos muchas materias primas, pero por eso mismo nos libramos de la maldición que su prodigalidad conlleva, puesto que fomentan la holganza y todo tipo de infortunios asociados a ella.

Hemos aprendido de nuestro terrible y sangriento pasado, con el clímax de la abominable degeneración que supuso la Gran Guerra de 1914 a 1945, tras el breve armisticio entre 1918 y 1939. Tan cruel y dura lección no debe ser olvidada jamás, como jamás debemos aproximarnos al precipicio que provocó la diabólica puesta en marcha de un criminal efecto dominó. La humanidad tiene corta memoria, y por eso quienes amamos esta nueva Europa, esta Europa redimida de sus peores pecados, tenemos el sagrado deber de preservar tal memoria y evitar que se repita esa pandemia antropofágica de odio nacionalista.

Con todo, Europa todavía es la luz del mundo, aunque cada año que pasa disponga de menos energía vital y de menos coraje. Por eso debemos trabajar para mantener su intensidad y demostrar que una vida decente es posible, y no solo para nosotros y nuestros hijos. Al contrario, debemos comprender que la mejor forma de defender aquello que nos ha costado tanto construir es compartirlo exportándolo, y que será tanto más sólido cuantos más seres humanos se sumen a los valores de libertad, de igualdad y, sobre todo, de fraternidad, que están en su base.

En ningún otro sitio más que en Europa brilla con mayor fulgor la Sociedad del Bienestar y el Imperio de la Ley, la libertad y la igualdad, así como el cerco al abuso de poder mediante la división de poderes, en tanto que garantía para los ciudadanos, la pluralidad política y la diversidad social.

No obstante, mantener esta luz tiene sus costes, costes que no pocos europeos quieren ignorar de un modo infantil. Esos costes son la excelencia y la eficiencia

económica, fundamentada en más y mejores resultados educativos, científicos, técnicos e industriales.

También tenemos que abrir los ojos a la realidad del mundo y defender el inmenso valor de esta luz y de nuestro modo de vida. Europa no puede seguir siendo esa débil anciana enojada que deambula sin rumbo entre quienes desean arrebatarse sus posesiones más valiosas mediante un trueque ventajoso, sin asumir por ello las virtudes que hicieron posible ese patrimonio ético y axiológico, un patrimonio de valores fundamentales.

Debemos aprender a defendernos y asumir las incomodidades de la defensa. Precisamos un Ejército común, directamente nutrido y costado por la ciudadanía europea, sin levas estatales y sin sus vetos. Precisamos una diplomacia común, para evitar que otros aprovechen nuestras pequeñas, caducas y estériles diferencias, mediante la consabida estrategia del *divide et impera*. Esa estrategia letal comienza con una fragmentación de la cohesión interna, que siempre arranca por el eslabón más débil de la cadena.

Hasta hoy, nuestros padres fundadores fueron providenciales. Consiguieron algo milagroso y casi inimaginable, tras asistir a carnicerías humanas como la de Verdún o a infamias como la del gueto de Varsovia. Esos fundadores lo lograron recurriendo a herramientas del siglo XIX: la conferencia diplomática permanente, la negociación discreta y la transacción. Loados sean, pero admitamos que consumida ya la quinta parte del siglo XXI y ante nuevos actores internacionales de descomunal potencia, esos métodos pensados para la Europa de Metternich, Castlereagh y Talleyrand, tras las guerras napoleónicas, de nada sirven ante el traslado del eje económico del planeta desde el Atlántico hacia el Pacífico y ante la eclosión de África como realidad con un vibrante y populoso porvenir.

Sin embargo pues, ahora, en el contexto de decadencia y senescencia en el que nos hallamos, esas herramientas ya no bastan, o en cualquier caso son inadecuadas. Hoy necesitamos un refrendo cotidiano de la ciudadanía con Europa. De lo contrario, muchos conciudadanos, comenzando por los nostálgicos de un tiempo pasado en un mundo desaparecido, el pretérito mundo en el que Europa dictaba las pautas, escucharán los cantos de sirena que nos conducirán a revivir los viejos demonios que nos destrozaron y al desastre definitivo del que ya no nos levantaremos.

El nacionalismo contra el vecino, en vez del patriotismo fraterno, es la mayor amenaza para mantener nuestra luz en el planeta. El nacionalismo es ventajismo egoísta, a muy corto plazo y en un diminuto espacio. Es la máscara de los ineptos, agazapados entre la masa, para esconder su incapacidad y su miedo hacia nuestros competidores, hacia un mundo que ya no es de matriz europea.

No se puede vivir permanentemente tras los muros, ignorando los extraordinarios avances de los demás. No se puede sin comerciar de manera justa y renunciando a la excelencia. Es de cobardes aguardar el colapso por nuestra vejez,

encogidos a ras de suelo, en una fortaleza sitiada, sin esperar aliados que nos salven de esa perdedora y suicida estrategia.

Esta obra es para ciudadanos europeos. Para vosotros, trabajadores; para vosotros, ancianos retirados pero activos; para quienes tenéis trabajos precarios que alternáis con intervalos de desempleo; para los jóvenes que sois una creciente y olvidada minoría. No es para profesionales de las relaciones internacionales, para juristas, politólogos o economistas especializados en la clásica construcción europea. Es para quienes somos la sangre, la piel y el nervio de Europa. Para quienes queremos votar a diario sobre la consolidación de un proyecto por el que vale la pena acreditar un compromiso permanente, que garantice y mejore cuanto hemos conseguido durante las décadas más fructíferas para el ciudadano común. *Europa* somos cada uno de nosotros con la herencia de nuestras madres y nuestros padres.

De la guerra permanente a la paz perpetua

Una de las taras que nos ha legado el eurocentrismo es nuestra ignorancia sobre la historia de otros pueblos del planeta. No podemos afirmar con seguridad que Europa haya sido más o menos belicosa y pendenciera que otros continentes, civilizaciones o grandes naciones culturales. Pero lo que sí podemos atestiguar es que, desde la Revolución Industrial hasta hoy, ninguna región del mundo ha sido más salvaje y ávida de sangre que Europa. Los horrores engendrados durante el siglo XX en Europa, precedidos por un colonialismo abyecto, refrendan esta impresión.

Durante la Edad Media los señores feudales sometieron a Europa a un estado de constante guerra civil, aunque de baja intensidad atendiendo a los parámetros contemporáneos. Luego los reyes, que se consideraban dueños de las vidas y haciendas de sus súbditos, nos colocaron en un nuevo estado de guerra permanente, al que se sumó la histeria religiosa que fragmentó el cristianismo, por causa de la codicia institucionalizada de clérigos con más ambición y lujuria que fe genuina. Por último, el nacionalismo que engendró la idea de “*Nación*”, movilizó de forma gratuita a millones de jóvenes para mandarlos a la trituradora de carne que, desde las contiendas napoleónicas, culminó con la insania de Ypres o el Somme, y que aún tendría su eclosión apocalíptica con el nazismo y toda su barbarie. Una barbarie que por su dimensión e intensidad jamás había conocido la humanidad. Para mayor desgracia, esas guerras tuvieron sus réplicas más allá de las fronteras europeas e implicaron a millones de seres humanos, con los resultados por todos conocidos.

Igual que las amapolas crecían en los campos de Flandes, regadas por la sangre de jóvenes inocentes y abonadas por su carne y sus huesos, los nacionalistas excitaban el rencor y la revancha, reversos ambos de los peores sentimientos gregarios, del odio irracional, de la envidia y de la xenofobia. Si todos esos muertos pudiesen votar, y con

ellos los nunca nacidos que les hubieran sucedido, la *Fraternidad Europea* ya no tendría que ser construida, porque la obra habría sido culminada de modo natural. Pero, por desgracia, entre nuestros padres fundadores, además de a Kant, a Víctor Hugo, a Churchill, Adenauer, Monnet, Schuman, de Gasperi, Spaak, Hallstein, Spinelli, Madariaga, Coudenhove-Kalergi, ... habría que situar en lugar preferente a John McCrae, el canadiense de raíces escocesas –y por tanto, europeas- que nos legó su hermoso aunque triste poema “*En los campos de Flandes*”:

<p><i>In Flanders fields the poppies blow Between the crosses, row on row, That mark our place; and in the sky The larks, still bravely singing, fly Scarce heard amid the guns below.</i></p> <p><i>We are the Dead. Short days ago We lived, felt dawn, saw sunset glow, Loved and were loved, and now we lie In Flanders fields.</i></p> <p><i>Take up our quarrel with the foe: To you from failing hands we throw The torch; be yours to hold it high. If ye break faith with us who die We shall not sleep, though poppies grow In Flanders fields</i></p>	<p>Las amapolas crecen en los campos de Flandes, Entre las cruces, fila a fila, Marcan nuestro lugar, y en el cielo Las alondras, con su valiente canto, vuelan Apenas oídas, entre los cañones de ahí abajo</p> <p>Somos los muertos. Hace pocos días Vivimos, sentimos el amanecer, contemplamos el brillo del ocaso, Amamos y fuimos amados, y ahora yacemos En los campos de Flandes.</p> <p>Llévate nuestra pelea con el enemigo: Hacia ti, desde nuestras manos caídas, alzamos La antorcha; y sostenla en lo alto. Si rompes la palabra dada a los que morimos No dormiremos, aunque las amapolas crezcan En los campos de Flandes</p>
--	---

Antes de carnicerías como éstas, que inmortalizó ese heroico hijo de Escocia nacido en Canadá, hubo otro europeo que vislumbró en el siglo XVIII cómo debiera organizarse Europa para que en ella reinase la paz, y por medio de esta, la prosperidad y la felicidad. Era un prusiano ilustrado, que jamás abandonó su natal Königsberg –actual Kaliningrado rusa-. Me refiero a Immanuel Kant y a su obra “*Sobre la Paz perpetua*” – “*Zum ewigen Frieden*”-, escrita ya en su madurez, en 1795 –Kant falleció en 1804, a poco de cumplir los 80 años-. Esta obra es posible que hubiese sido inspirada por el Abate de Saint-Pierre, a través del “*Emilio, o de la educación*” de Jean Jacques Rousseau, donde éste aludía someramente a Saint-Pierre, al citar su “*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*” - *Proyecto para hacer la paz perpetua en Europa* -, que el Abate escribió en 1713, gracias a su experiencia en los trabajos de negociación del Tratado de Utrecht, que se desarrollaban por aquel entonces.

Sea como fuere, Kant se vio éticamente compelido a escribir “*Sobre la Paz perpetua*” para desterrar la guerra en una Europa unida y de naturaleza republicana, predispuesta a hallar el bien común de los ciudadanos europeos. Esa Paz se asentaría sobre una Constitución, que descansaría sobre la libertad de los constituyentes, sobre la

igualdad entre los ciudadanos y sobre el Imperio de la Ley. Con un punto de envidiable e indispensable ingenuidad, como todas las nuevas ideas geniales, Kant preveía que cualquier hipotética declaración de guerra debiera requerir antes de una consulta a la ciudadanía, lo que complicaría en gran manera la pulsión belicosa de los gobernantes. Y es así, aunque Kant fuese un célibe contumaz, que ningún padre ni madre decentes querría que ninguno de sus hijos pusiese en riesgo su vida, y menos por desvaríos egocéntricos de emperadores, reyes u otros tiranos.

Los europeos comunes, los ciudadanos europeos hijos de la Ilustración, con libertad, igualdad y fraternidad, aman la Paz, y solo la hidra nacionalista –derivada por desgracia también de esa misma Ilustración- excita la génesis de una novedosa guerra masiva e industrializada, mediante los ejércitos de leva universal. Por eso, al igual que sucede con ciertas sustancias terapéuticas, que nos libran de la enfermedad, de modo análogo debemos aprender a trabajar con este compuesto ilustrado en dosis y modalidades que no desencadenen efectos secundarios indeseados –tales como el nacionalismo agresivo- y que desemboquen en el asesinato de generaciones enteras, segadas por la guadaña de la muerte en la flor de su vida.

El espíritu lírico y humanista del doctor McCrae y el espíritu racional de Kant confluyen en la imperiosa necesidad de preservar la Paz en Europa. Una Paz que también es mundial, aunque primeramente europea, como solar contaminado por el pestífero período que va de 1914 a 1945. Esa Paz perpetua que anhelamos tiene como catalizador o fermento indispensable la Unidad de Europa. Igual que nuestro pan diario precisa de levadura para que tome cuerpo, la Paz perpetua que hemos de blindar, donde florece la justicia y la prosperidad, precisa pues y para siempre de una perpetua Unidad europea.

El método elitista contra el método democrático

Hasta ahora la construcción europea ha tenido un punto de despotismo ilustrado: *“Tout pour le peuple, rien par le peuple” –Todo por el pueblo, pero sin el pueblo-*. Sin embargo, también aquí todo es más complejo.

De nada perverso se puede acusar a los padres fundadores de la UE, ni a sus más nobles inspiradores, comenzando por Columbanus o por Inmanuel Kant, y siguiendo por Víctor-Hugo, Coudenhove-Kalergi o Aristide Briand, hasta Adenauer, Churchill, de Gasperi, Hallstein, Monnet, Schuman, y Spaak, pasando por los tres bravos antifascistas confinados en Ventotene –Colorni, Rossi y Spinelli-, sin olvidar a Salvador de Madariaga. De estos hombres cualquier fruto es nutriente y a su vez fértil para los ciudadanos europeos. Sin embargo, el método de trabajo ulteriormente implementado por la maquinaria político-administrativa europea, que cobró vida propia, generó unas disfunciones que es preciso corregir cuanto antes.

La mayor disfunción es la que podemos calificar como “*elitismo*”, por no hablar del *pathos de la distancia*, que diría Nietzsche. Bajo la etiqueta del “*elitismo*” se resume la creencia de que solo pueden colaborar o contribuir a edificar la Unión los europeos que posean una refinada y costosa formación de base diplomática, adobada con cierta cultura historicista: altos funcionarios estatales, políglotas y poseedores de conocimientos de Derecho Internacional, a los que luego se sumaron otros funcionarios y oportunistas políticos en búsqueda de rentas y canonjías diversas. Los obreros industriales, los agricultores y marineros, los profesores de educación infantil y primaria, los médicos, los policías, los carteros, los desempleados, los camareros, los comerciantes, los trabajadores precarios del sector terciario, los ciudadanos con diversidad funcional, los deportistas, ... ninguno de ellos debía estar en la cocina de la construcción europea. Estorbaban. Esta “*plebe*” intelectual debía limitarse a degustar el goloso menú que los grandes chefs y sus pinches preparasen en sus selladas cocinas, tanto por su salud como por su bienestar. Al igual que esa afirmación que se atribuye a Bismarck, los comedores de salchichas jamás deben ver cómo se hacen las salchichas –, por no hablar de las hamburguesas-.

De ese espíritu elitista nacieron entidades como el *Collège d'Europe*, en Brujas, liderado por el clarividente e irrepitible Salvador de Madariaga, cuyas “*Memorias de un federalista*” siguen siendo altamente recomendables. Nada hay que objetar a estos inicios en la bruma de los primeros tiempos, en 1948-1951, cuando todavía existían en Europa cartillas de racionamiento, escombros, heridos, enfermos psiquiátricos y recién mutilados por la hecatombe precedente. Pero, sobre todo, aún estaba caliente una humana, demasiado humana propensión a la revancha y al resentimiento, tras varias generaciones adoctrinadas desde su más tierna infancia en escuelas nacionales con programas de estudio nacionalistas, tendentes a amoldarlas al canon nacional y confrontarlas contra los restantes nacionales colindantes. Escuelas como las que retrata Erich Maria Remarque -*Erich Paul Remark*- en “*Sin novedad en el frente*”. Escuelas donde se reclutan a funcionarios-profesores para que arenguen a incautos jóvenes con flamígeros y obscenos discursos, en los que por cierto insertaban el inefable “*dulce et decorum est pro patria mori*” –*dulce y honorable es morir por la patria*-, del poeta Horacio, como si patria y nación fuesen perfectos sinónimos. Todo para que sus pupilos se alistasen ciega y masivamente, para ser inmolados en las trincheras por quienes siempre bailan y beben en los grandes salones nacionales. Escuelas nacionales ahora ya estériles ante la imparable globalización, escuelas donde Remarque o el poeta-soldado Wilfred Owen debieran tener hoy un sitio de honor:

‘My friend, you would not tell with such high zest

To children ardent for some desperate glory,

The old Lie: Dulce et decorum est

Pro patria mori.’

<i>Dulce et Decorum Est</i>	<i>Dulce et Decorum Est</i>
<p><i>Bent double, like old beggars under sacks, Knock-kneed, coughing like hags, we cursed through sludge, Till on the haunting flares we turned our backs, And towards our distant rest began to trudge. Men marched asleep. Many had lost their boots, But limped on, blood-shod. All went lame; all blind; Drunk with fatigue; deaf even to the hoots Of gas-shells dropping softly behind.</i></p>	<p>Doblados como viejos mendigos bajo fardos, entrechocando las rodillas y tosiendo como viejas, maldecimos a través del lodo hasta darle la espalda a las condenadas bengalas y empezar a arrastrarnos a un descanso inalcanzable. Los hombres marchaban dormidos. Muchos ya sin botas cojeaban calzados de sangre. Todos patéticos, ciegos todos, borrachos por la fatiga, sordos incluso a los silbidos de obuses con gas que caían a la espalda.</p>
<p><i>Gas! GAS! Quick, boys!—An ecstasy of fumbling Fitting the clumsy helmets just in time, But someone still was yelling out and stumbling And flound'ring like a man in fire or lime.— Dim through the misty panes and thick green light, As under a green sea, I saw him drowning.</i></p>	<p>¡Gas! ¡GAS! ¡De prisa, chicos! En un éxtasis de torpeza nos calamos zafias máscaras justo a tiempo; pero alguno seguía pidiendo ayuda a gritos, tropezando indeciso, como un hombre ardiendo en llamas o cal viva. Borroso tras los vidrios empañados de la máscara, y a través de aquella verde luz espesa, como hundido en un mar verde, lo vi ahogarse.</p>
<p><i>In all my dreams before my helpless sight, He plunges at me, guttering, choking, drowning.</i></p>	<p>En todos mis sueños, ante mi vista indefensa, se abalanza sobre mí, se atraganta, se ahoga, se apaga.</p>
<p><i>If in some smothering dreams, you too could pace Behind the wagon that we flung him in, And watch the white eyes writhing in his face, His hanging face, like a devil's sick of sin; If you could hear, at every jolt, the blood Come gargling from the froth-corrupted lungs, Obscene as cancer, bitter as the cud Of vile, incurable sores on innocent tongues,— My friend, you would not tell with such high zest To children ardent for some desperate glory, The old Lie: Dulce et decorum est Pro patria mori.</i></p>	<p>Si en algún sueño asfixiante también pudieras seguir a pie la carreta donde lo arrojamos y ver cómo retorció los ojos blancos en su cara, una cara colgante, como un diablo hartado de pecado; si pudieras oír, a cada tumbo, la espuma de sangre que vomitan los pulmones podridos, obscena como el cáncer, amarga como pus de llagas viles e incurables en lenguas inocentes, Oh amigo mío, no contarías con tanto entusiasmo a los niños que arden ansiosos de gloria la vieja mentira: <i>Dulce et decorum est Pro patria mori.</i></p>

A partir de los años 80 del pasado siglo XX, cuando ya esa memoria fundacional se había difuminado, los aventureros y mendaces políticos nacionalistas descubrieron algo extraordinario. Descubrieron que “*Bruselas*” era el perfecto chivo expiatorio para endosarle todos los males y todos sus errores.

Para ser preciso, esos políticos de diverso color y pelaje, más que descubrir fabricaron un *Golem*, un muñeco de barro, hecho a su medida y lo bautizaron con el nombre de *Bruselas*. Como en *Bruselas* casi todos tienen su agenda personal e inconfesable –trepar en la pirámide tecnocrática, prepararse un provechoso retiro, colocar a los colegas de partido nacional, ...-, saben que nadie se va a inmolar en defensa de su racionalidad y buen hacer. Famosos son los casos en los que un funcionario o responsable estatal culpa a la malvada *Bruselas* de imponer decisiones impopulares, cuando él mismo ha votado a favor de dicha medida en un arcano comité, presidido por un funcionario de la Comisión europea -aunque sin derecho a voto- y donde solo votan los representantes estatales. Claro que *Bruselas* también contribuye a cebar ese mito con prácticas místicas o esotéricas negadas al trabajador o al maestro, como sucede con su propensión a la “*comitología*” –referida a los centenares de comités, habitualmente creados por las Directivas europeas, para velar por su interpretación y desarrollo, como contrapeso al limitado poder ejecutivo de la Comisión europea-.

De esta manera, década tras década, no es de extrañar que tal método elitista descarrilase estrepitosamente el 29 de mayo de 2005, cuando la ciudadanía francesa rechazó en referéndum la abortada Constitución europea. Era normal que así fuese, cuando nadie se preocupó durante casi medio siglo de hacer pedagogía europea a favor de la unidad entre nuestros ciudadanos, sino por el contrario se hartó de lanzar mensajes degradantes y difamatorios contra esa unidad, haciéndolo por puro ventajismo electoral en sucesivos comicios estatales, pergeñados y disputados entre partidos estatales y nacionalistas, sin la concurrencia de ningún partido genuinamente federalista o europeísta, cualquiera que fuese su orientación o color político en materia económica y en otros asuntos cruciales para la sociedad.

Francia forma parte del corazón de Europa y es su eje articulador. De Francia nació el noble impulso europeísta, ya desde el fiasco de la guerra franco-prusiana. Al desmoronarse tras la marea nacionalista y bonapartista la política tradicional desde los tiempos de los cardenales Richelieu y Mazarin, durante los siglos XVI-XVII, tendente a fomentar o preservar la fragmentación germánica, la ulterior unificación alemana abierta con el II Reich, proclamado en Versalles en 1871, colocó a Francia en inferioridad demográfica, industrial y económica frente a su vecino oriental. El potencial enemigo de Francia –en realidad de la extinta realeza gala- ya no era la realeza sita al oeste –Inglaterra-, o al sur –España-. Luego, las duras realidades de 1914-1918 y 1939-1945, solo superadas para los políticos franceses merced al socorro británico-norteamericano –y soviético-, evidenciaron que lo mejor para los ciudadanos franceses,

para la carne de cañón, para los barbudos y bigotudos *poilu*, era la Unión de Europa. A ello debemos estar agradecidos finalmente todos los europeos, los que no deseamos que ninguno de nuestros descendientes padezca, ni siquiera remotamente, cuanto padecieron esos hombres y poblaciones de Europa durante la primera mitad del siglo XX.

Por eso fue una canallada dar pábulo desde la propia Francia, aproximadamente entre 1950 y 2005, a un relato de miserable política chovinista y con *p* minúscula en cuanto a lo que se discutía en Bruselas, en especial durante los 70, 80, 90 y a principios del siglo XXI. Fulminar el nacimiento de la Comunidad Europea de Defensa, mediante un pacto entre comunistas fieles a Stalin y furibundos nacionalistas, resultó ominoso y premonitorio. Fue después, y más durante las últimas décadas, mientras se diluía el bondadoso espíritu fundacional de nuestra Europa unida, cuando los chovinistas –nunca los auténticos patriotas- comenzaron a hacer acopio de barro dialéctico y a modelar torpemente ese Golem, al que pusieron por nombre *Bruselas* y por apellidos *eurócratas-antidemócratas*.

Por añadidura, la sociedad europea se ha infantilizado con su prosperidad y ha adquirido una frágil memoria de pez. Algunos de sus más reputados políticos han hecho campaña a favor y en contra a la vez de la unificación europea, según las ventajas a corto plazo que pudieran obtener en sus pequeñas circunscripciones y para cebar su infinita vanidad o codicia de poder. Esta estrategia ha calado, y aunque la ciudadanía no recuerde los detalles, como es natural puesto que la inmensa mayoría no es profesional de la política y sus miserias morales le repelen, sí que se le ha quedado grabada una difusa aunque persistente imagen perniciosa de qué es Europa.

Así no fue de extrañar que siendo la Constitución europea el colofón de una estrategia nacida tras la caída de bloque comunista en 1989, seguida por la reunificación alemana y perfeccionada de modo instrumental con el nacimiento del Euro - precisamente para consolidar esa nueva realidad, de la que quien más se beneficiaría sería la ciudadanía francesa-, a la postre la paradoja fue que el pueblo galo rechazó esa abortada Constitución europea, labrada por Valéry Giscard d'Estaing, ex Presidente de la República, y nacido en la alemana Coblenza, en un referéndum donde se preguntó:

“Approuvez-vous le projet de loi qui autorise la ratification du traité établissant une Constitution pour l'Europe?”

-¿Aprueba usted el proyecto de ley que autoriza la ratificación del tratado que establece una Constitución para Europa?-

Con esos antecedentes de señalamiento al *Golem de Bruselas* y con esta enrevesada pregunta sobre principios de Derecho Internacional de los Tratados, no fue de extrañar que de un censo electoral de casi 42 millones de ciudadanos franceses únicamente votasen unos 29 millones, y que de entre ellos más de 15 millones se opusiesen a lo preguntado. Para ser exactos, de entre quienes votaron, el 54,68% lo hizo negativamente y solo el 45,32% afirmativamente. Dos días después, el 1 de junio de 2005, se votó lo mismo en los Países Bajos mediante un referéndum no vinculante –el

primero en más de dos siglos- y el rechazo fue tan masivo -61,5% de los votantes, participando el 63,3% del censo electoral- que el Parlamento nacional no se atrevió a desoír la opinión popular, a pesar de que el *establishment* político mayoritario apoyaba la ratificación, al igual que en Francia. En España se había votado el 20 de febrero del mismo año, aunque solo participó el 42,32% del censo. Los españoles fueron más dóciles con su *establishment* y apoyaron la ratificación por encima del 80% de los votantes -81.65 %-.

El anti-europeísmo democrático cuajó desde entonces y justo es reconocerlo, adoptando ahora por añadidura tintes anti-sistema, comunista, racista o xenófobo. El método elitista ya no sirve pues. El referéndum irlandés de 12 de junio de 2008, sobre el Tratado de Lisboa –que pretendía salvar los muebles del buque hundido de la Constitución Europea-, fue rechazado por 53,1% de los votantes irlandeses, precisamente en uno de los países que mejores resultados socioeconómicos ha obtenido merced a su incorporación al proceso unificador europeo en 1973, y contra el criterio del mayoritario *establishment* político de la Verde República de San Patricio. Luego se ideó un segundo referéndum en Irlanda, con cierta argucia constitucional, el 2 de octubre de 2008, apenas cuatro meses después, y ese Tratado de Lisboa fue validado en Dublín, pero un amargo sabor quedó entre los europeístas de la isla.

Con posterioridad, nuevamente la ciudadanía de los Países Bajos rechazó en 2016, en otro referéndum no vinculante, el Acuerdo de Asociación UE-Ucrania, que inauguraría una zona de libre comercio ampliada y que permitiría a los ucranianos acceder al territorio de la UE sin visado, siempre a cambio de reformas democráticas en dicho país oriental.

En suma, se vuelve a recoger lo que se siembra: si nada se siembra, año tras año, nada se recolecta, cosecha tras cosecha.

Si creemos en Europa, en su legado humanístico, en su ejemplo social, en el milagro de haber convertido espadas en arados, en su indispensable éxito económico para mantener su bienestar, si creemos en su personalidad e independencia cultural, axiológica y geopolítica, los europeístas de razón y corazón tenemos que deseárselo éxito a los defensores del caduco método elitista. Pero también, con decidida determinación y coraje, debemos separarnos de aquel método para iniciar una genuina senda democrática. Una senda dura, empinada, con curvas, mal iluminada, donde no se pisan nobles mármoles, ni mullidas alfombras o templadas moquetas, sino un firme lleno de baches, charcos, barro y bostas. Una senda donde hay que caminar a diario y promover tan cotidianos como modestos referéndums de apoyo, en los hogares, en las escuelas, en las fábricas, en los centros de trabajo, en los estadios de fútbol, ...

Cierto que la democracia no es oclocracia, es decir, no es ni debe ser el gobierno de la turba. Pero tampoco es el gobierno de la oligarquía, de una falsa aristocracia de los mejores, de los que saben y todo lo hacen por el pueblo pero sin el pueblo. Esta inercia, inaugurada en 1948, en el Congreso europeísta de La Haya, tras el discurso del

providencial Winston Churchill en la Universidad de Zurich, el 19 de septiembre de 1946, ya no da más de sí, a pesar del innegable valor y utilidad que tuvo en su época:

<p><i>“Yet all the while there is a remedy which, if it were generally and spontaneously adopted by the great majority of people in many lands, would as by a miracle transform the whole scene and would in a few years make all Europe, or the greater part of it, as free and happy as Switzerland is today. What is this sovereign remedy? It is to recreate the European fabric, or as much of it as we can, and to provide it with a structure under which it can dwell in peace, safety and freedom. We must build a kind of United States of Europe. (...)</i></p> <p><i>But I must give you warning, time may be short. At present there is a breathing space. The cannons have ceased firing. The fighting has stopped. But the dangers have not stopped. If we are to form a United States of Europe, or whatever name it may take, we must begin now. (...) Therefore I say to you “Let Europe arise!”.</i></p>	<p>Sin embargo, al tiempo existe un remedio que, si fuera adoptado general y espontáneamente por la gran mayoría de las personas en muchas tierras, como un milagro transformaría la escena entera y en unos pocos años haría que toda Europa, o su mayor parte, fuese tan libre y feliz como lo es hoy Suiza. ¿Cuál es este remedio soberano? Es regenerar el tejido europeo, o tanto como podamos, y proporcionarle una estructura bajo la cual pueda habitar en paz, seguridad y libertad. Debemos construir una especie de Estados Unidos de Europa. (...)</p> <p>Pero debo advertir que el tiempo puede ser corto. En la actualidad hay un espacio para respirar. Los cañones han dejado de disparar. La lucha se ha detenido. Pero los peligros no se han detenido. Si vamos a formar unos Estados Unidos de Europa, o cualquier nombre que tome, debemos comenzar ahora. (...) Por eso les digo: ¡Que surja Europa!</p>
---	--

A nosotros nos ha tocado pues desplegar el método democrático, para lograr culminar la unidad entre los ciudadanos de Europa, bajo la protección de una Unión Federal europea.

No basta con explicar, debatir o simplemente charlar en las aulas universitarias, en los seminarios de departamentos, en foros y ágoras previamente proclives a la europeidad. Ahora tenemos que charlar, debatir e intentar explicar en los pubs –sí, en los pubs-, en los mercados agrarios, en los clubs de jubilados, en las parroquias, en las fábricas, en los astilleros, ... sí, además en los astilleros, abandonados a su suerte ante una competencia foránea sin garantías sociales, sindicales ni sanitarias. Ahora tenemos que ir a los sindicatos y exponerles como su estructura nacional, regional o provincial ya no sirve para defender a los trabajadores a través de convenios colectivos de minúsculo ámbito territorial y sectorial ante un mundo económico que ha trasladado su eje creador del Atlántico al Pacífico, y cuando el comercio electrónico mundial ha transmutado la forma en que consumimos, incluyendo lo que consumen los obreros europeos y sus propios hijos. Ahora tenemos que ir a las cámaras de comercio y a los colegios profesionales para que visualicen como su competencia no está al otro lado de

la calle, en otro barrio o en la localidad vecina, sino a miles de kilómetros aunque a escasos segundos.

Resulta obvio que ganar las cabezas de los europeos no bastará si no se ganan también sus corazones. En los pubs y en los campos de fútbol no triunfa la razón sino la emoción. Europa debe proporcionar los elementos de un relato que nos haga a los europeos sentirnos orgullosos de ella. Europa debe tener una voz que se iguale a la de las demás potencias mundiales, debe aprender a caminar sola y por sí sola. Para ello es necesario que surjan actores europeos en todos los ámbitos. Tenemos grandes empresas francesas, alemanas o italianas que operan en Europa y en todo el mundo, pero no tenemos ninguna que sea genuinamente europea salvo, quizá, Airbus y alguna otra alianza empresarial pública. Lo mismo podría decirse de las ligas deportivas o de los ejércitos y la acción exterior. En una crisis perpetua, lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer.

La UE no puede seguir actuando como actúa, igual que un barco cuya derrota viene marcada por su pasada inercia, pero tampoco se puede seguir utilizando como el chivo expiatorio de la ineptitud política, como ese *Golem bruselense* tras el que esconder la propia cobardía. No es fácil, ni es empresa para tartufos, cándidos, mohínos, estultos, displicentes o flojos. Sin embargo, unos pocos pueden hacer grandes cosas por muchos, como acreditan las enormes gestas de nuestra mejor y más noble historia. Sin ser tan sabios como Arquímedes, con un punto de apoyo entre nuestra ciudadanía intentemos mover nuestra pequeña península, que ni siquiera es el mundo entero que Arquímedes pretendía desplazar.

La esencia de la europeidad

Si pudiésemos conseguir que todos los europeos fuesen capaces de vivir durante su edad adulta al menos cinco años fuera de Europa, sin ninguna duda una mayoría considerable descubriría por vez primera a Europa como entidad con personalidad propia y perfectamente definida.

Ese ejercicio, tan deseable como imaginario, permitiría apreciar a Europa en su justo valor. También facilitaría que cada europeo reconociese inmediatamente a cualquier otro conciudadano de la Unión, simplemente al charlar con él y contrastar de modo superficial su escala de valores, o lo que desea en su relación con los poderes públicos, y ello con independencia de su diversidad lingüística o de ciertos matices culturales o folklóricos que parecen gigantescos en nuestra pequeña península de Asia. Este efecto, que nos permite ver de forma más nítida nuestra esencia cuanto más nos alejamos de Europa, demuestra que el eurocentrismo es letal para nuestro futuro.

Dentro de Europa, la lupa de la singularidad exagera las diferencias entre nosotros. De hecho resulta realmente difícil hallar en otra zona del planeta una franja de

terreno tan reducida y que acumule a la vez tanta diversidad lingüística y tanta historia acumulada de confrontaciones bélicas, aunque hubiesen sido motivadas por la enfermiza codicia patrimonial de sagas familiares al frente de distintas jurisdicciones, como reinos, principados, ducados o condados, sin que para nada contase la pacífica voluntad de los pueblos, condenados a sufragar con sangre y oro, mediante hijos e impuestos, los insufribles costes de esas persistentes patologías señoriales.

El eurocentrismo de la mayoría de los responsables políticos y económicos de los diversos Estados europeos genera aun hoy un férreo marco mental que restringe nuestro campo de apreciación global, exagera y distorsiona la valoración de las nimias diferencias entre nuestros países, fomenta la construcción de mendaces arquetipos nacionales y, sobre todo, nos debilita en lo fundamental, que es nuestro potencial para encarar un porvenir radicalmente distinto al que conocieron nuestros abuelos, bisabuelos y remotos antepasados. Dicho en otros términos: el eurocentrismo forma parte de la herencia europea, pero es una patología degenerativa que nos debilita y envilece, por lo cual debemos superarlo cuanto antes.

Sí, fuera de Europa la mayoría de los europeos nos vemos como tales, apreciándonos como somos en lo verdaderamente sustancial y de una manera más nítida que residiendo en esta nuestra pequeña península del vasto continente asiático.

Gracias a precursores como Sebastião José de Carvalho e Mello -Marqués de Pombal- a mediados del XVIII, a la Convención Nacional francesa de finales del mismo siglo XVIII y al infatigable esfuerzo de William Wilberforce a principios del siglo XIX, la milenaria institución de la esclavitud desapareció entre nosotros. Y eso no sucedió por azar, dado que una vil institución jurídica, cuya génesis se remontaba a la noche de los tiempos, no se desintegra en tan corto espacio de tiempo por una noble convergencia de almas piadosas, sino porque existe un sustrato ético básico que lo concibe y lo engrandece.

Gracias a Cesare Beccaria y a su obra '*De los delitos y de las penas*' -1764- iniciamos la lenta pero inexorable senda hacia la abolición de la pena de muerte en Europa, que hubo de esperar a después de la Segunda Guerra Mundial para generalizarse entre nosotros, como si fuese ley natural genuina contra una sangrienta práctica, incluso más antigua que la cruel esclavitud.

Gracias a Emmeline Pankhurst y a quienes la precedieron en ese desigual combate por la dignidad, desconocido en los escasos precedentes democráticos de la historia antigua, moderna y contemporánea, y que fue denunciado por John Stuart Mill junto con su esposa Harriet Taylor Mill en la obra '*The Subjection of Women*', hoy es inconcebible entre nosotros que las mujeres no puedan participar en los asuntos públicos y que no tengan idénticos derechos que los varones.

Gracias a William Beveridge y a quienes pensaron como él, hemos puesto en pie tras 1945 un sistema de bienestar que protege a nuestros ciudadanos desde la cuna hasta la tumba, mejorando constantemente los rudimentos bismarckianos inducidos en su día

para contener el crecimiento del ideario socialdemócrata alemán, postulado por el SPD de Ferdinand Lassalle.

Estas cuatro conquistas humanas –como otras no menores- tuvieron su génesis intelectual y axiológica en Europa, y no por azar. Pero también Europa fue incluso la matriz de las peores aberraciones que ha conocido el mundo, como el asesinato masivo e industrializado, que experimentó su cénit con el nazismo. Sin embargo y por fortuna, el bien y la virtud se han impuesto a la postre en nuestra Tierra sobre el mal y el vicio. A las siguientes generaciones de europeos les corresponde mantener y acrecentar ese legado, que tanto sudor y dolor les costó crear y conservar a nuestros antepasados.

Conquistas sociales y humanas tan inmensas como esas cuatro, en las que se sintetiza el honor y el valor de la europeidad, podrían haber surgido en otras regiones del planeta, dado que los europeos somos de igual condición humana que nuestros restantes congéneres. Pero el hecho cierto es que surgieron entre nosotros y fue algo milagroso en su desarrollo, considerando que la historia precedente no apuntaba en ese sentido.

De este modo, la esencia de la europeidad es algo construido muy recientemente. Si pudiésemos hablar de esta esencia desde una perspectiva biológica, sería como una bendita mutación que convierte lo perverso en benéfico, lo malvado en loable.

Los viejos demonios y otras taras siguen ahí, ocultos. Todos ellos tienen en común la soberbia y la envidia, fusionadas en nacionalismos que son la antítesis del patriotismo. Conocida es la diferencia establecida por Charles de Gaulle entre nacionalismo y patriotismo: el nacionalismo se asienta sobre el odio a otro u otros pueblos; el patriotismo descansa sobre el mero y puro amor al propio pueblo. Éste es un sentimiento noble, aquél es vil. De ahí que el europeísmo sea complemento natural del patriotismo, por cuanto éste desea igualmente la prosperidad, la paz, el progreso y la salud de los conciudadanos. Y estos frutos solo se pueden obtener de forma inagotable en Europa a través de la cooperación entre europeos, jamás mediante la imposición y menos mediante la subyugación de los pueblos vecinos.

Fraternidad ≠ Solidaridad

Muchos europeístas por convicción, y no pocos por inconfesable interés para lo que les conviene, apelan constantemente a la solidaridad como principio y motor de la Unión. Sin embargo, a pesar de presentarse en la “*lengua de madera*” -*langue de bois*- del europeísmo académico o de salón como conceptos sinónimos e iguales, en absoluto son idénticos. Por eso resulta altamente recomendable que desde el federalismo se revise y puntualice su empleo correcto.

Liberté, égalité, fraternité. Esta tríada asumida por el Club de los Cordeliers durante la Revolución Francesa, sintetiza qué mueve a los europeos como ideal. Desde luego no es el *travail, famille, patrie* del oprobio de Vichy. Pero de los tres conceptos abanderados por la *Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* - o *Cordeliers*-, el de la “*fraternidad*” es el más eufónico y anfibológico, ya que evoca concepciones distintas entre diferentes ciudadanos y comunidades.

La fraternidad señala como norte el afecto entre hermanos, o entre quienes se tratan como si fuesen verdaderos hermanos de sangre. Entre quienes comparten la genuina y auténtica fraternidad no hay cuotas ni participaciones, no existe un *do ut des* – un *yo te doy para que tú me des*-. En la fraternidad no existe quien lleve la contabilidad, porque simplemente está por encima de lo que se pueda y deba contabilizar. Tampoco hay pues una cuenta de resultados en lo fraternal. Quien conoce a hermanos donde alguno de ellos nace con una enfermedad congénita, o cuya autonomía personal se trunca a causa de una diversidad funcional, bien lo sabe. Entre ellos se puede socorrer sin límite y sin condiciones, con el patrimonio y hasta con la vida, como se acredita cuando un hermano dona un órgano vital a otro sin pedir nada a cambio, o tan solo una silenciosa caricia en la mano y un beso en la frente.

En cambio, la solidaridad es la mera adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros. Es temporal, no congénita e irrestricta como la fraternidad. Tiene un límite, no es ilimitada. La “*solidaridad*” procede de compartir cierta deuda u obligación *in solidum*, por la cual varias personas responden individualmente por la totalidad de lo adeudado ante el acreedor, de modo que la víctima de un daño o el beneficiario de una obligación civil pueda obtener su reparación patrimonial por la totalidad del perjuicio padecido, persiguiendo a cualquiera de los solidariamente obligados, por lo que a la postre se trata de una garantía de solvencia financiera.

En consecuencia, la fraternidad es más que una obligación jurídica, e impropia de su enjuiciamiento por un tribunal, ya que está ligada a un vínculo natural entre personas que son radicalmente iguales, sean cuales fueren las circunstancias y avatares de la vida de cada hermano. La ética natural y universal es la que vincula de modo indisoluble a los hermanos en su fraternidad, no una ley humana ni un contrato, y mucho menos el egoísmo que late tras el afán de reparación, cuando no del legítimo lucro.

Fraternidad y solidaridad pueden parecerse a ojos de algunos incautos, pero la diferencia entre ellas es similar a la existente entre el agua dulce y el agua salada. Cuesta imaginarse a una facción de los revolucionarios franceses discutiendo como teólogos para cambiar “*fraternité*” por “*solidarité*” en el lema de la República. Cuando nacen las ideas y las instituciones, a pesar de los dolores del parto, todo se ve con mayor claridad y sin artificios.

Del mismo modo, en una Unión política como la que deseamos en y para Europa, esto es, en una Unión no sometida a término ni condiciones y que ha de resistir los embates que nos deparen las procelosas y cambiantes corrientes internacionales, la

asistencia mutua entre los ciudadanos no puede ser de naturaleza mercantil, o incluso civil, sino que debe ser superior, hasta meta-constitucional si se pudiera emplear este término en el contexto que nos ocupa.

Cuando estamos dispuestos a que los hijos de madres portuguesas vayan a luchar por la libertad de Estonia, o que los hijos de madres letonas vayan a defender las costas de Andalucía si se dieran las circunstancias, o que hijos de madres griegas se posicionen en Finlandia para formar filas con hijos de madres finesas o suecas ante una amenaza inmediata, ¿estamos hablando de fraternidad o de solidaridad? Obviamente estamos hablando de fraternidad europea y no de un contrato circunstancial, donde unos están dispuestos a asumir un número de bajas si otros asumen el mismo número, una fracción o el doble. Igual, si un *shock* asimétrico amenaza la seguridad alimentaria o sanitaria de familias polacas o húngaras y han de ser sostenidas por familias italianas o francesas, tampoco debemos hablar de solidaridad, sino de fraternidad europea.

Víctor Hugo profetizó que llegaría un día en que los europeos alumbraríamos una unidad superior, y que esa unidad superior se encarnaría en una *Fraternidad Europea*. Puede ser una licencia de un simpar literato, pero también fue la advocación del hijo de un despiadado general bonapartista, que persiguió con saña a Juan Martín, *El Empecinado*, líder de la resistencia nacional española durante la Guerra de la Independencia, y que luego, en una de esas tragedias propias de nuestro pasado común, fue ejecutado en la horca por el peor de los reyes absolutistas que tuvo España, Fernando VII, *el felón*.

Así que Víctor Hugo, príncipe de las letras, vio como genial creador que fue lo que los hombres ordinarios tardaron en ver. Europa y cada uno de sus Estados poco son y menos serán si no insuflamos auténtica fraternidad en su ser. Sin dicha fraternidad Europa no puede vivir con dignidad. Solo sería un autómatas dirigido por programadores y reparado por mecánicos, pero a la vez sería extremadamente frágil para deambular por el planeta, cuando otras potencias han tomado una velocidad de crucero en la carrera por la excelencia y la eficiencia económicas, mirándonos ya desde su popa con cierto desdén.

Europa es su población

Aunque la población mundial se incremente a un menor ritmo durante las próximas décadas que durante el pasado inmediato, su creciente distancia en volumen y juventud respecto a la población europea aumentará de forma notable. Todos nuestros vecinos sureños y orientales van a ser muchos más y, sobre, considerablemente más jóvenes que los europeos, especialmente en el sur. Por añadidura, es de prever que su nivel formativo también experimente importantes mejoras, atendiendo a la progresión desarrollada desde el arranque de este milenio.

Las proyecciones de Naciones Unidas en cuanto a la evolución de la población mundial acreditan estas tendencias. Según dichas proyecciones, si nada cambia sustancialmente y partiendo de 7.700 millones de personas en 2019, en 2050 nuestro planeta alcanzará los 9.700 millones de seres humanos, y en 2100 rondará los 11.000 millones.



Si descendemos al detalle regional, veremos que la población del África subsahariana se doblará en 2050, siempre según Naciones Unidas. El Norte de África y Asia occidental experimentarán un incremento del 43% de su población. El censo de la región más oriental de Asia crecerá solo un 3%, mientras que América del Norte y Europa crecerán un 2%. En el caso europeo, ese mínimo crecimiento previsto se alcanzará fundamentalmente merced a los aportes de inmigrantes extra-europeos. La experiencia de los grandes países europeos –Alemania, Francia, Italia, España, Polonia, ...- certifica que los aportes generados por sus poblaciones autóctonas serán negativos, al morir ya más ciudadanos que los que nacen anualmente para ocupar su lugar, en un constante saldo vegetativo desfavorable.

Resulta evidente que no parece recomendable que la población del planeta crezca mucho más, a causa de la tensión que provocaría sobre los recursos naturales y

sobre el medio ambiente. Aunque la fecundidad mundial cayó por fortuna de 3,2 hijos por mujer en 1990 a 2,5 en 2019, es preciso recordar que la fecundidad europea se ha estancado en la horquilla 1,5-1,6 hijos por mujer –o por pareja, para ser más ecuánime en términos de género-. Y aunque Naciones Unidas estime que la fecundidad global declinará también por fortuna hasta 2,2 hijos por mujer en 2050, la diferencia de nacimientos para entonces entre nuestros vecinos y nosotros los europeos, será muy amplia por una simple razón: cada año que pasa, los europeos disponemos de menos ciudadanos en la franja de edad útil para ser progenitores. De este modo, aunque las declinantes parejas europeas incrementasen su fecundidad hasta alcanzar la tasa mundial –algo que cuesta imaginar a día de hoy-, el número de nacimientos seguiría cayendo en Europa. Desde que Eurostat ofrece registros, el número de nacimientos de la Unión – con los 28 Estados que la formaban en 2018- no ha parado de caer, desde los más de siete millones anuales a los menos de cinco millones por año, un derrumbe en toda regla no seguido en su ritmo de contracción por los Estados de nuestro entorno más inmediato:

Nacimientos en la UE (UE'28 Estados)

(Fuente: Eurostat)

1961: 7.601.829	1976: 6.628.074	1991: 5.742.942	2005: 5.176.850
1962: 7.584.648	1977: 6.534.498	1992: 5.617.366	2006: 5.264.100
1963: 7.723.251	1978: 6.473.208	1993: 5.452.768	2007: 5.323.425
1964: 7.830.698	1979: 6.477.453	1994: 5.312.924	2008: 5.469.434
1965: 7.665.599	1980: 6.474.046	1995: 5.180.978	2009: 5.412.572
1966: 7.574.219	1981: 6.321.948	1996: 5.187.153	2010: 5.411.129
1967: 7.693.571	1982: 6.242.523	1997: 5.173.260	2011: 5.266.163
1968: 7.572.289	1983: 6.076.962	1998: 5.139.589	2012: 5.230.626
1969: 7.419.374	1984: 6.048.189	(* break in time series)	2013: 5.081.671
1970: 7.222.351	1985: 6.015.270	1999: 5.118.815	2014: 5.137.147
1971: 7.210.403	1986: 5.998.250	2000: 5.167.133	2015: 5.107.668
1972: 6.991.617	1987: 5.968.843	2001: 5.062.948	2016: 5.153.935
1973: 6.825.452	1988: 6.008.744	2002: 5.033.723	2017: 5.074.875
1974: 6.853.951	1989: 5.900.620	2003: 5.080.465	2018: <u>4.976.628</u>
1975: 6.673.965	1990: 5.893.836	2004: 5.157.173	

La situación relatada es una realidad física y de alcance geopolítico invariable. Podemos mirar al pasado, tras el *baby-boom* de los 60, y encontrar diversas causas para explicar por qué y cómo hemos llegado a esta situación. Sin embargo, lo urgente e importante a la vez es desarrollar una estrategia común –federal- para encarar esta insoslayable realidad.

En este punto de menor juventud relativa radica el problema central, que también atañe a nuestra productividad, a nuestra competitividad, a nuestro potencial de recaudación fiscal y, al final, a la sostenibilidad de nuestro modo de vida, cuyo paradigma básico es el Estado de Bienestar: pensiones públicas dignas, sanidad pública de calidad y educación gratuita *de facto* hasta la etapa universitaria, en un entorno inclusivo, de libertades democráticas y de máxima seguridad jurídica. Mejorar la

productividad y la competitividad con una población senescente, en comparación con otras economías que disponen de mayores cohortes jóvenes y cada vez mejor formadas, implica todo un desafío para Europa si desea –como deseamos sus ciudadanos– conservar e incluso mejorar nuestro Sistema de Bienestar.

Desde el descubrimiento de América, Europa en su conjunto gozó de unas ventajas competitivas que se sumaron a su clima benigno, a la abundancia de agua y a la fertilidad de sus tierras. Ventajas que incluso lograron compensar las desventajas sociopolíticas que padecimos, en especial la extrema fragmentación en minúsculos reinos o señoríos, enredados en un estado general de guerra constante, con cambios de alianzas entre reyes o señores, que gestionaban sus poblaciones y territorios con un mero sentido patrimonial. Ese estado de guerra constante no impidió pues que los frutos de las restantes ventajas competitivas llevaran al florecimiento de Europa en el orden mundial.

De entre todas, la mayor ventaja estribó en algo intangible, que los europeos de los cinco siglos precedentes manejaron de manera excepcional: la acumulación de conocimientos y, entre ellos, sobre todo, la generalización del método científico y la división del trabajo, lo que condujo a la especialización productiva y a la extensión del comercio.

Sin embargo, tras el desastre de las dos guerras mundiales inducidas por los vicios de la fragmentación sociopolítica en nuestra pequeña península asiática, aceleramos un proceso de transferencia de conocimientos a otras regiones del planeta, transferencia que ya se había iniciado durante el siglo XIX. Así, trocamos lo más valioso que teníamos –el saber– por simples abalorios –oro, tierras, concesiones,...-. Trocamos conocimientos científicos, técnicos, organizativos, ... por acceso a mercados sin desarrollar. De esta forma precipitamos un fenómeno conocido como “*falacia de la composición*”: lo provechoso para cualquier individuo o sujeto termina siendo perjudicial para todos los individuos o sujetos implicados, incluido el primero que obtuvo algún provecho ocasional y superior frente a los restantes competidores.

Europa formó en sus centros educativos y difundió sus conocimientos científico-técnicos a las élites de otros pueblos, sin por ello exportar su cosmovisión y su escala de valores. Valores como la fraternidad, que son la genuina base del Estado de Bienestar, o la radical igualdad jurídica entre los ciudadanos ante la ley, que es el soporte que justifica que todos puedan participar en el juego democrático, con independencia de su capital, de su grado de inteligencia o de su posición social.

En estos momentos, los europeos seguimos gozando en parte de los réditos de una inercia económica que ya se va agotando. Cada vez somos menos líderes en nuevos productos industriales y en nuevos servicios de alto valor añadido. En Europa se pudieron patentar las primeras radios, los primeros vídeos, los primeros televisores, ... Pudimos llegar a tener grandes fabricantes de equipos de telecomunicación, de teléfonos móviles, de ordenadores personales, ... Hoy ya nada de eso acontece. Perdimos la carrera de la innovación, y estamos perdiendo la de la ciencia, porque los pupilos

foráneos han sido más perseverantes y más eficientes, pero también porque son más en número e incluso han sido más jóvenes y flexibles que nosotros durante el pasado medio siglo. Esa carrera, a la que podemos denominar “*M&M*” –“*más y mejor*”- jamás puede ser mantenida por Europa mientras sus reducidos, conservadores, egoístas y añosos Estados no asuman que lo que les sirvió durante unos pocos siglos de gloria ya no sirve en absoluto durante el presente y el futuro inmediato.

Desde que existe historia escrita, la bonanza europea es una excepción en términos comparados. Únicamente durante algunos siglos de la República romana y del Imperio que le sucedió antes de su ocaso, y durante los siglos XVI a XX, Europa fue relevante y aventajada en términos de calidad de vida frente a otros polos de desarrollo en el planeta. Ahora entramos en otra fase, si no hacemos nada efectivo para evitarlo. Si queremos mantenernos en la carrera “*M&M*”, y además hacerlo con la pesada mochila a la espalda de nuestro consustancial Estado de Bienestar, debemos tener claras dos prioridades absolutas: rejuvenecer nuestra población y capacitarla mucho mejor que la de nuestros competidores en términos de eficiencia.

Para rejuvenecer nuestra población precisamos estimular la fecundidad de las parejas europeas y compensarlas adecuadamente por la vitalidad que aportan en beneficio del conjunto de nuestra ciudadanía. Pero no seamos ingenuos, porque con esto no bastará. Nuestro deterioro en términos de déficit de reposición humana y, sobre todo, de deuda colectiva acumulada de natalidad, singularmente desde la década de los 70 del pasado siglo XX, nos debe obligar a una actuación interesada además de moral: incorporar paulatinamente a más niñas y niños foráneos para sumarlos a nuestra ciudadanía con plena igualdad jurídica y permitir una rotación de jóvenes del sur – fundamentalmente de muchachas- para contribuir a capacitar a sus poblaciones cuando regresen a sus respectivas comunidades, explicando nuestros valores y minorando a la vez su crecimiento demográfico.

Incorporar a niñas y niños foráneos resulta clave, y la mejor manera de hacerlo es mediante el prohijamiento estimulado por nuestras instituciones, sumado a la indispensable tutorización colectiva de niñas y niños que no sean asumidos como propios por una parte considerable de egoístas ciudadanos europeos, y por eso también escasamente merecedores del honor que implica salvar a una niña o niño del abandono a su suerte. Como es natural, los ciudadanos más implicados en este combate contra la miseria y el oscurantismo merecerán las compensaciones necesarias por su superior compromiso y esfuerzo individuales. Esos niños serán tan europeos como los hijos naturales de los europeos, y también el mayor motivo de orgullo de toda Europa ante el mundo.

En cuanto a la capacitación de nuestros jóvenes, parece palmario que nos hemos quedado dormidos en los laureles y vivido de las rentas legadas por nuestros abuelos y padres. Debemos aligerar el número de materias que han de estudiar nuestros escolares, aligerar también sus contenidos y centrarnos en potenciar los conocimientos y habilidades precisos para impulsar la ciencia básica, la ciencia experimental y las

técnicas aplicadas, que nos permitan despuntar en nuevas áreas de la industria y de los servicios más avanzados. Duele reconocer como en estos ámbitos nuestras universidades van perdiendo la carrera frente al dinamismo asiático y americano, pero también nuestros centros de investigación.

Si no conseguimos caminar sobre ambas piernas –rejuvenecimiento y capacitación- solo podremos articular una perdedora estrategia de resistencia y racionamiento, mientras asistimos al paulatino deterioro de nuestro modo de vida en lo social y en lo político. Como resulta evidente, esa estrategia está abocada al desastre e, incluso, al colapso. Por eso precisamos una estrategia europea de desarrollo vinculada al rejuvenecimiento y a la capacitación para ir por delante, a la vanguardia absoluta, en ciencia y técnica. Que un pequeño Estado de la pequeña Europa sobresalga un poco por encima de los demás no sirve y no basta. Al final, la ola que batirá contra nuestros pretenciosos muros los superará o, incluso, los derruirá. Para comprender la nueva realidad que tenemos a nuestras puertas, consideremos que en menos de 30 años el escenario mundial que nos encontraremos vendrá definido por estas cifras, recordando que el PIB per cápita está creciendo en Asia a ritmos inimaginables hace unos años:

Población y PIB per cápita

(Fuente: Fundación Robert Schuman)

Población (millones)	2015	2050	Variación	PIB per cápita (paridad de poder adquisitivo base 2011, en miles de dólares: K\$)
R.P. China	1.376	1.348	-28	13
India	1.371	1.705	+334	6
Rusia	144	129	-15	24
Japón	127	107	-20	36
África	1.186	2.478	+1.292	5
(Norte de África)	224	354	+130	10
América Latina	634	784	+150	11
América del Norte	358	433	+75	51
Unión Europea (EU 28, con Reino Unido)	505	500	-5	35

Distribución por edades de la población de la Unión Europea 2015 – 2050

(Fuente: Fundación Robert Schuman)

Población UE (28) en millones de ciudadanos Variación 2015 - 2050	Variación UE en millones de ciudadanos 2015: 505 millones de ciudadanos 2050: 500 millones de ciudadanos
Menores de 20 años	-8'4
Adultos entre 20 y 64 años	-49'1
Mayores de 65 y más años	+51'2
de los cuales con 80 y más años	+33'1

En resumidas cuentas, pronto tendremos muchos menos jóvenes que nuestros competidores y muchos más ancianos, menos adaptabilidad al cambio y más resistencia al cambio, menor flexibilidad y mayor rigidez, así como diferentes pautas de consumo e inversión, asociadas siempre a la creciente media de edad de la ciudadanía europea. No querer ver algo tan nítido a menos de tres décadas es como caminar sonámbulos hacia un precipicio.

Defender la diversidad

Uno de los mayores y mejores rasgos distintivos de Europa en el mundo es, y todavía debe serlo más, la singular protección de la diversidad de sus ciudadanos, así como la constante promoción de la defensa de esta misma diversidad entre nuestros congéneres.

La diversidad a la que aquí me refiero no es solo la cultural, sino especialmente la de carácter funcional. En otras palabras, bajo esta fórmula se engloban los diferentes grados de capacidades o discapacidades con las que todos nacemos, o que adquiriremos a lo largo de nuestra vida, y de modo muy especial cuando llegamos a ancianos o cuando un malvado azar nos postre en una cama o en una silla de ruedas.

En nuestro planeta hay Estados donde la prevalencia de ciertas discapacidades es cero, o muy próxima a cero. Y lo es porque se practican tan sigilosas como perversas políticas eugenésicas. Quienes las diseñan y ejecutan no deben estar muy orgullosos de ellas, puesto que si de verdad lo estuviesen las mostrarían sin ningún tipo de pudor o reparo. Todo aquello que se oculta no suele ser muy honorable, y perfectamente lo sabe quien lo oculta. Si sabemos que existen estas péfidas prácticas es básicamente por medio del contraste estadístico, así como por la ausencia de visibilidad en los espacios públicos y en los medios de comunicación de las personas que han de sobrevivir con algún tipo de diversidad funcional.

Tampoco es que los europeos podamos impartir demasiadas lecciones éticas al respecto. El propio William Beveridge, prominente organizador del Estado de Bienestar británico y genuino liberal, coqueteó al parecer con la *Eugenics Society* inglesa hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial. Por no hablar del programa eugenésico sueco – por citar alguno de los varios que existieron en Europa-, que se extendió con diferente intensidad entre la década de los 20 y la de los 70 del siglo pasado. Claro que los “piadosos” procedimientos de esterilización de ese y de otros países europeos –a menudo defendidos con argumentos economicistas- eran una nimiedad si se cotejan con las atrocidades nazis de su *Aktion T4*. Así que la vieja Europa debe predicar con su ejemplaridad y con su ayuda, antes que juzgar y denostar a otras sociedades.

Afortunadamente, ese ominoso legado europeo, al igual que otros muchos que debemos mostrar sin pudor para librarnos por siempre de sus sombras y de su infamia,

al menos nos sirvió para conjurarnos contra él y así crear otro elemento identitario del europeísmo ilustrado, que bebe de la misma fuente que el ansia por la Paz perpetua de Kant y que otras joyas del pensamiento europeo.

Hoy Europa es signataria de la *Convención de Naciones Unidas sobre los derechos de las personas con discapacidad*. La firmó el 30 de marzo de 2007, y la confirmó de manera formal el 23 de diciembre de 2010. Sin embargo, todos sabemos que el grado de aplicación real no es el mismo entre todos los firmantes. Por eso Europa debe exigir en su política exterior la implantación de mecanismos independientes de verificación sobre el terreno, y vincular esa exigencia a la prioridad en el empleo de sus enormes fondos de cooperación para el desarrollo, de modo que se obtenga la mejor y más cabal observancia de esa Convención en el planeta. También debe hacerlo siempre que ofrezca acuerdos de cooperación económica, comercial, de defensa o de cualquier otro tipo con terceros Estados.

En esta línea, debemos lanzar un potente mensaje a los restantes Estados y Organizaciones Internacionales: nosotros no queremos tratos con quienes eliminan, degradan, confinan, ocultan o silencian a cualquier ser humano por razón de su diversidad. Y tampoco queremos tratos con quienes no permiten que se verifique de manera transparente en su territorio o jurisdicción la plena aplicación de dicha Convención de Naciones Unidas.

Dentro de Europa debemos ser más exigentes con nosotros mismos que con otros en el exterior. De forma que tenemos que trasladar a nuestra población que si buscamos el éxito económico, una mayor productividad y una competitividad de primer orden no es por el afán de ser los plusmarquistas absolutos en esos ámbitos, ni para atesorar recursos de forma compulsiva, como si emulásemos a Midas o a Craso, sino para garantizar de verdad y en la práctica diaria que todos nuestros ciudadanos con diversidad vean efectivamente plasmados sus derechos de modo tangible, al igual que nuestros ancianos, enfermos y niños.

Este compromiso de Europa es tanto más crucial por cuanto el incremento de la diversidad funcional va íntimamente ligado al envejecimiento. Y Europa es -y debe seguir siendo- paradigma de la senescencia con dignidad y con servicios públicos de apoyo. A medida que somos más ancianos, nuestro nivel de dependencia para muchas cuestiones vitales también se acrecentará. La tentación eugenésica en la carrera económica siempre permanecerá agazapada, pero nosotros debemos ser más firmes incluso que el León de Münster, Clemens von Galen, que en medio de la despiadada eliminación de los conciudadanos calificados como “improductivos”, tuvo las agallas de enfrentarse al régimen nazi como simple Obispo, haciendo honra a su escudo de armas: *Nec laudibus nec timore –Ni por adulación ni por miedo-*.

Igual que debemos preservar la diversidad lingüística de Europa, su riqueza cultural y su biodiversidad, tenemos que ser incluso más beligerantes en la defensa de los derechos de nuestros conciudadanos más indefensos. La calidad de una sociedad se

mide por ello, y no por tasas e hitos estrictamente estadísticos o económicos. Esta debe ser una de las razones existenciales permanentes de nuestra Unión.

Sistema común de acceso a la residencia, la nacionalidad y la ciudadanía

En algún momento tendremos que plantearnos cómo otorgar y reconocer el derecho subjetivo de residencia en la Unión, la nacionalidad de la Unión y la ciudadanía federal.

Hasta la fecha vivimos en una especie de anomia jurídica o, cuando menos, en un barrizal jurídico. En el Preámbulo del Tratado de la UE, los jefes de Estado de sus naciones sostienen que están “*RESUELTOS a crear una ciudadanía común a los nacionales de sus países*”. Después, en su artículo 9 se nos dice:

“La Unión respetará en todas sus actividades el principio de la igualdad de sus ciudadanos, que se beneficiarán por igual de la atención de sus instituciones, órganos y organismos. Será ciudadano de la Unión toda persona que tenga la nacionalidad de un Estado miembro. La ciudadanía de la Unión se añade a la ciudadanía nacional sin sustituirla.”

Luego, ya en el Tratado de Funcionamiento de la UE, su artículo 20.1 reitera:

“Se crea una ciudadanía de la Unión. Será ciudadano de la Unión toda persona que ostente la nacionalidad de un Estado miembro. La ciudadanía de la Unión se añade a la ciudadanía nacional sin sustituirla.”

En los artículos concordantes y subsiguientes, este mismo Tratado de Funcionamiento concreta mínimamente los derechos aparejados a esta ciudadanía subjetiva de la Unión:

- En el ámbito de aplicación de los Tratados, y sin perjuicio de las disposiciones particulares previstas en los mismos, se prohibirá toda discriminación por razón de la nacionalidad. (Artículo 18)
- Dentro de los límites de las competencias atribuidas a la Unión, se podrán adoptar acciones adecuadas para luchar contra la discriminación por motivos de sexo, de origen racial o étnico, religión o convicciones, discapacidad, edad u orientación sexual. (Artículo 19)
- Derecho a circular y residir libremente en el territorio de los Estados miembros. (Artículos 20 y 21)

- Derecho de sufragio activo y pasivo en las elecciones al Parlamento Europeo y en las elecciones municipales del Estado miembro en el que residan, en las mismas condiciones que los nacionales de dicho Estado. (Artículos 20 y 22)
- Derecho a acogerse, en el territorio de un tercer país en el que no esté representado el Estado miembro del que sean nacionales, a la protección de las autoridades diplomáticas y consulares de cualquier Estado miembro, en las mismas condiciones que los nacionales de dicho Estado. (Artículos 20 y 23)
- Derecho a formular peticiones al Parlamento Europeo, de recurrir al Defensor del Pueblo Europeo, así como de dirigirse a las instituciones y a los órganos consultivos de la Unión en una de las lenguas de los Tratados y de recibir una contestación en esa misma lengua. (Artículos 20 y 24)

Por último, el artículo 25 recoge la posibilidad de que las instituciones de la Unión puedan adoptar disposiciones encaminadas a completar los derechos enumerados en el artículo 20. Sin embargo, dichas disposiciones entrarán en vigor cuando hayan sido aprobadas por los Estados miembros, de conformidad con sus respectivas normas constitucionales.

¿Es esto lógico y adecuado desde una perspectiva federal? Obviamente no lo es, y además por diversas razones. Pero la razón inicial de lo nefasto de este sistema es que solo se pueda acceder a la actual ciudadanía de la Unión previa adquisición de la nacionalidad de uno de sus Estados. Ahora bien, los mecanismos de acceso a la nacionalidad de dichos Estados constituyen una jungla normativa anárquica y a menudo contradictoria, cuya puerta de entrada radica además en los variopintos requisitos administrativos de cada Estado para residir legalmente en sus territorios cuando se carece de la respectiva nacionalidad.

Una vez que es adquirida una nacionalidad estatal, ya se adquiere automáticamente la actual e insatisfactoria ciudadanía de la Unión. De hecho, hemos observado que hay Estados que incluso han mercantilizado el acceso a la residencia en su territorio estatal e inmediatamente a su misma nacionalidad, bastando con acreditar una inversión mínima en activos inmobiliarios o empresariales, más el abono de ciertas tasas, que suponen cuantiosos ingresos fiscales adicionales para el correspondiente Estado. Mientras tanto, otros Estados de la Unión son menos pródigos a la hora de permitir la residencia a los nacionales de terceros Estados –extra-europeos-, e incluso imponen muchas restricciones a la adquisición de inmuebles por esos extra-europeos.

De este modo, hemos asistido a fenómenos novedosos e inusuales en esta materia, como el hecho de que algún Estado europeo añada cada año a su censo de nacionales y electores a más extra-europeos nacionalizados durante su edad adulta –por consiguiente, nacidos fuera del territorio de ese Estado-, que a recién nacidos en el propio territorio nacional, sean de progenitores nacionales o extranjeros.

Lo peor de fenómenos como este no es él mismo en sí, sino la reacción que puede provocar en otros Estados menos expansivos a la hora de regalar o vender su nacionalidad, y que les lleve a intentar alterar el alcance de la frágil ciudadanía europea hasta ahora reconocida.

Por añadidura, cuando uno de los Estados abandona la Unión, se presume que los nacionales únicos de dicho Estado son privados automáticamente de la ciudadanía europea, incluso aunque hayan nacido con ella y aunque esta ciudadanía forme parte de su patrimonio individual.

El Protocolo nº 4 al Convenio europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales dispone en su artículo 3 que nadie podrá ser expulsado en virtud de una medida individual o colectiva del territorio del Estado del cual sea nacional y que nadie podrá verse privado del derecho a entrar en el territorio del Estado del cual sea nacional. Esta previsión bebe de la misma lógica que el artículo 15 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Según la Convención de Derechos del Niño, todo niño será inscrito inmediatamente después de su nacimiento y tendrá derecho desde que nace a adquirir una nacionalidad (artículo 7), añadiendo en el artículo siguiente que los Estados se comprometen a respetar el derecho del niño a preservar su identidad, incluidos la nacionalidad, el nombre y las relaciones familiares de conformidad con la ley, sin injerencias ilícitas, y que cuando un niño sea privado ilegalmente de algunos de los elementos de su identidad, los Estados deberán prestar la asistencia y protección apropiadas con miras a restablecer rápidamente su identidad.

Así, un niño nacido con ciudadanía europea puede verse privado de dicho elemento central de su identidad por el hecho de que unos políticos nacionales decidan proceder a la secesión unilateral frente a la Unión.

Claro que la anarquía jurídica puede ser mayor, puesto que en la UE hay Estados que reconocen las dobles nacionalidades –doble, triple, cuádruple, ...-, mientras que otros son más restrictivos; hay Estados donde la respectiva nacionalidad puede adquirirse con una pequeña inversión inmobiliaria o en activos mercantiles –con una corta residencia, de incluso solo uno o dos años-, o por proceder de una antigua colonia, o por una simple decisión administrativa de naturaleza discrecional. En cualquiera de estos supuestos, u otros de la numerosa y variable casuística que se presenta, se da la paradoja que depende de la liberalidad de cada Estado que cualquier persona extra-europea pueda adquirir la vigente ciudadanía europea y, por tanto, circular, trabajar y residir en otro u otros Estados menos porosos o más rigurosos de la Unión.

En consecuencia, el actual sistema de reconocimiento de la “europeidad” es caótico, absurdo, inequitativo e incluso antijurídico desde la perspectiva del Derecho Internacional de los Derechos Humanos.

De este modo, debemos plantearnos una nueva concepción de la condición jurídica subjetiva de la “europeidad”, que guarde cierta vinculación con la nacionalidad estatal pero que, a la vez, no dependa en exclusiva de ella, al menos mientras los Estados no coordinen adecuadamente sus normas de acceso a la respectiva nacionalidad, así como los permisos de entrada, residencia y trabajo de los foráneos.

Desde una perspectiva federal, respetuosa con los derechos individuales y con los derechos humanos, debieran acatarse los siguientes principios:

1º. La “europeidad” jurídica es un derecho individual inalienable de cada persona y solo se podrá perder mediante una declaración explícita, voluntaria y formal por el nacido en territorio de la Unión o nacido de padre o madre nacionales de cualquier Estado de la Unión, siempre que esté en el pleno ejercicio de sus derechos civiles como adulto.

2º. La adquisición por los extra-europeos de la ciudadanía de la Unión, a mayores que la previa nacionalidad de alguno de sus Estados, requerirá su validación por un Consejo de Ciudadanía Europea, en el que participen todos los Estados de la Unión, y precisará el conocimiento de al menos dos idiomas oficiales en al menos dos Estados.

3º. La adquisición de la ciudadanía de la Unión por parte de foráneos requerirá siempre la previa declaración verbal y escrita ante una autoridad pública de la misma, que acredite la asunción en su integridad de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea y del Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales.

Sin embargo, también debemos incorporar medidas de mayor flexibilidad en el acceso a la ciudadanía de la Unión, que no requieran la previa adquisición de la nacionalidad de un Estado de la Unión. Pensemos en los supuestos de personas extra-europeas que hayan prestado importantes servicios a la Unión, como en el caso de su alistamiento en el Ejército Federal europeo, o que hayan contribuido a salvar o a atender a ciudadanos europeos en peligro fuera del territorio de la Unión. Estos nuevos europeos merecen acceder a la ciudadanía europea –si así lo desean- tanto o más que el ciudadano pasivo, cuyo único mérito es haber nacido en un Estado europeo y/o ser descendiente de nacionales de alguno de los Estados de la Unión.

No olvidemos que Europa precisa atraer a más personas, sobre todo a más niños –por la vía de la adopción- y a más jóvenes, para consolidar su proyecto vital común en medio de una pavorosa sequía natalicia y de un creciente envejecimiento poblacional. Pero todos debemos observar las mismas reglas para acceder a la ciudadanía común si no queremos que esta conquista social y cívica pase a ser puesta en cuestión por los defensores de una Europa cerrada sobre sí misma. Defensores de una Europa falsa e imposiblemente blindada, y por tanto con una mentalidad de asedio medieval, estrategia perdedora donde las haya, máxime ahora, cuando la mundialización de la competencia es algo irreversible y el crecimiento extra-europeo también lo es.

Inmigración

Durante las últimas décadas, el tratamiento político y la percepción social sobre la inmigración han trastocado por completo el tablero electoral en prácticamente todos los Estados europeos. Ante esta situación, hemos asistido al surgimiento de diversas estrategias irracionales para tratar el asunto y que están tomando como rehén o como chivo expiatorio al europeísmo. Por esta razón, pero también porque debemos ofrecer una estrategia a los ciudadanos europeos, plenamente compatible con los valores ilustrados que defendemos, el federalismo tiene que posicionarse.

De entrada, debemos asumir que una parte significativa de nuestra ciudadanía tiene miedo ante este fenómeno, un fenómeno nuevo y desconocido en la dimensión actual hasta hace poco más de unos treinta años por la población europea. Sin embargo, dicho fenómeno es en gran medida fruto tardío de la carrera colonial de los pequeños Estados europeos, singularmente en el continente africano durante el siglo XIX, empeñados en obtener materias primas mediante prácticas deplorables e inequitativas, cuando no groseramente inicuas, así como para ampliar sus mercados y, por añadidura, intentando imponer sus lenguas nacionales y otros signos identitarios que, ahora, inducen esa natural tendencia de los migrantes por buscar mejores condiciones de vida más al norte.

Un magnífico ejemplo de ese pecado original podemos hallarlo en la toma de Argel -1830- por el restaurado rey francés Carlos X, para distraer como siempre a la levantisca población con el señuelo nacionalista, seguida por la intensa colonización de toda Argelia bajo el emperador Napoleón III, que concedió la nacionalidad gala a todos los habitantes argelinos el 14 de julio de 1865, aunque en 1881, ya bajo la nueva III República, y tras la llegada de millares de alsacianos desterrados por la conquista alemana de 1870, la misma República rebajó los derechos de ciudadanía a los argelinos originarios frente a los franceses europeos. Algo similar podríamos decir del Congo belga y de tantas colonias europeas en África, incluidas las de países ya formalmente “democráticos”.

Quienes ahora tienen un mayor temor ante la inmigración son fundamentalmente nuestros ciudadanos menos afortunados –trabajadores manuales, trabajadores precarios del sector terciario, ciudadanos dependientes de servicios y prestaciones públicas, como desempleados, demandantes de vivienda pública y de educación pública para sus hijos, usuarios asiduos de la sanidad pública, ...-. Sus razones tienen y son muy respetables. Por eso debemos escucharlos y ampararlos de un modo especial y adecuado a cada colectivo. Por lo general, son ciudadanos que temen competir sin protección alguna con competidores foráneos por sus puestos de trabajo y por el disfrute de los tensionados servicios públicos que esperan recibir, ya que ellos y antes sus padres contribuyeron a crearlos y dotarlos desde mediados del siglo pasado. Además, en un entorno de

creciente envejecimiento colectivo, las necesidades por recibir mayores servicios públicos se incrementan respecto a los fabulosos años 50, 60 y 70 del pasado siglo XX, mientras que las fuentes de ingresos se erosionan, entre otros motivos por la menor proporción de jóvenes y por la más lenta progresión de la productividad y la competitividad frente a terceras potencias industriales y comerciales.

Quienes tienen un menor e incluso escaso o nulo temor ante el fenómeno de la inmigración son en cambio aquellos ciudadanos que gozan de cierta protección ante esa hipotética competencia alóctona. ¿Cómo reaccionaría este colectivo si perdiese sus defensas ante los nuevos competidores foráneos? Es el caso de los funcionarios y restantes empleados públicos, ya que ellos han accedido a empleos de calidad para los que se suele exigir como criterio preclusivo la nacionalidad del correspondiente Estado o la de otros Estados de la Unión Europea –que estadísticamente son una exigua minoría-, junto con ciertas titulaciones mayoritariamente estatales. A estos ciudadanos les resulta indiferente que suba demasiado la oferta de nuevos trabajadores, ya que están instalados en un circuito cerrado y blindado, que a menudo se extiende a su propia sanidad, al acceso de sus hijos a colegios segregados merced al criterio de residencia familiar o renta, etc. Es más, a mayores pueden beneficiarse de la contención de salarios abiertos a los foráneos en áreas como la de los servicios personales que demanden del mercado –servicios domésticos, asistenciales, de limpieza, transporte, ...- y de otras labores que no requieren de un control gubernamental y previo de acceso.

También gozan de protección especial aquellos ciudadanos cuyos empleos dependen de una difusa pero sólida “frontera” burocrática, como puede ser un título universitario nacional, puesto que los foráneos con análogas titulaciones han de superar tediosos, lentos y disuasorios procedimientos de homologación, que desincentivan a muchos jóvenes tan o más válidos que los nacionales para entrar a competir en *su* fortificado mercado profesional. Si a esa frontera burocrática se le añade el deber de obtener una colegiación profesional previa, el propio colegio profesional y sus colegiados -u otra asociación profesional y sus asociados-, ya extremarán el celo para evitar el acceso de nuevos competidores a “*su*” mercado.

Otros ciudadanos gozan de protecciones consuetudinarias igualmente poderosas. Una de ellas es el perfecto dominio del idioma local para acceder a empleos con cierto prestigio –periodistas, publicitarios, gestores de servicios financieros, ...-. Otro escudo consuetudinario adicional es el grado de acceso a las redes informales de apoyo para conseguir empleos de calidad –redes de ex compañeros de estudios, convecinos, clubes sociales, partidos políticos, ...-.

Por consiguiente, es comprensible que los ciudadanos menos protegidos y con una posición más endeble interioricen ese temor y escuchen las voces de quienes se ocupan de acrecentar el miedo, casi siempre con espurias intenciones. La respuesta del federalismo no puede ser pues ignorar con altanería a esta parte de nuestra ciudadanía y centrarse en la clase media funcional, profesional y empresarial, como han hecho las

agrupaciones políticas que dominaron los parlamentos desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Expliquémoslo con un símil para que todos podamos entenderlo. Pensemos en una pareja estándar de ciudadanos, de entre 40 y 50 años de edad, con dos hijos. Ella, empleada a tiempo parcial de una empresa de limpiezas y camarera de pisos en un hotel; él, contratado temporal de una empresa de mantenimiento y logística –pintado de carreteras, gestión de almacenes, reparto de paquetería, ...-. Hijo con TDAH, que asiste a la escuela pública que le corresponde por cercanía a su residencia –una vivienda pública en un barrio del extra-radio de una ciudad-; hija que cursa un ciclo profesional textil en un centro público y con necesidad de controles médicos periódicos por asma y desórdenes alimentarios. Para la madre, las muchachas nigerianas de entre 20 y 30 años son formidables competidoras, con más vigor, con más salud, y dispuestas a trabajar de forma más eficiente durante más horas por el mismo salario, incluso dominando varios idiomas. Para él, los muchachos argelinos menores de 30 años, políglotas, nativos digitales y hasta con formación superior son igualmente temibles competidores. A esto se le une la competición por las ayudas municipales, regionales o estatales –becas, subvenciones para transporte público, comedores escolares, ...- y las restricciones, colas y retrasos para obtener citas y pruebas médicas en el centro de salud del barrio. Y sin olvidar las fricciones en las zonas comunes de las viviendas, parques, centros de ocio, ya que los recién llegados poseen distintas costumbres y carecen de recursos para diferentes alternativas de ocio.

Esta es la realidad de la Europa que tiene miedo y que busca cobijo en un pasado que ya no volverá, pero que proclaman los guardianes de las esencias nacionales. La Europa que tiene miedo no entiende cómo sus conciudadanos de clase media profesional o funcionarial no se preocupa por ellos, y aún les endosan muchas ignominias e indignidades, cuando esa clase media protegida vive amparada en otro circuito residencial, en otro circuito laboral, en otro circuito sanitario, en otro circuito educativo, ... Vive en un circuito social paralelo, que nunca se cruza con el suyo.

Los vuelcos electorales experimentados en muchísimas ciudades y regiones de Europa, pasando de golpe desde la extrema izquierda comunista hasta la extrema derecha racista y xenófoba, se nutren de este sustrato de temor. Y en su delirante demagogia atacan al europeísmo como agente propiciatorio de la apertura de fronteras y de la globalización. Pero ante esta demagogia, el europeísmo calla con engreimiento y altanería, cuando en realidad solo hay confusión y cobardía.

Ante este escenario infernal, que algunos ingenuos no quieren ver, debemos subrayar que esa ciudadanía postergada tiene su parte de razón y que también forma parte indisociable de nuestro pueblo, del pueblo europeo y de su propia nación. Debemos pues escucharla. Escucharla con el máximo respeto y empatía, para ayudarla de forma preferente, antes que a otros colectivos captadores de rentas, monopolios y otras ineficiencias económicas, que en cambio sí tendrían más fácil su adaptación profesional y laboral a la nueva realidad de la competencia internacional.

Si durante las próximas décadas la población africana se va a duplicar hasta superar los 2.000 millones de personas y, sobre todo, va a seguir siendo notablemente más joven que la europea, ¿a dónde se puede creer que van a ir esos jóvenes en busca de una vida mejor? Si, además, la gran brecha de riqueza existente –PIB per cápita- apenas se recorta, ¿cómo no van a tener incentivos para al menos intentar entrar en Europa? Otro tanto puede decirse de la creciente población joven que se agolpa en nuestra parte oriental, hasta los límites de la República Popular China. Entre nosotros, las fronteras de Grecia y Bulgaria con el exterior, incluso de Rumanía a través del Mar Negro, son tan porosas para los jóvenes de Medio Oriente y Asia como lo es el Mediterráneo para los jóvenes africanos, por no hablar del gran agujero que radica en nuestro permeable sistema aeroportuario con conexiones igualmente permeables.

La distinta fuerza de la natural presión físico-demográfica entre Europa y su exterior, viene condicionada sobre todo por la mayor fecundidad fuera que dentro de la Unión, junto con las diferencias de riqueza y de reserva de fertilidad potencial. Esta es la realidad física insoslayable sobre la que somos incapaces e impotentes para intervenir. Ante esta realidad solo hay defensores de estrategias estáticas, medievales, de foso, empalizada y muro.

Pero no hay muros tan altos ni tan gruesos que sirvan para contener indefinidamente, *sine die*, esa *physis*, esa ley de la física, ni ninguna norma jurídica –*nomos*- que pueda aspirar a derogarla. Decir eso es una ensoñación o, peor, un engaño. Es como uno de esos diques de arena que levantan los niños en las playas y que siempre se lleva la marea. O como imaginar una gran presa que acopie toda el agua del Nilo durante varios años. Al final, hasta el mejor hormigón cederá o se verá superado por la dinámica física. Por eso es indispensable cambiar de estrategia y pensar en reconducciones u otras alternativas. Tan solo una Europa que se suicide en cuanto a su identidad, que renuncie a sus propias libertades y a su bienestar, para alumbrar de nuevo al monstruo de la peor tiranía, podría aspirar ingenuamente a contener esa creciente fuerza foránea mediante métodos abominables, que terminarían por arrastrarnos y condenarnos a todos.

Por consiguiente, es imprescindible intentar mantener un equilibrio entre lo que perciben nuestros ciudadanos menos protegidos ante la competencia foránea y una estrategia inteligente de integración, que incluya un capítulo de fomento del desarrollo vinculado a un modelo redistributivo de la prosperidad y, sobre todo, de la igualdad de oportunidades.

En primer lugar, debemos ocuparnos de estos nuestros ciudadanos con temor al futuro y al exterior. Debemos mejorar sus condiciones de vida y de formación permanente, adaptada a sus necesidades y no a un modelo academicista de conocimientos decimonónicos e inútiles, de pura e inútil erudición. También mejorar el ascensor social y la meritocracia natural, que sirva de catalizador del éxito económico colectivo por vía del incremento de la recaudación fiscal, sin por ello incrementar la

gravosa carga de impuestos que soportan los asalariados y los más temerarios e indispensables emprendedores.

Formar y capacitar mejor a nuestros trabajadores, año tras año, es tan imprescindible como urgente. Por esta vía, y no por un proteccionismo benevolente, conseguiremos que la mayoría mejore su nivel de vida y sus expectativas. Y para aquellos que por su diversidad no puedan avanzar por ese camino, tendremos que asegurarles mínimos vitales más elevados e incorporarlos a nuevas actividades adaptadas a sus capacidades. Lo que no podemos permitirnos ya durante más tiempo es la táctica del avestruz, ni su confinamiento en zonas deprimidas y saturadas de foráneos, mientras que las áreas de las clases protegidas siguen con su vida habitual, merced a la invisible pero eficaz red de contención administrativa que las ampara.

En segundo lugar, debemos hacer ver que Europa se mantiene abierta y defiende la pluralidad, pero que eso no es compatible con que se asiente en ella todo aquel que quiera hacerlo por la vía de hecho. ¿Existe un límite cuantitativo a la inmigración? Parece evidente que sí, pero todavía resulta preciso delimitarlo con exactitud. Lo que la experiencia nos demuestra es que incluso en aquellos países o regiones donde apenas existen problemas económicos o de desempleo, al superar la horquilla que va entre el 10% y el 20% de la población autóctona, comienza a generarse esa rabia social entre nuestros ciudadanos menos afortunados, que luego se traduce en ira política, casi siempre irracional, por cuanto llevada hasta sus últimas consecuencias también supondría la pérdida de sus derechos y libertades más preciados, abriendo las puertas a un odioso régimen espartano, es decir, a una abyecta tiranía que aborrece a los más débiles.

En resumidas cuentas, una política migratoria federal debe observar cuando menos estos principios:

1. Proteger los derechos y legítimas expectativas de los ciudadanos europeos menos blindados ante la competencia exterior.
2. Evitar la superación de la horquilla que abre el camino a la intolerancia entre nuestros ciudadanos.
3. Fomentar la mejora de la fecundidad entre los colectivos cívicos con mejores indicadores socioeconómicos y desincentivar la proletarización natalicia entre los ciudadanos con peores condiciones socioeconómicas.
4. Primar el prohijamiento, adopción y tutorización a gran escala de niños foráneos sin familia, en especial entre las clases más afortunadas.
5. Favorecer la mayor diversidad nacional y grupal de origen foráneo, evitando la concentración por segmentos homogéneos –de la misma nacionalidad o grupo cultural- en cada región y ciudad europeas, para no inducir de este modo la constitución de guetos segregadores. A su vez, debemos asumir el reparto solidario en la atención a asilados y refugiados, evitando la infamia a la que

asistimos tras la crisis siria, en la que países como Alemania o Suecia se vieron desatendidos –explícita o implícitamente- por los restantes socios de la Unión, que demostraron una vergonzante ausencia de fraternidad e incluso de déficit de solidaridad, algunos de forma expresa y otros con una hipócrita pasividad.

6. Velar por el empoderamiento de las jóvenes foráneas y primarlas en su acceso a Europa.

7. Buscar perfiles que se correspondan con las ofertas de trabajo existentes en Europa pero que no cubran los ciudadanos europeos, previa intensificación de la movilidad en el mercado interior.

8. Coordinar de forma congruente el acceso directo e indirecto a la ciudadanía federal europea, a través del previo acceso a la residencia y nacionalidad estatal de cada Estado de la Unión.

9. Compaginar el trabajo con la formación entre los foráneos.

10. Estimular la rotación mediante la transferencia de autorizaciones de acceso entre foráneos, para que los ya capitalizados inviertan sus ahorros y conocimientos en sus comunidades originarias e induzcan así un efecto multiplicador en su desarrollo, mientras facilitan el acceso de otra u otro joven de su comunidad, o incluso de varios, si acredita un buen historial durante su etapa de capitalización en Europa. Esas inversiones podrían ir acompañadas de cofinanciación europea con participación en sus resultados.

Con cautelas como estas también hay que decirles la verdad desnuda a nuestros ciudadanos. Europa precisa más infancia –venga de donde venga, a través del prohijamiento masivo- y más juventud. Dado que al parecer nosotros mismos no somos capaces de generar la primera y primordial, tendremos que favorecer de algún modo que la abundancia de niños y jóvenes que hay y habrá a nuestras puertas conviva con nosotros, velando siempre por sus derechos humanos fundamentales. Este trato equitativo permitirá que todos ganemos, tanto nosotros como ellos. A la vez, una inmigración correctamente encauzada propiciará un desarrollo equilibrado en los países que no pueden garantizar a sus jóvenes unas expectativas razonables de calidad de vida. A la postre, ese desarrollo y una justa experiencia en Europa favorecerán la extensión de las libertades y derechos que Europa patrocina, incrementará el peso de sus clases medias, facilitará el asentamiento de democracias homologables y, con ellas, disminuirá el riesgo de conflagraciones y se contendrá un incontrolable crecimiento demográfico que amenace al medio ambiente.

El desarrollo humano y la democratización son las más potentes vacunas contra la irracionalidad y las contiendas entre Estados. Cuando estos objetivos se materialicen, el turismo y la deseable libertad de movimientos entre países posibilitarán que nadie tenga incentivos para abandonar su comunidad de manera compulsiva, como ahora sucede. Por eso, la peor estrategia es la falta de estrategia, al no poder considerarse tal la

infantil táctica de levantar muros, propiciar guetos y desentenderse con soberbia de nuestros ciudadanos menos afortunados.

Debemos ser valientes y prepararnos. Solo de entre los más de 1.200 millones de nuevos africanos que nacerán hasta 2050, es probable que tengamos que franquear nuestras puertas a un mínimo del 10%, tanto por su bien como por el nuestro. Eso supone 120 millones de jóvenes foráneos para una menguante población europea de unos 500 millones de personas, con una media de edad que duplicará con holgura la de dichos jóvenes. De ahí que precisemos concretar cuanto antes una estrategia federal e integral de gestión de la población. No querer mirar este fenómeno es lo peor que podemos hacer. Por desgracia, nuestra mecánica política e institucional únicamente está ideada para pensar a muy corto plazo, a cuatro o cinco años vista como mucho. En consecuencia, haciendo lo mismo que hemos venido haciendo durante los últimos y sucesivos períodos de cuatro o cinco años, es decir, desde los 80 y 90 del siglo pasado, nos vamos a encontrar con un desafío interno y externo ya inmanejable.

Será un desafío interno porque la marea de rabia e intolerancia que cruza nuestros barrios populares puede seguir creciendo hasta que destruya los pilares del modo de vida que tanto nos costó levantar desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Pero también será un desafío externo porque esta inercia del *laissez-faire* inmigratorio, del sistema por el cual quien entra ya no sale y solo entran los más osados y temerarios, se verá acrecentado por la retroalimentación demográfica que viene inmediatamente detrás. Ante esta situación, la bondad estulta es un peligro y al final resulta menos beneficiosa para todos que la bondad metódica.

Lo que sí debe combatir el europeísmo sin contemplaciones es cualquier conato de xenofobia y su grado superior de maldad, el racismo. Debe quedar claro que los europeos no son superiores a ningún otro pueblo. Es más, si descendiésemos a evaluar el mérito individual de muchas personas alóctonas frente a las autóctonas, nos sorprendería la mayor calidad humana de muchos de los que deben ser invitados a venir a Europa. Si una parte considerable de los quejosos europeos hubiese experimentado la décima parte de las dolorosas vivencias de muchos de los jóvenes dispuestos a arriesgar sus vidas por alcanzar nuestras costas o nuestros aeropuertos, se convertirían en seres peligrosísimos para la sociedad por su amoralidad o por sus pulsiones revanchistas. Claro que también hay indeseables entre los alóctonos, pero no los hay menos entre los autóctonos, y de hecho un trato fabuloso para Europa sería trocar un malvado europeo por dos o tres personas decentes que, a pesar de sus desgraciadas experiencias, son ejemplos vivos de las mejores virtudes humanas. Muchísimos de los extra-europeos expulsados de sus comunidades a causa de la miseria tienen más coraje, más resiliencia, más empuje y más nervio emprendedor que bastantes de los abúlicos homólogos europeos. Ellos aprovechan sus escasas oportunidades, mientras entre nosotros abundan los que las desperdician e incluso las desprecian. Sería un honor que estas personas se sumasen a nuestro proyecto y compartiesen con nosotros la ciudadanía europea, sin perjuicio de que también debemos animarlos a contribuir a desarrollar sus comunidades

originarias, para romper de una vez el odioso círculo de miseria y tiranía que a menudo enerva su potencial endógeno.

La mayoría de los niños africanos y de la Asia menos desarrollada no tienen acceso a magníficas bibliotecas públicas, ni a recursos musicales gratuitos de enorme calidad, ni a redes educativas bien dotadas, ... Si tuviesen esas oportunidades, las aprovecharían hasta la última gota. No abrazarían la corriente de opinión que se extiende entre nosotros y que quiere ignorar que los derechos tienen un coste y que ese coste conlleva obligaciones, y mayores obligaciones cuanto más afortunado se ha sido en el reparto que la naturaleza o la herencia le han reservado a cada uno.

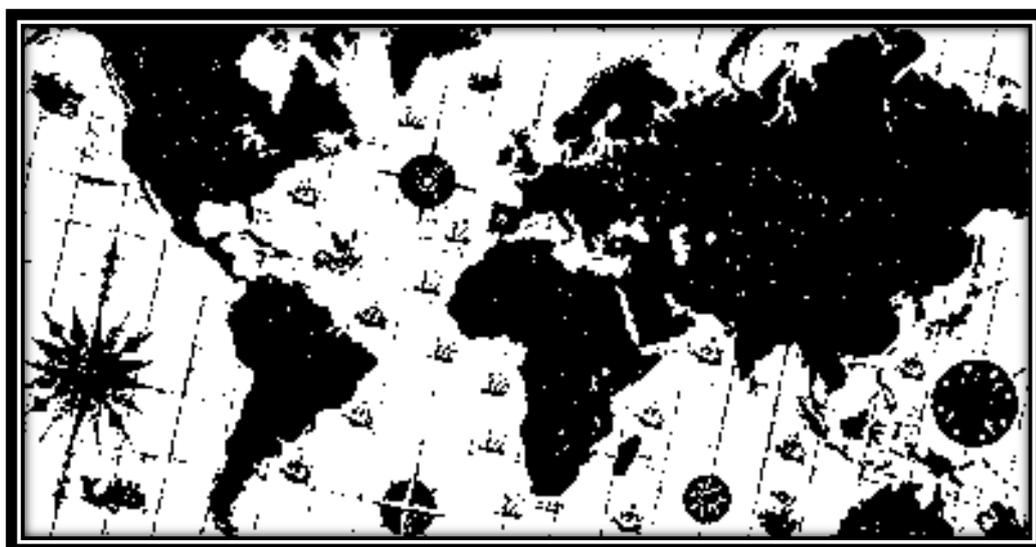
Ya se ha dicho: necesitamos esos inmigrantes y debemos ofrecerles un trato justo, atendiendo antes a nuestros conciudadanos menos afortunados y más desprotegidos, para que sus temores no se conviertan en resentimiento o ira. También para que su miedo no sea manipulado por quienes taimadamente les desprecian, dado que los demagogos siempre son los primeros en sacrificar a los hijos de los demás cuando inician su espiral revolucionaria o guerrera.

Por consiguiente, una estrategia de gestión de la inmigración debe discurrir en paralelo con otra estrategia de redistribución de las oportunidades entre nuestros ciudadanos y con una tercera de regeneración e impulso demográfico. Una redistribución que no erradique el espíritu competitivo, ni la cultura del esfuerzo remunerado, que hace progresar a toda sociedad. Los rentistas y aristócratas de la corte de Versalles, que ignoraban el dolor de aquellos a quienes despreciaban, mucho se habrían arrepentido de su soberbia y de su dispendio conspicuo si pudiesen anticipar lo que les aguardaba.

De este modo, el federalismo no puede caer en el error de apostar por la “*estrategia Maginot*”, que ahora enarbolan los partidos estatales centrales del hábitat político estándar, y que antes promovieron los más nacionalistas para dar presunta satisfacción a un electorado de base trabajadora, al que jamás le han explicado cuál es la situación demográfica del planeta y cuál es la posición de Europa en este ámbito. Hasta la fecha, los Estados europeos han sido incapaces de repatriar a cerca de 2/3 de los inmigrantes irregulares que han recibido, y eso es de sobra conocido en los países expulsores de migrantes. Precisamos pues una política integral de control –dado que las cifras de crecimiento demográfico en nuestras regiones geográficas vecinas son muy superiores a las nuestras, que por el contrario son negativas-, pero sobre todo una política para mejorar nuestra legitimidad internacional y tener un rumbo claro, que se centre sobre la democratización y el rápido desarrollo de los países emisores de migrantes. Desarrollo al que pueden y deben contribuir, en primer lugar, los propios inmigrantes, mediante esa capitalización que aportarían y el establecimiento de circuitos legales de rotación, que beneficiarían a más personas con iguales derechos humanos que los que previamente probaron fortuna en Europa, saltando sus fronteras.

Europa en el mundo

Resulta muy conveniente ojear con sosiego un mapamundi. La mayoría de los mapas que los europeos tenemos en mente son eurocéntricos y, lo que es peor, sobredimensionan en exceso la importancia territorial de Europa en el globo. Por razones prácticas aconsejo mirar con calma un planisferio, preferentemente alguno basado en la *proyección de Peters* o equivalente.



En ese mapa se constata que nuestra Unión es un pequeño apéndice asiático, una angosta península de la vasta Asia. Una pequeña península con unas aún más diminutas islas adyacentes. Nuestra Unión apenas es nada en el mundo desde una perspectiva geográfica global.

En términos demográficos, la Unión tampoco es gran cosa. En 2015, la UE tenía poco más de 500 millones de habitantes, incluidos sus residentes alóctonos. China y la India contaban con cerca de 1.400 millones cada una de ellas. África en su conjunto, también unos 1.400 millones. Las previsiones en un escenario medio para 2050 son que Europa mantenga esos 500 millones –aunque notablemente más viejos, en línea con la ínfima fecundidad europea-, China baje a 1.350 millones, la India suba a 1.700 millones, pero sobre todo se concluye que África duplique su población total, superando los 2.800 millones de habitantes, mucho más jóvenes y por tanto más fértiles que los

Europeos. En síntesis, para 2070, Eurostat prevé los europeos sean menos del 4 % de la población mundial.

En términos de PIB per cápita, Europa aventaja a China en una proporción 3:1, a India en 6:1 y a África también en alrededor de 6:1. Por consiguiente, vistas las diferentes progresiones durante los últimos años, la decadencia europea parece inexorable en términos comparados, como también será probablemente imparable el efecto expulsión que padecerán nuestras regiones vecinas, con centenares de millones de jóvenes huidos, a los que sus gobiernos no podrán garantizar un nivel de vida remotamente parecido al europeo. Un nivel de vida que todos pueden comprobar en sus pantallas de teléfonos móviles, *tablets* y ordenadores, sin necesidad de sesudas interpretaciones academicistas.

Según Jacques Delors, la demografía es el parámetro económico más seguro. A principios del siglo XX, Europa representaba el 15% de la población mundial. En la actualidad ronda el 6%, y ese porcentaje descenderá notablemente por estancamiento propio y por crecimiento ajeno. Angela Merkel por su parte, eleva la población europea actual al 7%, pero recalca que generamos el 25% del PIB mundial y con él ya costeamos el 50% del gasto social del planeta. En cualquier caso, los europeos somos muchos menos en relación con el total global de personas, seremos todavía menos pero, además, somos y seremos mucho más viejos, y probablemente menos resilientes, menos productivos, más conservadores del nocivo *statu quo* y más reacios al cambio.

Somos menos y más viejos ante una población extra-europea en expansión, notablemente más joven y bastante más fecunda que nosotros. En este escenario, se puede afirmar que el eurocentrismo es absurdo y hasta lesivo para la supervivencia de Europa, pero muchos de nuestros ciudadanos siguen siendo rabiosamente eurocentristas. Esa soberbia es nuestro peor enemigo.

Paradójicamente pues, abandonar el eurocentrismo es bueno e indispensable para Europa y para los europeos. Si seguimos viéndonos como el centro del mundo acabaremos por perder lo más importante que tenemos. Acabaremos por perder nuestro modo de vida y nuestros valores ilustrados. Valores como la radical igualdad ante la ley y entre los sexos. Como el derecho a la libertad ideológica y política, o el derecho a la autonomía personal. También el derecho a ser asistidos en la enfermedad y en la vejez a costa de las fraternas contribuciones de todos nuestros conciudadanos.

Si hoy se celebrase un referéndum planetario, la opción ideológica europea perdería de forma abrumadora. Perderíamos pues valores europeos, como el derecho a disponer de una educación inclusiva y también universal hasta la etapa universitaria. Perderíamos el principio de poder participar en los asuntos públicos y en el gobierno. Perderíamos el derecho a la presunción de inocencia, a no ser torturados ni desposeídos de nuestros bienes, y a ser juzgados por jueces independientes del poder político establecido. Perderíamos el derecho y la esperanza de gozar en nuestra vejez y en nuestra enfermedad de una pensión pública, y de los servicios asistenciales precisos

para proseguir con una vida lo más digna posible. Volveríamos a ser súbditos en vez de ciudadanos libres, y a depender de la caridad antes que de la fraternidad cívica.

Todo eso que perderíamos no es algo consustancial a la naturaleza. No es algo que surgió espontáneamente. Todo eso es el fruto de un enorme sacrificio realizado por nuestros padres, abuelos y restantes antepasados. Es el fruto de un inmenso esfuerzo intelectual y emancipador, que costó siglos conseguir, y que pudo haberse perdido por las constantes guerras padecidas en nuestra pequeña península, primero entre ávidos señores feudales y regios, y luego entre industrializadas naciones, herederas de esos señores, que recurrían a levadas obligatorias y millonarias en vidas antes que a sufragar mercenarios. El horror de 1914-1918 y el de 1939-1945 jamás deben ser repetidos, jamás, y por eso nunca debe ser olvidado, porque el estado natural de Europa siempre fue la guerra hasta hace bien poco. Una guerra cada vez más abyecta y sanguinaria, más inhumana e industrializada. Un estado de guerra permanente, que cesó hace escasas décadas, casi hace nada de tiempo en términos históricos.

Siendo una pequeña península de Asia, siendo cada vez menos y cada vez más viejos, solo unidos podremos salvar lo mejor que poseemos. La fragmentación conllevaría la derrota incondicional en todos los órdenes. Hasta el Estado más rico y poderoso de Europa es apenas nada ante el crecimiento de otros que no comparten en absoluto nuestros valores cruciales.

Todo europeo es fácil de identificarse como europeo fuera de Europa, y no ya por su aspecto u origen, no por su fenotipo o genotipo, sino por sus actitudes ante la vida. Ni el más indigno de los europeos puede defender en público que se discrimine a los niños en función de su color, de su sexo o de cualquier otra condición, ni de su grado de discapacidad, su diversidad o su orientación sexual. Ni que se premie a unos u otros en función de la pertenencia de sus padres a un partido político, a una religión organizada o a una casta de cualquier índole. Habrá algún europeo que, con vomitiva hipocresía, lo pensará, porque nosotros no somos mejores que ningún pueblo en el planeta, pero ni siquiera ese hipócrita se atreverá a decir en público que la discriminación de un niño está justificada por el bien común o por mandato divino.

En consecuencia, Europa es más que un referente geográfico e histórico. Los padres fundadores de los Estados Unidos son tan cultural y axiológicamente europeos como los redactores franceses de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Incluso me atrevo a afirmar que quienes defienden la libertad de culto y la emancipación de las minorías fuera de territorio europeo, son tan europeos como los europeos nacidos y criados en tierra europea. Ellos merecen todo nuestro apoyo y fraternidad.

Lo que identifica a la actual Europa, a la Europa renacida tras la peor barbarie conocida, la barbarie de los campos de concentración y el racismo, es que sus valores son universales, como dijo Ayaan Hirsi Ali. Ella y personas como ella encarnan la esencia de la europeidad, y son más europeas que un europeo con bisabuelos, abuelos y progenitores oriundos de nuestra pequeña península, pero que comulgue con valores

anti-europeos. No obstante, para que esta Europa renacida pueda sobrevivir y mantener viva su llama en medio de las tinieblas, es indispensable que refuerce su cohesión, su músculo económico e intelectual y su unidad política.

Nuestra pequeña península se empequeñece todavía más con la falta de visión y compromiso europeísta. La estrategia de parapetarnos tras los muros exteriores de Europa o, peor, tras los tabiques de cada minúscula nación o comunidad, es doblemente suicida. Suicida porque genera una falsa sensación de seguridad y porque nos debilita frente al imparable desarrollo y fortalecimiento de quienes son enemigos acérrimos de nuestros valores.

Preservar lo mejor de Europa requiere pues abrirse al mundo. Asumir que muchas personas quieren vivir con nosotros porque Europa es, todavía, el mejor lugar del planeta donde vivir con humanidad. Tal vez no todos aquellos que quieran vivir entre nosotros puedan hacerlo, pero todos ellos merecen ser protegidos por Europa como seres humanos que comparten nuestros ideales de libertad y progreso. Sin embargo, nada de esto sería posible en una Europa fracturada y segmentada, en una Europa de Estados egoístas y que solo piensan a cuatro o diez años vista, en vez de hacerlo a varias generaciones por delante.

Ampliación territorial de la Unión

El debate entre ampliación e intensificación de la Unión Europea es un clásico e irresoluble planteamiento escolástico. *Approfondissement ou élargissement?* Estos acertijos son muy del gusto de los retóricos y del engolamiento diplomático, pero resultan estériles e inútiles. Sin considerar el entorno concurrente y el contexto de cada momento histórico, es del todo absurdo ofrecer una respuesta unívoca y eternamente válida.

La naturaleza de las cosas –comenzando por la Ley de la Gravedad- nos induce a pensar que a medida que una estructura va ganando en altura o dimensión, sus cimientos o fundamentos deben ser cada vez más sólidos y seguros.

Para su ampliación, Europa no precisa un plan exhaustivo, completo y pautado. Basta con tener claros los requisitos indispensables. Esto tiene que ser así porque la Unión jamás debe desarrollar una vocación imperial, sino exclusivamente de servicio a las necesidades sociales de sus ciudadanos. El proyecto europeo debe orientarse a garantizar la solidez y prosperidad de Europa como ingrediente previo del bienestar cívico, no hacia otros fines, como los que podrían sugerir la soberbia o la patológica codicia de poder de sus circunstanciales dirigentes políticos.

¿Podría incorporarse algún día Islandia a la Unión? Sin duda que podría si lo desease su ciudadanía, ya que comparte con nosotros el núcleo fundamental de nuestros valores en lo ético, lo jurídico, lo económico y lo social.

¿Podría incorporarse Israel? Sin duda también, e incluso ese paso podría suponer un avance considerable en la construcción de una paz equitativa y perpetua en Oriente Medio.

¿Podría sumarse Turquía? Igualmente, siempre que acredite progresos irreversibles en línea con esos valores comunes que compartimos los europeos, puesto que nuestro déficit de juventud sería de este modo relativamente compensado, merced a la superior pujanza vital de la juventud turca.

Ahora bien, ¿tiene sentido diseñar un plan y desarrollar su programación detallada cuando de partida hemos renunciado a identificar la Europa política con la Europa geográfica? Sinceramente, más nos valdría completar la continuidad territorial de Europa –por ejemplo, facilitando la adhesión de los Estados que enlazarían a Grecia con el resto del territorio de la Unión- o, incluso, invitar a Rusia a iniciar un franco diálogo europeo para incorporarse a nuestra Fraternidad, ya que la cultura rusa es en esencia europea –Tolstoi, Dostoievski, Chejov, Chaikovski, ...-, antes que fomentar ensoñaciones.

Desde una óptica federal, lo más sensato es diseñar un plan de bienvenida a Europa para quienes deseen honradamente hermanarse con nosotros, antes que un ambicioso y vacuo plan de expansión. Para que la Unión persista, más vale ser la mejor madre anfitriona que una pérfida madrastra, acaparadora compulsiva de tierras y gentes.

A medida que reforcemos y vigoricemos nuestra Fraternidad, nuestra cohesión interna, más pueblos europeos se animarán a llamar a nuestra puerta. Solo entonces, tras ese previo y radicalmente libre acto de adhesión, podremos ir ampliando nuestro territorio de modo paulatino, pero jamás como si fuese un plan de campaña al gusto napoleónico.

En consecuencia, ante todo, debemos conjurarnos entre nosotros para entender que lo realmente valioso son los corazones que habiten esas nuevas tierras, y no las hectáreas en que se agrupen. En este punto, las palabras de Jean Monnet siguen siendo plenamente válidas:

“Nous ne coalisons pas des États, nous unissons des hommes”

-Nosotros no coaligamos Estados, nosotros unimos a los hombres-

Por ello hemos de dirigirnos a esas mujeres y hombres que desean de corazón ser europeos, como nosotros, para compartir y reforzar nuestra fraternidad. De ahí que antes de pensar en términos geo-estratégicos respecto a nuestros convecinos europeos

debamos hacerlo en forma de cálidos lazos afectivos. Así, facilitar el acceso a la ciudadanía federal entre esos nuevos europeos sería más útil e inteligente que rediseñar y repintar mapas. Esta forma de ampliar Europa –y también de rejuvenecerla, por qué no decirlo- resulta menos odiosa para algunos de nuestros Estados colindantes que lanzar acuerdos del tipo *todo o nada*, para adherirse a una organización política que antes requerirá notables cambios en las estructuras políticas y sociales de los adheridos. Estructuras donde anidan agendas ocultas e intereses inconfesables que las élites gubernamentales de cada territorio siempre dudan bastante en admitir y más en dismantelar –por ejemplo, el requisito previo y contrastado de gozar de una Justicia radicalmente independiente del poder ejecutivo y del legislativo, además de otros poderes *de facto* que puedan subsistir-.

IV. Organización

Constitución federal por decantación consuetudinaria

Europa goza de una Constitución material porque Europa ya está constituida, aunque muchos no lo entiendan ni lo asuman, al confundir ese poso cultural y de valores comunes con una norma jurídico-formal, a la que convencionalmente se califique de *constitución*.

Desde luego los europeos compartimos un núcleo axiológico común o un conjunto compartido de valores que presiden la ética pública y la vida en comunidad, y ello hace que lo que desarrollamos en los ámbitos político, económico y social mantenga una coherencia interna y una congruencia hacia afuera. Unos valores que nos son propios y que nos distinguen con nitidez ante otras civilizaciones y culturas. Es como si mantuviésemos a la vez un grupo de elementos que conforman el máximo común divisor de nuestra ciudadanía y al tiempo un mínimo común múltiplo en todo cuanto proyecta Europa.

Las raíces profundas de este núcleo se adentran en el Antiguo Testamento –por ejemplo, a través de los Diez Mandamientos-; en el Nuevo Testamento –mediante el concepto de *igualdad básica*, con indiferencia de linaje u origen gentilicio-; en el *Rule of Law* inglés, que luego se importó desde la parte continental de Europa, gracias a la Ilustración y plasmándose en la fundacional *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, decantados por la Asamblea Nacional Constituyente francesa de 1789, cuyo artículo 16 incluso nos da la pista sobre lo que realmente importa en términos de nacimiento de una verdadera y genuina Constitución colectiva:

“Toute société dans laquelle la garantie des droits n'est pas assurée, ni la séparation des pouvoirs déterminée, n'a point de Constitution.”

-Una sociedad en la que no esté establecida la garantía de los derechos, ni determinada la separación de los poderes, carece de Constitución.-

Ascendiendo en concreción desde esas raíces civilizadoras consustanciales a la europeidad, y tras habersele agregado a nuestra *Magna lex non scripta* nuevas conquistas cívicas, tanto jurídicas como sociales, hoy la parte dogmática de la Constitución europea está plenamente desarrollada en textos como la Convención Europea de Derechos Humanos -*Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales*-, adoptada por el Consejo de Europa el 4 de noviembre de 1950, e inspirada en la Declaración Universal de Derechos Humanos, proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, así como en los sucesivos protocolos adicionales a la Convención Europea. Con todo este bloque de derechos fundamentales, hasta resulta redundante la *Carta de los*

Derechos Fundamentales de la Unión Europea, en su versión proclamada en Estrasburgo el 12 de diciembre de 2007.

Los ciudadanos europeos compartimos pues ese conjunto inalienable de derechos humanos y cívicos, que están asegurados por un sistema judicial independiente, además con un doble circuito jurisdiccional, tanto estatal como europeo.

Pero, por si no bastase, mantenemos una nítida división de poderes, no solo funcional y formal –legislativo, judicial y ejecutivo–, sino que ahora también le añadimos una equilibradora división material y territorial del poder –estatal y supraestatal–, mediante una atribución de competencias sometida al Derecho Internacional y al propio Derecho de la Unión.

No creo que ni ese gigante del Derecho Constitucional que fue el inigualable Hans Kelsen, pudiese discutir a día de hoy que los ciudadanos europeos compartimos un núcleo básico y dogmático de derechos subjetivos, a la vez que esos derechos han sido protegidos por una división funcional de poderes estatales y, por añadidura, blindados por otra división que sirve de contrapeso adicional entre los diversos niveles territoriales de poder, manteniendo una exhaustiva regulación sobre cómo se distribuyen las competencias y sobre cómo se aprueban las diversas normas jurídicas y cómo se relacionan entre ellas. Si no fuese así, sostener que cualquier república bananera tiene “Constitución” mientras cualquier sátrapa de esa república la puede interpretar arbitrariamente, cambiarla, modificarla o abrogarla a su capricho, pero que en cambio los ciudadanos europeos adolecemos de una singular Constitución europea, sería un ofensivo insulto a la inteligencia.

Cierto es que nos falta aún el ritualismo y la pompa de un documento constitucional, al uso de los Estados que afirman tener su propia Constitución. Pero, como ya he dicho, una de las fuentes de esta Constitución es la tradición, y la escuela inglesa -a la que tanto debemos-, nos enseña el camino. Por consiguiente, también la Constitución material europea es una Constitución consuetudinaria, en permanente evolución y progreso, con sucesivos añadidos positivos –mediante nuevos tratados que la van perfeccionando- y, sobre todo, con construcciones jurisprudenciales innovadoras y renovadoras, tanto de la Corte Europea de Derechos Humanos, de Estrasburgo, como del Tribunal de Justicia de la Unión Europea, de Luxemburgo.

¿Quiere esto decir que los federalistas debemos renunciar a dotar algún día a la Unión de una Constitución formal o codificadora en un único documento, y que éste se autocalifique de “Constitución”? A mi juicio no debemos confundir lo deseable con lo indispensable. Ese paso ritual o litúrgico, desde luego no es indispensable y menos si se llega a convertir en la excusa propiciatoria para enzarzarnos en estériles debates bizantinos o escolásticos, que nos fragmenten por disquisiciones más propias de teólogos y de gente del medievo que de empiristas prácticos y pragmáticos del siglo XXI. De nuevo, aprendamos de la gran tradición inglesa, de John Locke y de David Hume, tradición europea hasta la médula por sus raíces y sus frutos.

Los derechos, deberes y libertades de los ciudadanos europeos se irán adaptando a los tiempos mediante nuevos aportes, inspirados por las modificaciones de las constituciones de los Estados de la Unión, por la necesidad de dar respuestas a nuevos retos y desafíos que hoy ni siquiera vislumbramos y por los avances en las líneas de pensamiento de nuestros líderes científicos e intelectuales. De modo que no aspiremos necesariamente a culminar una pétrea Constitución. El tiempo de ese mito o tótem jurídico ya ha pasado. En los actuales Estados complejos, con Ordenamientos Jurídicos que integran decenas de miles de normas, que van desde las relaciones de familia hasta la regulación del espacio radioeléctrico, aquel mito primigenio del acto constitucional se ha quedado obsoleto. Lo capital es el núcleo axiológico que compartimos y, este, ya consta escrito y se encuentra compilado en las obras de Montesquieu y del citado Hans Kelsen, entre otros juristas y pensadores a cuyos hombros, como hizo Newton con sus gigantes, también hemos sido aupados para ver más lejos.

El derecho de secesión en la Constitución europea

La Constitución material europea de génesis consuetudinaria tiene que admitir el derecho de secesión pacífica de los Estados que integren la Federación. Tiene que admitirlo precisamente para reforzar la unidad en los corazones de nuestros conciudadanos. Esta debe ser por siempre la más nítida diferencia entre los federalistas y los tiranos que un día soñaron y forjaron la pesadilla de un dominio continental, desde Augusto y sus sucesores como emperadores romanos, hasta Bonaparte, por no continuar con lo más execrable que ha engendrado Europa en este ámbito desde que existe historia escrita, y que ni siquiera merece ser citado.

Nada hay eterno en el universo y menos en nuestro minúsculo planeta. Menos puede haberlo pues en la exigua existencia de los hombres y en todo cuanto hemos construido. Tampoco en las organizaciones jurídico-políticas y sociales que hemos denominado *naciones, estados, federaciones, confederaciones* u organizaciones de cualquier otro tipo. En este sentido, la construcción federal de Europa aún está por ser levantada, pero ya antes tenemos que ser lo suficientemente humildes para admitir que ni siquiera la mejor edificación política de Europa puede presumir su eternidad. Si los más pretenciosos imperios sucumbieron en pocas generaciones, cómo no admitir que una entidad al servicio de sus ciudadanos también pueda sucumbir, y además hacerlo sin derramamiento de sangre, mediante crueles contiendas entre nosotros o entre nuestros descendientes.

La Europa contemporánea jamás deberá tener un inimitable Abraham Lincoln, que llegue a pronunciar un dramático discurso como el de Gettysburg, el 19 de noviembre de 1863, unos meses después de que el ejército de la Unión hubiese derrotado en esa localidad al ejército confederado de los Estados esclavistas sureños:

Four score and seven years ago our fathers brought forth on this continent, a new nation, conceived in Liberty, and dedicated to the proposition that all men are created equal.

Now we are engaged in a great civil war, testing whether that nation, or any nation so conceived and so dedicated, can long endure. We are met on a great battle-field of that war. We have come to dedicate a portion of that field, as a final resting place for those who here gave their lives that that nation might live. It is altogether fitting and proper that we should do this.

But, in a larger sense, we can not dedicate—we can not consecrate—we can not hallow—this ground. The brave men, living and dead, who struggled here, have consecrated it, far above our poor power to add or detract. The world will little note, nor long remember what we say here, but it can never forget what they did here.

It is for us the living, rather, to be dedicated here to the unfinished work which they who fought here have thus far so nobly advanced. It is rather for us to be here dedicated to the great task remaining before us—that from these honored dead we take increased devotion to that cause for which they gave the last full measure of devotion—that we here highly resolve that these dead shall not have died in vain—that this nation, under God, shall have a new birth of freedom—and that government of the people, by the people, for the people, shall not perish from the earth.

Abraham Lincoln

Hace ochenta y siete años, nuestros padres hicieron nacer en este continente una nueva nación, concebida en libertad, y consagrada en el principio de que todas las personas son creadas iguales.

Ahora estamos enzarzados en una gran guerra civil, que pone a prueba si esta nación, o cualquier nación así concebida y así consagrada, puede perdurar. Estamos reunidos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a consagrar una porción de ese campo como lugar de último descanso para aquellos que dieron aquí sus vidas para que esta nación pudiera vivir. Es absolutamente correcto y apropiado que lo hagamos.

Pero, en un sentido más amplio, nosotros no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este terreno. Los valientes hombres, vivos y muertos que lucharon aquí, ya lo han consagrado, muy por encima de lo que nuestras pobres facultades podrían añadir o restar. El mundo apenas advertirá y no recordará por mucho tiempo lo que aquí digamos, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí.

Somos más bien nosotros, los vivos, quienes debemos consagrarnos aquí a la tarea inconclusa que los que aquí lucharon para avanzar tanto y tan noblemente. Somos más bien nosotros los que debemos consagrarnos aquí a la gran tarea que aún nos queda: que de estos honorables caídos tomemos la incrementada devoción a la causa por la que ellos dieron la última medida colmada de celo. Que resolvamos aquí firmemente que estos muertos no habrán dado su vida en vano. Que esta nación, bajo Dios, tendrá un nuevo nacimiento de libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perecerá en la Tierra.

Abraham Lincoln

Este discurso, a la altura emocional del pronunciado como Oración fúnebre a Pericles e inmortalizado por Tucídides, jamás debe inspirar a los defensores de nuestra propia Unión en Europa. El Estado que desee abandonar nuestra Unión ha de poder hacerlo, siempre que lo acuerde respetando los procedimientos democráticos previamente pactados y que siempre haga frente también a sus obligaciones al consumir el proceso de secesión, comenzando por la ecuánime distribución de las cargas financieras pendientes de liquidar y por el respeto a los derechos subjetivos de los ciudadanos de la Unión, incluidos los de aquellos que ya hubiesen adquirido su derecho subjetivo de ciudadanía, es decir, su nacionalidad federal.

El siglo XXI y los que le sucederán no pueden ser idénticos al siglo XIX en la asunción y valoración de las tragedias humanas. Aunque en el XIX ya existían testimonios fotográficos de las carnicerías perpetradas durante la Guerra de Secesión norteamericana, como acreditó Timothy H. O'Sullivan sobre el campo de batalla de Gettysburg con su '*The Harvest of Death*' –*La cosecha de la muerte*–, hoy por fortuna el mayor respeto a la vida humana ha alterado de manera radical el nivel de tolerancia a la barbarie entre ciudadanos civilizados. En la Guerra Civil de los Estados Unidos para preservar su Unión, perecieron más norteamericanos que la suma de cuantos ciudadanos estadounidenses murieron en combate durante las sucesivas guerras exteriores en las que participó ese país, incluidas la suma de bajas propias a lo largo de la Primera y la Segunda Guerra mundiales.

La génesis de los Estados Unidos de América poco tiene que ver con la de la Unión Europea, ni con la que pueda alumbrar la Fraternidad federal europea. Ellos nacieron para concebir un futuro mejor; nosotros para enterrar el peor de los pasados. Ellos se rebelaron contra un poder colonial; nosotros tuvimos que desertar del horrible sendero que el nacionalismo ideó para nuestros abuelos. Ellos nacieron sin patria previa; nosotros somos hijos de diversas patrias. Ellos tardaron más en lanzar su dólar, tal como lo conocemos después de su Guerra de Secesión, que nosotros en imprimir nuestros Euros.

Cuando los padres constituyentes norteamericanos redactaron su Constitución – la primera del mundo, y por ello digna del más alto respeto y estima– no emplearon el término "*nación*". Las naciones conocidas en América eran las de los aborígenes americanos, como para los romanos lo eran las de los bárbaros. Lo propio de los romanos era su ciudadanía, no su nacionalidad. Lo propio de los estadounidenses también es la ciudadanía, y referirse a sí misma en conjunto como '*people*' –gente o pueblo– para formar una Unión, nunca como "*nación*" o comunidad de los nacidos en un territorio, puesto que *nación* procede del latín *nascere-natio*, o *nacer* y lugar de *nacimiento*. Ni siquiera tras las más de veinticinco enmiendas que se han agregado a los siete artículos originales que firmó Washington, el término '*nation*' fue insertado en la Constitución norteamericana. Fue precisamente Lincoln, con su discurso de Gettysburg, quien dio carta de naturaleza a la nación estadounidense, puesto que su Constitución

únicamente alude a ‘*nation*’ cuando se refiere a las ‘*foreign Nations*’ –naciones foráneas o extranjeras- y a la ‘*Law of Nations*’ –el derecho de las naciones, derecho de gentes, o derecho internacional- en la sección 8ª de su artículo I. Paradojas de la evolución política y de los dramas históricos, hoy el nacionalismo y el patriotismo de los Estados Unidos es un modelo inspirador para las comunidades democráticas del planeta.

En nuestro caso, recordemos que el artículo 50 del Tratado de la UE, postulado por el diplomático *highlander* escocés Lord Kerr of Kinlochard, ya dispone:

“Artículo 50

1. *Todo Estado miembro podrá decidir, de conformidad con sus normas constitucionales, retirarse de la Unión.*

2. *El Estado miembro que decida retirarse notificará su intención al Consejo Europeo. A la luz de las orientaciones del Consejo Europeo, la Unión negociará y celebrará con ese Estado un acuerdo que establecerá la forma de su retirada, teniendo en cuenta el marco de sus relaciones futuras con la Unión. Este acuerdo se negociará con arreglo al apartado 3 del artículo 218 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea. El Consejo lo celebrará en nombre de la Unión por mayoría cualificada, previa aprobación del Parlamento Europeo.*

3. *Los Tratados dejarán de aplicarse al Estado de que se trate a partir de la fecha de entrada en vigor del acuerdo de retirada o, en su defecto, a los dos años de la notificación a que se refiere el apartado 2, salvo si el Consejo Europeo, de acuerdo con dicho Estado, decide por unanimidad prorrogar dicho plazo.*

4. *A efectos de los apartados 2 y 3, el miembro del Consejo Europeo y del Consejo que represente al Estado miembro que se retire no participará ni en las deliberaciones ni en las decisiones del Consejo Europeo o del Consejo que le afecten.*

La mayoría cualificada se definirá de conformidad con la letra b) del apartado 3 del artículo 238 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea.

5. *Si el Estado miembro que se ha retirado de la Unión solicita de nuevo la adhesión, su solicitud se someterá al procedimiento establecido en el artículo 49.”*

Esta previsión, *grosso modo*, es impecable, aunque una futura regulación del derecho de secesión estatal debe prever también pautas y procedimientos que velen por el abono de lo adeudado a la Unión y lo referido sobre los inalienables derechos de los ciudadanos afectados, incluido un estatuto personal que blinde la doble nacionalidad – estatal y europea-, con una plena ciudadanía europea de aquellas personas que, siendo previamente europeos, se vean privados de esta condición contra su libre voluntad, únicamente por una decisión general de diferentes autoridades públicas.

En cuanto a la situación posterior para la Unión tras una hipotética secesión de algún Estado, mientras se mantenga cierta continuidad territorial entre los Estados que

preserven la Unión, o cuando menos su idónea conexión marítima o aérea, sin quedar a merced del control del espacio empleado por un tercer Estado, una secesión ordenada no tiene por qué afectar a la viabilidad de Europa como entidad política internacional. La evolución geopolítica del resto del planeta y su acelerado crecimiento en todos los parámetros relevantes –éxito científico y tecnológico, productividad, competitividad, ratios demográficas, ...- no ofrecen otra alternativa de viabilidad a los europeos sensatos que preservar su Unión. Pero por nuestros propios valores, también debemos respetar el derecho de nuestros hermanos a equivocarse, siendo en todo caso lo suficientemente generosos y magnánimos para readmitirlos en nuestra fraternidad tan pronto sean conscientes de su error, si así lo desean.

Poder legislativo federal y su relación con el poder judicial

Organizar el poder legislativo de una nueva Federación de Estados con una ciudadanía federal es complejo y delicado, ya que hay que definir previamente su sistema electoral y también garantizar ciertos equilibrios básicos sin herir susceptibilidades. En este ámbito, la pura racionalidad jurídica debe considerar la diversidad socioeconómica, el peso de la costumbre histórica en cada Estado federado, la concepción sociológica de cada población y otros factores, que incluso no tienen por qué presentarse en todos los Estados federados, pero que siempre merecen una respetuosa comprensión por el conjunto.

De entrada, parece lógico y razonable que el Poder legislativo de la Fraternidad Europea apruebe leyes prevalentes en los ámbitos competenciales que le cedan los Estados federados y que controle al Ejecutivo federal, así como que participe con exquisita neutralidad en la elección de los servidores del Poder judicial independiente de la Federación.

Comenzando por la estructura de ese Poder legislativo, resulta aconsejable que se organice en dos cámaras: una Asamblea de la Ciudadanía Federal y una Cámara de los Estados federados.

La Asamblea de la Ciudadanía Federal constaría de miembros electos por sufragio universal directo en todo el territorio de la Federación, eligiéndose un representante por cada millón de habitantes o fracción, de modo que concurren las fuerzas políticas que a su vez puedan articular ya de por sí una opinión cívica y pública de dimensión europea. Sin este requisito, Europa nunca podrá actuar como una potencia en el mundo, puesto que el fraccionamiento originario de las listas electorales por criterios territoriales facilitaría mucho una estrategia foránea del tipo “*divide et impera*” que, en suma, podría llegar a bloquear o condicionar de forma espuria y antieuropea la toma de decisiones. Si las fuerzas antieuropeas desean coaligarse y presentar listas formadas según acuerdos territoriales estarían en su perfecto derecho a hacerlo, pero

todos los electores sabrían entonces qué votan –y no se trataría pues de una alternativa pro-integración sino pro-fraccionamiento-.

La Cámara de los Estados federados sería por su parte la constituida por representantes de cada uno de esos Estados, con un representante por cada millón o aproximación al millón de habitantes, más otro adicional por cada Estado. En este caso podrían concurrir listas federales o estatales, pero compartiendo todos los Estados la misma mecánica electoral.

Para evitar disfunciones y trabas caprichosas, las elecciones se celebrarían siempre en una misma fecha -por ejemplo, un 9 de mayo- y por períodos de cinco años, de modo que se combinaran la estabilidad institucional, la seguridad jurídica y la certeza indispensable para la planificación por los actores económicos, tanto privados como públicos.

En lo que atañe a la elección del Presidente federal, éste sería elegido por ambas cámaras reunidas en sesión única, al menos durante los primeros diez mandatos completos de las mismas –medio siglo-, mientras no fraguase entre la ciudadanía europea la creación de una única opinión pública, con su propia agenda federal. Después de ese plazo, ambas cámaras también decidirían en sesión única si convendría pasar ya a la elección ciudadana directa del Presidente federal -por el conjunto de la ciudadanía europea-, o si sería preferible proseguir con el mecanismo originario y durante cuántos años más, incluso con sucesivas prórrogas.

A su vez, la Asamblea debiera elegir al Presidente del Consejo de Ministros, a propuesta del Presidente federal, y aquél a sus propios Ministros, previa audiencia pública y examen de idoneidad por la Asamblea. El Presidente federal podría proponer además a la Asamblea una moción de censura constructiva en defensa de la Federación, presentando un candidato a Presidente del Consejo de Ministros.

En cuando al Poder judicial federal, el Secretario General de la Asamblea de la Federación abriría cada 9 de mayo una convocatoria pública para que los juristas con más de veinte años de ejercicio profesional se inscribiesen libremente en diversas listas, según sus especialidades jurídicas, no pudiendo optar quienes hubiesen detentado cargos políticos previos en los poderes legislativo o ejecutivo. Además del respectivo baremo evaluable de méritos, que aprobasen ambas cámaras en sesión única, se requeriría que todos los candidatos acreditaran el perfecto dominio de varios idiomas oficiales, puntuando esta circunstancia de forma especial junto con los restantes méritos. A la postre se conformaría una lista por especialidad, con los 99 candidatos que acreditaran mayor puntuación. Las magistraturas vacantes se cubrirían luego mediante sorteo público, ya que todos los candidatos inscritos en la respectiva lista se han de presumir plenamente válidos, no siendo ninguno indispensable, ya que todos debemos morir algún día. Por supuesto los magistrados serían inamovibles hasta los 75 años de edad, y para los tribunales superiores se conformarían listas de igual modo, pero con los magistrados de rango inferior, procediendo a elegir por sorteo a sus integrantes. La Presidencia del Supremo Tribunal Federal sería elegida mediante sorteo entre los

Magistrados de dicho Tribunal, aunque pasando antes por una audiencia pública en la Asamblea de la Ciudadanía Federal, que ha de dictaminar la elección y someterla al Presidente federal. De esta forma, se evita cualquier riesgo previsible de que las diferentes fuerzas políticas intenten posicionar a sus satélites en un Poder que debe ser absolutamente independiente para velar por la Justicia en la Federación y por la defensa a ultranza de los derechos subjetivos de sus ciudadanos.

Para el *Ombudsman* europeo –Defensor del Pueblo– se seguiría un procedimiento análogo, mediante un sorteo público de entre todos los magistrados ya cualificados para acceder al Supremo Tribunal Federal.

Por regla general, este método mixto, que combina la previa cualificación profesional y ética de todos los candidatos a altas responsabilidades federales, junto con la mano ciega e inocente del azar, debiera inspirar todos los procedimientos de elección de cargos públicos sujetos al control político de la Asamblea, desde los miembros del Tribunal Federal de Cuentas hasta los Consejeros del Banco Federal responsable de la estabilidad de la moneda, pasando por la Junta Electoral Federal y otras entidades vitales para la Federación. Ningún hombre ni mujer es indispensable, reitero, puesto que todos somos mortales y la humanidad, como Europa, ha de proseguir su curso sin nosotros. En esto debemos ser más prudentes incluso que James Madison, padre constituyente de los Estados Unidos de América, cuando sentenció en *The Federalist*, nº 51 (1788):

<i>If men were angels, no government would be necessary. If angels were to govern men, neither external nor internal controls on government would be necessary. In framing a government which is to be administered by men over men, the great difficulty lies in this: you must first enable the government to control the governed; and in the next place oblige it to control itself.</i>	Si los hombres fueran ángeles, no sería necesario ningún gobierno. Si los ángeles gobernarán a los hombres, no serían necesarios controles externos ni internos sobre el gobierno. Al diseñar un gobierno que será administrado por hombres que gobiernan a hombres, la gran dificultad radica en esto: primero debe permitirse que el gobierno controle a los gobernados; y luego obligarle a ser controlado él mismo.
--	---

Mediante estas correcciones, sobre todo mediante la introducción del azar en la elección de entre un grupo suficientemente extenso de ciudadanos perfectamente cualificados todos para el desempeño de los cargos no representativos ni gubernamentales que podrían asumir, se evitan de raíz las tentaciones corruptas del totalitarismo, consustanciales a cualquier grupo político organizado y carente de control externo. También se blindan así los derechos fundamentales de los ciudadanos y de los Estados federados, al igual que la correcta mecánica de todas las instituciones y órganos básicos de la Federación, mientras se garantiza el respeto al verdadero interés común de Europa como sujeto de Derecho Internacional, en un mundo carente de suficientes y potentes baluartes de la democracia y de un modelo viable de Sistema colectivo de Bienestar al alcance de los ciudadanos de cada país.

Sistema judicial federal

La Justicia es clave para la Fraternidad europea. Europa es su Derecho. Sin un sistema judicial independiente la Fraternidad federal sucumbirá. Los hombres no somos ángeles, como sentenció ese gran americano que fue Madison, americano pero de matriz cultural europea. Los hombres que gobiernan, menos angelicales suelen ser aun. Y los europeos que han gobernado desde la caída de Roma hasta la caída de Berlín, menos que nadie. Por eso, para mantener nuestra cohesión interna y evitar la tentación de convertir la Federación en una especie de Imperio centralizado, resulta vital construir un Poder Judicial federal libre del pecado original que implica la tendencia hacia la vanidad y la codicia de un poder omnímodo, incluso entre la propia judicatura. La previsión precedente, al tratar de los poderes federales, combinando una exhaustiva cualificación técnica preclusiva con amplias listas de candidatos y con una selección por azar para acceder a la judicatura, son cautelas generales que debemos mantener contra viento y marea.

Para que el Derecho de la Unión sea un Derecho vivo, cotidiano y amparador de todo ciudadano, no basta con el modelo construido por los padres fundadores de las Comunidades Europeas. El que los jueces y tribunales estatales consulten sus dudas a un Tribunal de referencia mediante una “cuestión prejudicial”, para hacer cumplir una norma que recoge los derechos individuales de un ciudadano concreto, solo sirve cuando los ciudadanos desconocen sus derechos y las consultas son tan exóticas como exiguas en número, a criterio de los jueces estatales intermediarios.

Todo ciudadano europeo debe poder acudir directamente a la jurisdicción federal cuando se violan o ponen en riesgo los derechos y libertades que le otorga el Ordenamiento Jurídico de la Federación. Pero es que, además, a diferencia de lo que ha venido sucediendo desde que se crearon las Comunidades Europeas a mediados del siglo pasado, la Federación debe dotarse de sus propias normas penales, puesto que hay infracciones que bien merecen una represión penal contundente, desde la apropiación ilegítima de recursos comunes hasta las transgresiones de sus autoridades y funcionarios –que tampoco son ángeles-, pasando por los crímenes de odio contra nacionales de otros Estados de la Federación y por múltiples violaciones de normas federales, que deben ir concretando y codificando los legisladores a medida que se vaya construyendo esta rama del Derecho federal.

Pues bien. El sistema judicial federal ha de dotarse de una infraestructura que garantice los tiempos estandarizados más breves de respuesta a las demandas, denuncias, querellas y restantes acciones procesales de los ciudadanos europeos. Para ello, la técnica de los circuitos judiciales que idearon los Estados Unidos de América es plenamente válida. Sin embargo, debemos mejorar todo cuanto atañe al número de circuitos –puesto que la Federación estará integrada por centenares de millones de

ciudadanos- y a la selección de los jueces y magistrados, así como de los funcionarios que les resulten indispensables y blindar la independencia económica del Poder judicial federal, previendo un porcentaje fijo de participación en los ingresos fiscales de la Federación, administrados por el Tribunal Supremo federal.

La jurisdicción federal debe nacer y permanecer pues radicalmente libre del vicio de la interferencia política en su selección y funcionamiento. Para ello ha de pactarse un sistema de acceso donde haya más concreción numérica y menos ambigüedad adjetiva,

Así, para el acceso a los juzgados y tribunales de los circuitos de menor nivel, los candidatos han de ser juristas con suficiente experiencia profesional, que acredite de forma objetiva cierta madurez de criterio. También deben pasar los candidatos unas pruebas objetivas de conocimientos de idiomas, puntuando su grado de conocimiento y su diversidad lingüística. Las pruebas de razonamiento lógico pueden ayudar además a determinar su capacidad para desentrañar asuntos complejos. Del mismo modo, debe valorarse su trayectoria cotidiana europea –años de residencia en diversos Estados, convivencia oficialmente acreditada con parejas originarias de otros Estados, títulos profesionales adquiridos en diversos Estados, ...-. Por añadidura, la letra pequeña del sistema de acceso a la judicatura federal y al funcionariado a su servicio debe erradicar toda posibilidad de contaminación por los otros dos poderes federales.

De esta manera se construiría un baremo común para el acceso de todos los candidatos y se asignaría la puntuación correspondiente a cada uno. Una vez hallada la puntuación media, solo pasarían a la siguiente fase los candidatos que superasen dicha puntuación y luego se procedería a un sorteo, donde cada candidato tendría tantos números como puntos obtuviese por encima de aquella media. Los afortunados candidatos que ganasen una de las plazas ofertadas, después tendrían que superar un curso selectivo organizado por los magistrados de mayor antigüedad, para luego tomar posesión de sus plazas por un período previamente estipulado. El mismo procedimiento objetivo podría replicarse para los ascensos de categoría, versando los cursos selectivos sobre el conocimiento de la jurisprudencia superior a la que se aspire. Lo crucial, en cualquier caso, es que no intervenga la componenda política en la selección de los jueces y magistrados, mediante cuotas o transacciones inconfesables entre miembros de los otros poderes públicos. Con estas cautelas previas de aptitud y actitud, es más de fiar el resultado que ofrezca el azar que el que ofrezca cualquier acuerdo partidista.

Nadie del Poder ejecutivo ni del Poder legislativo debe intervenir en el nombramiento de los jueces y magistrados federales. El peor de los pecados en este terreno es el del reparto por cuotas, sean políticas o territoriales. Con el sistema propuesto, dado que nadie es imprescindible y que todos somos seres mortales, se garantiza la idoneidad técnica, jurídica y humana, mientras se erradica la propensión a crear lealtades espurias de todo tipo.

Poder ejecutivo de la Federación

Si Europa fuese un planeta aislado en el sistema solar –y desde luego no el homónimo satélite de Júpiter descubierto por Galileo-, tal vez podría gobernarse mediante un Poder ejecutivo débil. Pero nuestra Europa terrenal, la que compartimos algunos cientos de millones de ciudadanos, vive en un planeta donde pronto habrá veinte veces más seres humanos que ciudadanos europeos, muchos de cuyos autocráticos dirigentes no comparten nuestra cosmovisión y hasta desprecian –cuando no odian- nuestra escala de valores, nuestra civilización y nuestra forma de gobierno.

La coexistencia internacional no es una melosa película de Disney. La *Realpolitik* bismarckiana del pequeño tablero europeo durante el XIX, inspirada en los bosquejos legados por Metternich tras las guerras bonapartistas, es en este ámbito una particular Ley de la Gravitación universal de la que no podemos huir, al menos mientras no advenga un idílico e improbable Reino terrenal de los Cielos. Incluso la *Weltpolitik* –geopolítica- que sucedió a aquella *Realpolitik* prusiana durante la primera mitad del siglo XX, parece minúscula e ingenua a la luz de los nuevos actores internacionales y de su descomunal potencial, para lo que es la ínfima escala europea en el planeta.

Sin ser una potencia militar, Europa sí es en cambio una potencia económica y comercial aunque en acentuado declive, que ya coexiste con otras incluso potencialmente más vigorosas, y que más bien pronto que tarde reclamarán su lugar en el mercado mundial y en el diseño de un nuevo orden internacional. Partimos pues de una posición defensiva y débil. La mayoría de los Estados europeos no aspiran ya a incrementar su peso en el PIB planetario, sino a modular escalonadamente su retirada. Sin embargo, a la vez, la ciudadanía europea demanda constantemente más gasto social para atender unas necesidades crecientes, ligadas a su senescencia, a su infecundidad y a su menor productividad y competitividad comparadas frente a las nuevas potencias foráneas. Esos factores domésticos restringen a su vez la capacidad de crecimiento endógeno europeo, tanto en términos absolutos como relativos.

Europa, junto con esa grandiosa proyección de Europa que son los Estados Unidos de América, caminan directos ambos hacia la fatídica trampa geopolítica definida por Tucídides en el siglo V a.C., al historiar de modo científico la Guerra del Peloponeso.

En el libro V de su homónima obra, Tucídides nos recuerda que el poder rige la convivencia entre las naciones y que nunca lo hizo la Justicia divina desde que existen memoria e historia humanas. En el Peloponeso, no pudiendo tolerar los atenienses en su lucha contra los espartanos la neutralidad de la isla de Melos por razones estratégicas, Atenas envió una armada de treinta barcos y más de un millar de guerreros para negociar el sometimiento de dicha isla, así como el pago de un tributo para ayudarle a financiar la guerra contra Esparta.

Los jefes militares atenienses –Licomedes y Tisias- encomendaron a unos “*embajadores*” –negociadores- ir a la capital de la isla –Melia-. Es en este contexto en el que Tucídides nos legó el denominado “*diálogo meliano*”, que erige todo un monumento literario a la *Realpolitik*, mucho antes de que se patentase este concepto falsamente prusiano.

En Melia, los embajadores atenienses parlamentaron en privado –jamás ante el pueblo- con el poder legislativo y el ejecutivo de la isla –senadores y cónsules-. Los aparentemente virtuosos atenienses –por comparación con los oprobiosos espartanos- les espetaron a los isleños que cuando los débiles discuten sobre aquello que los más fuertes les demandan, bien les conviene ponerse de acuerdo con los fuertes para de este modo conseguir el menor mal y daño posibles. E inmediatamente añadieron los atenienses que más valía ser súbditos a padecer los daños de la guerra; éste sería para Atenas un trato *justo*, puesto que a los atenienses les resultaba más útil mandar sobre Melos y tener a sus habitantes como súbditos antes que matarlos y destruirlos, mientras que a los de Melos les debía resultar también más útil vivir que morir. Esa y no otra era la brutal justicia internacional que consideraba Atenas.

En vista de la postura ateniense, la oferta de Melos consistió en proponer una neutralidad reforzada, que los atenienses rechazaron de plano, aduciendo que si aceptasen esa propuesta de neutralidad, sus propios enemigos la interpretarían como una muestra de debilidad de Atenas. Les recordaron pues a los melianos que en la naturaleza *-physis-* rige una ley para las naciones que no fue hecha por los hombres, y que seguirá rigiendo eternamente sobre ellas, por la cual quien vence a otro le ha de mandar y ser su señor.

Atenas creyó que demandaba una cosa justa y razonable, como es someterse y pagar tributo, pues consideraba locura resistirse a los más fuertes y poderosos. Al final, no sometiéndose Melos a Atenas, fue sitiada su capital y tras algunas escaramuzas exitosas para los de Melos, los atenienses enviaron a un nuevo y agresivo comandante –Filócrates-, que aprovechó motines y traiciones entre los sitiados, tras los cuales los atenienses entraron en Melia y no tuvieron piedad: mataron a los varones mayores de catorce años, vendieron como esclavos a las mujeres y a los niños, y repoblaron Melos con colonos atenienses.

En consecuencia, la denominada “*trampa de Tucídides*” nos advierte que, como fue el ascenso de Atenas y el temor que eso inculcó en Esparta lo que hizo que la guerra resultase inevitable entre ambas, siempre que una potencia ascendente olisquea la debilidad de otra potencia declinante, el conflicto está servido –y quizás la guerra, en cualquiera de las diversas formas que hoy conocemos-.

La invasión de Asia por reyes y señores europeos entre los siglos XVI y XIX, es otra muestra de esta brutalidad narrada por Tucídides. Una invasión que debemos condenar y que nos avergüenza, aunque no por ello tengamos ahora que padecer una extemporánea retorsión los tataranietos de los igualmente explotados en Europa por esos bárbaros reyes y señores, sedientos de oro y sangre. En una Europa sin ciudadanos

y solo con súbditos, la codicia señorial no conocía límites, ni siquiera la de la vida de los pobres desgraciados condenados a servir en armadas patrimoniales de príncipes, de oligarcas aristócratas o de sus comisionados, fuesen monopolistas regios o corsarios con patente real. Lo que hicieron los señores de Portugal al invadir Ceilán en el XVI lo prosiguieron los señores neerlandeses, y así podríamos continuar relatando las tropelías de las familias dominantes en Europa, que extendieron su voracidad por el globo, hasta alcanzar su clímax de infamia con las guerras del opio contra China, que en nada importunaba ni competía con los oligarcas europeos.

En esta constante ruleta de dominación, no hay espacio para la bondad de los dirigentes políticos, ya que son las fuerzas económicas y sociales que les han puesto al mando las que les empujan a romper ese equilibrio inestable, para instituir un nuevo equilibrio, fundamentado sobre la jerarquía y el sometimiento. Por esta razón, el Ejecutivo federal europeo no puede ser un simple secretariado colegiado que administre funciones burocráticas o puramente gerenciales. Pero al tiempo, dado que la razón de ser de Europa es servir con diligencia los derechos y necesidades de sus ciudadanos, nuestro Poder ejecutivo debe ser tan equilibrado y controlado desde dentro, como potente e independiente hacia afuera.

El Gobierno de la Fraternidad Europea debe pues centrarse en la proyección internacional de nuestra economía, en la promoción de nuestros valores, en las relaciones internacionales y en la defensa, dedicándose exclusivamente a tareas domésticas en la medida en que estuviesen directa e íntimamente ligadas a esas misiones centrales y vitales para el porvenir de Europa como civilización promotora de un sistema democrático de libertades, de igualdad jurídica y de garantías sociales para todos sus ciudadanos, así como por extensión para todo ser humano por el mero hecho de serlo.

En línea con estas premisas, el Gobierno europeo requiere que el Presidente federal proponga al Presidente del Consejo de Ministros y que éste busque el refrendo de la Asamblea de la Federación. Esta doble legitimación por el legislativo –la del Presidente federal y la del Presidente del Consejo de Ministros- garantiza una *auctoritas* y una *potestas* inigualables para un sistema democrático de base parlamentaria, con los beneficios añadidos de los controles y equilibrios del Poder Judicial federal y del Poder legislativo de la Federación, que impidan la gestación de una autocracia que no queremos ya jamás para nosotros ni para nadie.

Fuerza y sometimiento al Derecho son manifestaciones de una misma realidad en el caso de Europa. Si no contamos con ambas herramientas seremos víctimas propiciatorias de un orden mundial con reglas inmanentes que ni nosotros, ni nuestros competidores, hemos impuesto. Como decía Tucídides, por boca de los emisarios atenienses, esa *physis* nos viene dada por el hecho de nacer los humanos en diferentes comunidades. Y ante esa tragedia, la única alternativa para la paz es preservar un equilibrio dinámico dentro de los márgenes del Derecho Internacional puesto que, como sentenció Sun-Tzu, ciertos gobernantes sin límites democráticos internos pueden ver la

oportunidad de atacar donde no esté preparado el enemigo, aparecer donde no se le espere, y luego un reino –o *res publica*- que alguna vez fue destruido nunca podrá volver a existir, como los muertos no pueden volver a la vida.

Desde Europa debemos tener claro que el mejor antídoto contra conflictos similares a los del pasado es la expansión de la democracia por el mundo. Las guerras entre democracias asentadas y que respeten la división de poderes, los derechos humanos y la libertad de prensa son prácticamente imposibles. Sin embargo, la concentración de poder en unas pocas manos fomenta la ambición desmedida y el ansia por dominar, sin importar el precio a pagar en vidas humanas.

En suma, el Ejecutivo federal tiene que tener a su disposición los medios, procedimientos y recursos para que Europa pueda hacer oír su voz en el mundo, pero al mismo tiempo debe estar sometido a todo tipo de controles, equilibrios y cautelas para erradicar cualquier tentación imperial o totalitaria.

Lastres federales

Para conseguir la Fraternidad europea mediante una Unión Federal precisamos superar muchos obstáculos sociológicos y culturales –idiomas, costumbres, estereotipos nacionales, ...-. Sin embargo, una parte significativa de los europeos, especialmente los más cultivados y formados, puede llegar a entender que hay que aprender a ver Europa y a sus amadas naciones sin la deturpada lente del eurocentrismo. Una vez que asuman que el eurocentrismo -fomentado durante los siglos XIX y XX- deforma la percepción de la realidad de nuestro mundo, gran parte de este grupo de ciudadanos abrirá sus corazones y sus mentes para abrazar la alternativa Federal.

A no pocos europeos les costará realizar ese ejercicio, sobre todo porque ciertas élites locales y determinados grupos corporativos conservadores estimularán la resistencia al cambio de enfoque. ¿A qué élites y grupos me refiero? Pues no -como se podría pensar- al capital corporativo y a los ejecutivos empresariales más dinámicos, que pronto comprenderán las ventajas para la productividad y la competitividad de una dinámica federal europea. Tampoco me refiero a los sindicatos, porque la amenaza de la deslocalización industrial y el riesgo de anoxia financiera para el Sistema de Bienestar europeo enseguida les animarán a compartir dicha dinámica federal. Por el contrario, la resistencia a un verdadero federalismo europeo procederá de los grupos de presión que han florecido dentro de los actuales Estados, precisamente durante esos dos últimos siglos: segmentos de diplomáticos, de altos funcionarios, de docentes universitarios reacios a una competencia abierta, ... En suma, a lo que podríamos aglutinar bajo la etiqueta de “rentistas públicos”, amantes de sus privilegios dentro de *establishment* y conforme a un falso *statu quo*, alterado por las mutaciones económicas y geopolíticas producidas desde finales de los 80 del siglo pasado.

En el caso de una parte de los diplomáticos estatales, su concepción exclusivista de la representación de los presuntos intereses de sus pueblos –que ellos interpretan, cual oráculos- les impide asumir otras posibilidades de organización política y de representación de Europa en el exterior. Pero su motivación ni siquiera es esta, sino la resistencia a correr el riesgo de ver mermados sus sueldos, privilegios, expectativas y estatus.

Casi avergüenza constatar que una vez edificada la actual Unión Europea, sus Estados todavía mantengan o incluso acrecienten sus efectivos diplomáticos y de otros funcionarios de apoyo soberbiamente retribuidos y bien considerados domésticamente, en una tupida red de embajadas cruzadas. Además, se ha creado otra red paralela de organismos, órganos e instituciones multilaterales europeas sin ningún valor añadido, pero que ha permitido acrecentar la nómina agregada de diplomáticos y de otros funcionarios estatales allí acantonados. Un fenómeno idéntico lo hemos podido constatar tras la creación del Banco Central Europeo (BCE), puesto que bastantes antiguos bancos centrales estatales no solo han promocionado a sus funcionarios para destinarlos a la sede del BCE en Frankfurt am Main, sino que incluso han incrementado sus plantillas originarias y sus contrataciones de asistencias, a pesar de tener menos responsabilidades y tareas que antes de constituirse el BCE.

Será una misión titánica vencer los intereses de este nutrido y privilegiado grupo de presión funcional, que ahora monopoliza los trabajos técnicos en el proceso de construcción europea, y que transmite constantes alertas amedrentadoras a sus pueblos por posibles agravios o por amenazas ficticias si se avanza en la federalización. Será una misión titánica de los federalistas, porque aquellas suspicacias y temores de tales grupos de interés son sembrados en terreno abonado, entre las franjas de ciudadanos que temen perder lo poco que tienen, puesto que nadie les explica con una clara pedagogía que el gran riesgo es otro: que el modo de vida que la mayoría deseamos preservar y mejorar corre el riesgo de desmoronarse, porque no podemos costearlo ante el declive en su conjunto de Europa como un todo, y que por ese motivo –una vez afianzada la Paz perpetua entre los europeos- urge dotarnos de unidad federal con mayor cohesión y vigor ante los retos y desafíos de nuevas potencias que ya nos superan en demasiados ámbitos.

Contra lastres como estos, lo primero que debemos hacer quienes apostamos por el éxito de Europa y el bienestar de sus ciudadanos es, reitero, pedagogía. Tenemos que explicar los riesgos que corremos y las alternativas que proponemos. Pero explicarlo con palabras comprensibles y en los entornos despreciados hasta el momento por quienes –tal vez de buena fe- creyeron que bastaba con dirigirse a cuadros con formación universitaria y a ciertos grupos selectos. No somos dignos de poner en cuestión la labor de los padres fundadores de Europa, máxime durante los difíciles tiempos que les tocó vivir, entre ambas guerras mundiales y, sobre todo, tras la hecatombe de la segunda de ellas. Pero sí debemos constatar que esos métodos y herramientas ya no sirven en una sociedad interconectada, saturada de información a

menudo irrelevante –*infoxicación*- y, en especial, en una sociedad adocenada y con escasa resiliencia o incapacidad para superar sus frustraciones.

La Unión Federal de Europa necesita de modo apremiante ir construyendo un básico y diario refrendo democrático. Un refrendo en el que puedan pronunciarse los trabajadores ocupados en actividades presionadas por la obsolescencia y la competencia exterior, los trabajadores precarios, nuestros agricultores y marineros, nuestros desempleados y subempleados, nuestros trabajadores autónomos y nuestros pequeños empresarios, ... En suma, un refrendo cotidiano donde puedan manifestarse todos aquellos ciudadanos que hasta ahora dejaban hacer a quienes ocupaban puestos relevantes en aquellos grupos de presión, empotrados entre las altas burocracias estatales –genuinos mandarines en esas burocracias-. Algunos de ellos, tal vez, están abiertos a colaborar, pero no a transformar radicalmente las estructuras para hacerlas más eficientes frente a la amenaza de nuestro declive y a la competencia exterior.

¿Qué diplomático estatal va a renunciar a un jugoso puesto en una embajada sita en una gran avenida o en una majestuosa plaza de París, Roma o Berlín? ¿Qué alto militar estatal no aspira a una agregaduría de defensa en esas mismas embajadas, sobre todo cuando su físico ya no es el de un legendario Aquiles? Tal vez, principalmente, los jóvenes e idealistas, pero muy difícilmente quien cree tener alguno de esos puestos al alcance de la punta de los dedos, al alcance de su desmedido ego. Sin embargo, es de esperar que los auténticamente brillantes, válidos y competentes, tal vez sean capaces de vislumbrar nuevas y más elevadas oportunidades en embajadas europeas más potentes y eficientes, en Pekín, Tokio o Nueva Dehli. Llegados a este punto, conviene recordar la reflexión que se atribuye al irreverente general Kurt von Hammerstein-Equord:

“Divido a mis oficiales en cuatro clases: los inteligentes, los trabajadores, los tontos y los vagos. En la mayoría de los casos concurren dos cualidades. Los inteligentes y trabajadores son para el Estado Mayor; los otros, los tontos y vagos, forman el noventa por ciento de todos los ejércitos y son muy aptos para las tareas de rutina. El que es inteligente y, a la vez, vago, está cualificado para el mando, pues aporta la claridad mental y el aplomo necesarios para tomar decisiones de peso. Del que es tonto y trabajador hay que protegerse: en ése no se puede delegar ninguna responsabilidad, pues siempre causará alguna desgracia.”

Esperemos que los funcionarios inteligentes de entre esos lastres federales impongan su criterio frente a los distintos colectivos conservadores –en la peor acepción del término-. Conservadores de sus exclusivas expectativas personales, contra el progreso de una Europa que pueda amparar a todos sus ciudadanos en un futuro inmediato y también durante el porvenir.

V. Áreas de acción federal

Una economía más integrada

En los Estados Unidos de América, su Estado federado con mayor tasa de desempleo a finales de 2019 fue Alaska, con un 6,1%. Los Estados con menor desempleo fueron Carolina del Sur, Utah y Vermont -2,3%-. A efectos comparativos, podemos distinguir dos grandes grupos norteamericanos de Estados federados: los que tienen un desempleo igual o menor al 2,5% -los citados, más Dakota del Norte y Colorado- y los que tienen un desempleo igual o superior al 5% -además de Alaska, Mississippi, el distrito federal de Columbia y Virginia Occidental-.

Según Eurostat, a finales de 2019 entre los Estados de la UE, el que más desempleo padecía era Grecia -16,6%-, seguido de España -13,7%- e Italia -9,8%-. El Estado que menos desempleo tenía era Chequia -2%-, seguida de Alemania y Países Bajos -3,2%-.

Como puede apreciarse, a grandes rasgos la diferencia en los Estados Unidos entre quien tiene el menor desempleo y quien tiene el mayor es de una relación de 1 a 3. En cambio, en la Unión Europea es de 1 a 8. Esa diferencia es todo un abismo.

Si descendemos a un nivel más humano para la diversidad europea y analizamos los datos a nivel regional –lo que los estadísticos de Eurostat califican como *NUTs2*-, las distancias observadas serán mucho más notables. También según Eurostat, en 2018 la región europea que menor desempleo experimentó fue la correspondiente a Praga -1,3%-, y la que más la de Mayotte -35,1%-, región ultra-periférica francesa situada entre Madagascar y Mozambique. Pero si nos atenemos a datos más grupales, Eurostat nos dice que en ese año hubo 16 regiones *NUTs2* con una tasa de desempleo superior al 20%. Por consiguiente, a nivel regional la diferencia en desempleo era por lo general de una relación de 1 a 15, si dejamos al margen el exótico y muy extremo caso de Mayotte.

Vistas estas diferencias, ¿de verdad podemos sostener sin rubor que hemos construido un auténtico mercado único en la Unión Europea?

La clave de esta enorme divergencia entre los Estados Unidos de América –EE.UU.- y la Unión Europea –UE- es la dispar movilidad de los ciudadanos. La razón es obvia: distintos idiomas y distintas trabas burocráticas.

Sobre los idiomas algo se puede hacer, pero no se hace. Una persona con estudios de nivel medio y menor de 45 años puede adquirir un nivel práctico para desarrollar correctamente una actividad profesional en menos de dos años. Es más, salvo en los empleos en los que se precisa un nivel elevado de interacción con los clientes o con otros empleados, ese tiempo de adaptación también se puede reducir.

En cualquier caso, tanto las trabas idiomáticas como las burocráticas podrían verse muy limitadas si hubiese una eficiente red de apoyos, tanto a nivel federal como estatal. Pero antes debemos romper nuestro viejo marco mental y adaptar nuestros conceptos previos, nuestros prejuicios. ¿Se puede seguir calificando a un normando de emigrante en Renania, o a un renano de emigrante en Normandía? ¿Y a un andaluz en Praga, o a un checo de Praga en Andalucía? Pero, sobre todo, ¿se puede calificar de emigrante a alguien con un razonable nivel profesional, que tiene los mismos derechos socio-laborales que los locales, que está a pocas horas de viaje de su lugar de origen, que dispone de transporte fluido y barato para pasar de un Estado a otro, que tiene a su disposición medios de comunicación con sus familiares inimaginables antes del presente siglo?

No es lógico, razonable ni económicamente sano conservar esas enormes diferencias de tasas de desempleo dentro de un territorio tan reducido como es el de la UE. Va contra nuestra eficiencia y competitividad internacionales. Si no tenemos claro que para sostener nuestro modo de vida e incluso para exportarlo debemos movilizar todas nuestras capacidades y nuestro potencial, es que no hemos entendido nada. Si no asumimos que necesitamos atraer a más jóvenes autóctonos para mejorar nuestros fundamentos económicos, financiar suficientemente nuestra Sociedad del Bienestar y reducir la descomunal presión demográfica foránea -aunque primero tengamos que aprovechar todos los recursos humanos de que disponemos en Europa-, es que tampoco hemos entendido nada. Los islotes de pleno empleo no bastan para darle a Europa el músculo y la confianza en sí misma que necesitamos para gozar de una moral de victoria en un mundo creciente por sus flancos económico y demográfico.

Desde una perspectiva federal hay que incentivar la movilidad laboral y profesional, puesto que en los territorios con un desempleo por debajo del considerado friccional –ese desempleo de corta duración, que solo dura entre que se deja un empleo y se encuentra otro- es muy probable que todavía haya margen adicional para crear más prosperidad, nuevos empleos y más estables. Por añadidura, de este modo los desempleados de una zona con mayor tasa de desempleo pueden así adquirir experiencia profesional, mejorar sus conocimientos y habilidades, capitalizarse e incluso desarrollar un incipiente espíritu emprendedor, y todo será muy útil también si deciden regresar un día a su anterior lugar de residencia o nacimiento. Pero además, por si fuera poco, una mayor movilidad liberaría recursos públicos destinados a sufragar seguros de desempleo y diversos subsidios, para destinarlos a la indispensable mejora de los sistemas educativos y formativos, puesto que resulta habitual que los Estados con mayor desempleo tengan a su vez una mayor tasa de abandono escolar prematuro. De hecho, esta es la causa principal del desempleo más elevado en esos Estados y del círculo vicioso que les impide crecer de forma más rápida, sana y sólida.

Entre las medidas que son recomendables y urgentes para incrementar dicha movilidad geográfica se encuentran dos cuyo despliegue es muy barato y sencillo. Me refiero a una genuina *Ventanilla Única* o *Punto Único de Contacto* para toda Europa, y

a la constitución de una red flexible de asistentes-mediadores, cofinanciada por los usuarios satisfechos, los Estados y la Federación.

La *Ventanilla Única* es un concepto muy manido, aunque también muy retórico y vacío de contenido, tal como la conocemos hasta el día de hoy. Por eso, quizás sería deseable idear una nueva denominación para designar unos contenidos más operativos y efectivos. Podríamos calificarla así como *Plataforma de Movilidad Europea –PME o PlaMeu-*.

La Ventanilla Única que no ha funcionado y que trastoca la iniciativa a la que se vinculó es la conocida como “*Ventanilla Única de la Directiva Servicios*” –VUDS-. La VUDS nació al amparo de la *Directiva 2006/123/CE del Parlamento Europeo y del Consejo, de 12 de diciembre de 2006, relativa a los servicios en el mercado interior*. Sin embargo, jamás ha funcionado correctamente desde su lanzamiento. Su inoperatividad nace ya a causa de su pésimo diseño y su peor despliegue, aunque tampoco ha funcionado a causa de la desidia de los Estados obligados a desarrollarla y ejecutarla, así como de la incuria y la abulia de la Comisión Europea, que en más de diez años desde su arranque práctico nunca se ha preocupado en serio de hacer cumplir la norma y, sobre todo, de hacer obtener los resultados que debían acreditar los Estados de la UE. El contraste certificador de este demoledor juicio puede hallarse en el peinado de sus cifras de consultas, de sus cifras de tramitación electrónica a distancia y hasta de su falta de actualización periódica cada mes o semana. Es un completo desastre. Cualquier buscador digital gratuito de los disponibles en Internet ofrece más y mejor información que la que podemos obtener a través del inoperativo portal del servicio EUGO.

La nueva Plataforma a la que me refiero –*PME o PlaMeu-* solo necesita ambición política y un pequeño equipo de desarrolladores que monte la red, para que los Estados se limiten a nutrirla con datos, según el formato y los plazos convenidos. Sus características principales deben ser:

1. Combinar empleos por cuenta propia y por cuenta ajena –autónomos y asalariados- en todos los sectores de la economía, coordinando y consolidando todo lo que debiera ofrecer la VUDS y el portal EURES, dedicado a la movilidad laboral y profesional, así como lo que corresponde a los requisitos vinculados con las cualificaciones profesionales, previstas en la Directiva 2013/55/UE .
2. Recopilar la información en todos los campos preestablecidos, según un modelo armonizado y con traducción automática de última generación bajo supervisión humana, tanto más intensa en las profesiones y ocupaciones más demandadas y ofertadas.

3. Sistematizar los procedimientos más utilizados y velar por la reducción permanente de sus plazos, estimulando la competencia mediante la generalización de las mejores prácticas de las Administraciones implicadas.
4. Incorporar información sobre servicios públicos requeridos para quienes se trasladen con sus familias –matrículas en colegios cercanos al nuevo lugar de residencia, bolsa de viviendas disponibles, ayudas sociales, becas, ...-.
5. Sometimiento de la plataforma a auditorías externas de calidad, encargadas mensualmente cuando menos a cinco auditoras acreditadas.

Esta Plataforma, servida por un pequeño grupo de gestores que iría nutriéndola, comenzando por las actividades profesionales más demandas hasta descender a las minoritarias, solo precisaría ser complementada con una red de asistentes-mediadores, que ayudase a los ciudadanos interesados, haciéndoles de intérpretes y auxiliares de gestiones administrativas, como representantes legales de los trabajadores o profesionales que se muevan por Europa. Esta red podría aprovechar la existencia de gestores administrativos privados, asesores fiscales, abogados particulares, traductores, ..., adheridos en régimen autónomo a cambio de unas retribuciones tasadas, abonadas por los interesados, por las Administraciones de los lugares de los que parten los demandantes de ocupación y por la Unión, con un *bonus* por resultado y seguido de la publicación del ranking de eficiencia de cada asistente-mediador en la misma Plataforma.

Una iniciativa de esta naturaleza es positiva para todas las partes implicadas (estrategia *win-win* para los desempleados con menores oportunidades, para los empresarios deseosos de ampliar su volumen de negocio o de diversificar sus actividades, para los Estados sobrecargados con gastos por desempleo y ayudas asistenciales sin retorno, para los Estados que incrementarían sus ingresos fiscales sin necesidad de aumentar la carga fiscal individual, ...). Pero sobre todo, sería una iniciativa extremadamente positiva para Europa como Unión, porque podría reducir de este modo su tasa media de desempleo, mejorar su recaudación colectiva, cohesionar internamente más la Unión y, singularmente, mejorar su productividad, su competitividad y su músculo ante los nuevos competidores que la han ido desplazando de su prevalente posición en la economía mundial.

Valor y precio

Una de las más amargas lecciones que nos ha dejado la crisis del coronavirus (COVID-19) desde 2020 y tras sus secuelas, es certificar de modo brutal la extrema

debilidad de Europa, y muy particularmente en los ámbitos sanitario, farmacológico e industrial, por no hablar del defensivo.

Al duro peaje de la muerte se le sumó la constatación de que no es lo mismo tener una población con una media de edad de 43'1 años –con datos de 2018 y para el conjunto de la Unión- que con alrededor de 18 años, como sucede en África. No es lo mismo al menos en cuanto a resiliencia y proyección, puesto que a finales del XXI África concentrará a casi la mitad de los niños del planeta menores de cuatro años de edad. Incluso, dentro de Europa, no es lo mismo gozar de la media de edad de los irlandeses -37'3 años, con un PIB per cápita anual de alrededor de 70.000 euros-, que la de los italianos -46'3 años- o incluso que la de los alemanes -46 años, con un PIB per cápita anual de unos 40.000 euros-.

Según la misma fuente de Eurostat, en 2050 superarán la media de edad de 50 años países como Grecia, Italia, Lituania, Polonia y Portugal, y casi la rozarán Alemania, Bulgaria, Croacia, Chipre, Letonia y Eslovaquia. Con una crisis análoga a la del COVID-19, del origen que sea, las consecuencias para Europa serían demoledoras.

Pero esta evidencia oculta otra tal vez no tan dramática para nuestros ciudadanos, aunque sí extremadamente preocupante para nuestra economía y nuestra autonomía como actor geopolítico: la crisis del COVID-19 ha demostrado que Europa padece una debilidad rayana con la impotencia vital.

Asistir al penoso espectáculo de ser incapaces de fabricar con diligencia nuestros propios equipos de protección individual para nuestro personal médico y sanitario, o nuestras propias mascarillas para surtir a todos nuestros ciudadanos en menos de una semana, demuestra que los europeos adolecemos de energía, organización, conocimientos prácticos y determinación para valernos por nosotros mismos ante un grave riesgo para nuestra propia existencia, ante cualquier riesgo vital equiparable.

Asistir al bochorno de mendigar algo tan simple como mascarillas e incluso respiradores a la gran fábrica del mundo, controlada por un poder central, piramidal y férreamente jerarquizado, como es el detentado por el aparato del Partido Comunista Chino (PCCh), debiera encender una alarma bien cegadora y estridente entre aquellos que piensen en nuestro futuro, incluso con un plazo muy inmediato.

Todo esto denota que hemos perdido habilidades y capacidades en la ingeniería de producción y en la de procesos industriales. Nos hemos desangrado en cuanto a pericia y conocimientos prácticos. Ya no sabemos hacer cuanto debemos hacer para garantizarle a nuestra ciudadanía incluso elementos básicos para su supervivencia.

¿Por qué ha sucedido esto? Fundamentalmente ha sido porque en nuestra soberbia colectiva, en nuestra abulia vital, hemos llegado a confundir valor con precio, como si fuesen magnitudes idénticas, cuando ni siquiera son iguales.

La lógica e inercia autodestructiva de los mercados, concentrada en la acumulación extrema de capital y riqueza, en un febril cortoplacismo y en una codicia

individual pantagruélica, nos ha contagiado el *síndrome de Midas*. Como es sabido, la mitología griega atribuyó a ese rey de Frigia –sita en el interior de la actual Turquía- el soñado poder de convertir en oro todo cuanto tocaba. Esta aparente bendición de los dioses provocó que no pudiese conocer el amor verdadero y, por si no bastase, le condujo a la muerte por inanición.

Greed is not good. Esto es algo que jamás comprenderán los émulos y adoradores de Gordon Gekko, el epítome o síntesis del paradigmático especulador de la película *Wall Street*. La codicia no es buena. La codicia no es correcta. La codicia no funciona. La codicia de atesorar sin producir nada digno de ser valioso, incluso termina siendo contraproducente, porque nos conduce a todos –a todos, también a los codiciosos- a la impotencia, a la debilidad e, incluso, puede conducirnos a la desolación por hambruna o por una pandemia letal.

Los codiciosos, por ahorrar unos céntimos por ítem producido, ignoraron el germen de la “*falacia de la composición*” -*fallacy of composition*- : la agregación de lo que resulta provechoso para un individuo aisladamente considerado, no tiene por qué ser a la postre igual de provechoso para el conjunto de los individuos, es decir, para la comunidad. Por tanto, no es cierto que el beneficio obtenido por un codicioso resulte provechoso para todos los que imiten al codicioso.

¿Qué tienen en común todos los codiciosos patológicos? Aparte del síndrome de Midas, extreman una especie de *síndrome de Diógenes*, que les induce una pulsión por acumular dinero líquido o inversiones fácilmente liquidables. ¿Para qué? No se sabe. Se trata de una patología digna de estudio por la psiquiatría. ¿Qué más pueden comprar? ¿Su eternidad? El problema de la codicia¹ es que, a diferencia de la lujuria o la gula, no conoce límite ni frontera física o biológica, y que además se retroalimenta con la envidia hacia otro u otros codiciosos, lo que provoca ira si no se supera en riqueza a los del escalón superior de la pirámide y acrecienta la soberbia respecto a los codiciosos de los escalones inferiores. Y cuando se alcanza la cúspide de la pirámide, generalmente alimenta la pereza, que resulta ser la matriz de la autodestrucción. Así que la codicia es la síntesis de la envidia, la soberbia, la ira, la lujuria, la gula y, al final, de la pereza que conduce a la decadencia, al declive y al colapso.

Por esta senda de perdición, los capitanes de la industria y de otros sectores de nuestra economía nos han conducido a la irrelevancia y la fragilidad. La brecha retributiva entre los consejeros delegados y los trabajadores de sus propias empresas no ha parado de crecer durante las últimas décadas. Ejecutivos europeos de la industria del automóvil ganan 200 veces más que un operario de cualquiera de sus cadenas de producción, y si llegan a reducir costes adicionales externalizando procesos e insumos fuera de Europa, incluso pueden percibir bonificaciones, que les eleven esa distancia retributiva hasta 300, 400 ó 500 veces más respecto a sus propios trabajadores europeos.

¹ No confundir con la avaricia, que es más pasiva que proactiva, puesto que el afán del avaricioso radica más en retener cuanto se posee que en poseer más, incluso poniendo en riesgo lo poseído.

Este camino nos ha conducido a todos a perder en cuanto a seguridad alimentaria, al mermar la capacidad de auto-abastecernos en caso de riesgos sanitarios o geoestratégicos; nos ha conducido a todos a perder en cuanto a independencia industrial, indispensable para garantizar nuestra salud en caso de crisis o conflicto con los proveedores foráneos, tanto en equipamientos sanitarios como en insumos fundamentales para la industria farmacéutica; nos ha traído una enorme erosión de nuestra soberanía defensiva, porque muchos cuadros técnicos y productos intermedios ya no se gestan ni producen en Europa.

No es lo mismo renunciar a la industria cosmética que renunciar al *saber-hacer* en muchas otras ramas industriales. Y todo por una codicia enfermiza y más contagiosa que cualquier virus. Esta patología solo puede ser tratada convenientemente si recuperamos la noción de la diferencia crucial entre valor y precio, si comprendemos que el agua potable es más valiosa que cualquier perfume, aunque se pague considerablemente más por éste que por aquélla. El agua puede sobrar casi siempre, pero a la vez siempre ha de estar disponible, a diferencia de un perfume.

Esa codicia de algunos, que nos ha dejado desnudos e indefensos ante los rigores de fenómenos inesperados cuando otros tienen con qué protegerse, agrega como complemento una anomia internacional y una laxitud deontológica ante el *dumping* social.

Como muchos han confundido valor con precio, virtud con vicio y fraternidad con engaño, también han girado la cabeza para no hablar de *dumping* social.

Europa debe defender que todos los pueblos de la Tierra tienen derecho a alcanzar los estándares sociales europeos. Pero, a la vez, debe hacer comprender que si Europa misma goza ya de esos estándares es, sobre todo, porque ha podido deshacerse de la tiranía y liderar el desarrollo de derechos individuales y colectivos, como la libertad sindical, el derecho de huelga, el derecho de asociación, la libertad de prensa, el derecho a formar partidos políticos, el derecho a ser minoría sin verse atropellado por la mayoría, ... Tenemos Seguridad Social, pensiones de jubilación, pensiones de invalidez, sanidad gratuita de calidad, ... porque nuestros antepasados protestaron ante los abusos, porque crearon sindicatos y protagonizaron duras huelgas. Nada de eso fue una liberalidad graciable de los dueños de las corporaciones y de sus representantes políticos.

¿Cómo podemos convivir en organizaciones internacionales que regulan el comercio o las finanzas mundiales sin exigir la concurrencia en todos sus partícipes de un mínimo de libertades y derechos, que están en los fundamentos del paulatino desarrollo socioeconómico de cualquier pueblo? Una cosa es no requerir los mismos estándares de partida y otra bien distinta es no acordar, ya desde el principio, una escala móvil, que correlacione éxito económico con crecientes libertades políticas y derechos sociales.

Los bien retribuidos filósofos o teólogos económicos de los codiciosos, quienes crean una retórica sofista para legitimar su codicia –generalmente economistas de organizaciones sufragadas por las migajas de esos mismos codiciosos-, han intentado convencernos de que eran patrocinadores de ONGs, ya que en su ánimo estaba estimular el desarrollo de países subdesarrollados. Nada de esto es cierto. Es simple obscenidad y cinismo.

Donde prolifera el *dumping* social también abunda el *dumping* medioambiental, y con él se hurtan otros avances cuyo mero arranque se niega –bienestar animal, diversidad de todo tipo, ...-. Causa escalofrío contemplar cómo incluso en alguna de esas sociedades favorecidas por las inversiones de los codiciosos para demoler aquello que sus padres y abuelos edificaron en Europa, se practica una silenciosa eugenesia, cuya existencia se infiere por la gran disparidad de porcentajes de personas con ciertas diversidades, prácticamente inexistentes en dichas sociedades, a diferencia de lo que acontece en la Europa que ampara a sus ciudadanos con diversidad.

Una Europa fraterna, una Europa federal debe ser acérrima enemiga de quienes quieren minar nuestra Sociedad del Bienestar desde dentro. ¿Cuánto dinero precisarán esos miserables para saciar todos sus apetitos? No pocos de sus hijos o nietos terminarán devorados por el alcohol, las drogas u otras escapatorias para dar sentido a vidas vacías de valores. Alguno incluso llegará a convivir durante semanas con el cadáver en descomposición de un cónyuge o familiar, sin percatarse a causa de su propio estado de descomposición ética y moral, como le sucedió en Londres al degenerado heredero de un gran codicioso europeo.

Esa codicia patológica nada tiene que ver con la lógica compensación por el esfuerzo o el ingenio productivo que ayuda a mejorar las condiciones de vida de la humanidad. Bastantes creadores de bienestar colectivo precisan de ese acicate. Algunos no. ¿Cuánto merecería el padre de la inmunología, el doctor Edward Jenner, tan solo por liberar a la humanidad de la criminal viruela? Pero no todos son íntegros y benefactores como Jenner. La codicia patológica nunca se da por recompensada, y en su insania puede sacrificar a todos quienes la rodean.

Los federalistas honestos deben tener bien claro el límite entre el desarrollo schumpeteriano y la especulación destructiva; entre la promoción correlativa del bienestar y la democracia respecto a la trama que únicamente persigue la maximización del beneficio a corto plazo, sin mejorar en nada los indicadores sociales de la comunidad que acoge a los actores de dicha trama.

Del mismo modo, tenemos que defender que hay intangibles caros de sostener pero indispensables por su valor vital. No podemos arrasar nuestra agricultura, porque es más valiosa la seguridad y soberanía alimentaria de nuestra población que el albur de vernos sometidos a amenazas fácilmente realizables sobre nuestros suministros. Del mismo modo, no podemos prescindir de disponer de empresas propias que nos provean de medicamentos y de armas efectivas para defendernos, si el precio de saldo que nos ofrezcan conlleva arrasar *de facto* nuestra independencia como comunidad de valores.

Tanto da que los codiciosos no lo entiendan. Por su idiosincrasia también son polizones en el barco que les garantiza su misma seguridad personal y el goce de sus propiedades, sin temor a que un poder tiránico que desconoce los rudimentos de un auténtico Estado de Derecho se las apropie. Para los europeístas, la salud y el bienestar de los ciudadanos europeos debe ser su guía permanente. Porque, al fin y al cabo, como sentenció Cicerón, *Salus populi suprema lex esto*².

Un euro ≠ Un euro

¿Es lo mismo 1€ de origen tecnológico que 1€ de origen turístico? Contablemente y durante un instante sí lo son, pero sin embargo son radicalmente distintos en cuando a potencial y proyección de futuro.

Europa se está convirtiendo en un parque temático, que subsiste -en una medida nada desdeñable- de mostrar con cierto glamour todo cuanto ha heredado. Países como Italia, Francia, Grecia o España dependen cada vez más del turismo para mantener el pulso de sus pequeñas economías nacionales. En el caso de España, el turismo aporta ya alrededor del 15% de su PIB, casi el triple que una industria excesivamente madura como es la automoción. Para el conjunto de la UE, el turismo representaba en 2018 algo más del 10% de su PIB y cerca del 12% de su empleo. Durante 2017, Europa atrajo al 51% de los turistas internacionales del planeta, y según la Organización Mundial del Turismo en 2030 se espera que Europa atraiga todavía al 41% del mercado turístico global. Por dar una mera referencia comparativa, para Corea del Sur el turismo tan solo representa alrededor del 5% de su PIB y casi lo mismo de su empleo.

Un euro obtenido de servicios con escaso valor añadido o de industrias tecnológicamente obsoletas, con productos próximos a la parte final de su ciclo de vida, no es idéntico a otro euro obtenido de industrias con proyección de futuro o de servicios con altísimo valor añadido.

Una parte significativa de los europeos ve la economía como una sucesión de fotos fijas, lo que les induce a creer que todavía pueden gozar de cierta seguridad material durante al menos una generación más. Craso error. La tendencia que marca esa sucesión de fotos fijas nos conduce hacia una degradación peligrosísima, incompatible con la financiación del modo de vida que la gran mayoría queremos preservar para nosotros durante nuestra extensa vejez, para nuestros hijos y para nuestros nietos, además de poder compartirlo con todos aquellos pueblos que nos requieran ayuda para implantarlo en sus respectivas sociedades.

La indispensable transformación de la estructura económica de Europa es hoy más urgente que nunca, dada la enorme ventaja competitiva y la distancia que están

² Cicerón: *De Legibus* (LIBER TERTIVS, parte III, sub. VIII).

ganando nuestros más directos competidores foráneos. Creer que con el menguante mercado interior de la UE bastará para que nuestras empresas puedan crecer en dimensión y eficiencia internacionales es ridículo, por cuando este nuestro mercado interior no hace otra cosa que decrecer paulatinamente desde las últimas tres décadas, fundamentalmente en términos comparados con los otros grandes mercados interiores del planeta. Por añadidura, este nuestro mercado interior también está cayendo en la trampa que se deriva de las hipótesis de ese gran conciudadano europeo que fue Franco Modigliani: no producimos, ahorramos ni consumimos con igual intensidad a lo largo de nuestra vida, y dado que los europeos soportamos un perseverante y acelerado proceso de senescencia, tenderemos cada vez más a rehuir el riesgo, nos adheriremos al estéril conservadurismo del *statu quo* y, en definitiva, aspiraremos mayoritariamente a ser orgullosos pero modestos rentistas, como el príncipe de Salina, cuya decadencia tan soberbiamente retrató Giuseppe Tomasi di Lampedusa en “*El gatopardo*”.

Si vemos el acelerón experimentado por las empresas de las nuevas industrias y los nuevos servicios, nos daremos cuenta de que un euro de origen obsoleto o escasamente productivo no es idéntico a otro euro procedente de actividades vanguardistas y muy competitivas.

Amazon y Alibaba son los dos gigantes por antonomasia del comercio electrónico mundial, que a la vez sirven como plataformas de distribución de un creciente número de productos. En el estado actual de la construcción europea, jamás conseguiremos que nazca y se desarrolle convenientemente un operador similar, que pueda actuar de forma coetánea en todo el planeta, ya no exclusivamente en la diminuta Europa. Sucede exactamente igual con la ingenua teoría de los “*campeones nacionales*” en materia de telefonía, de servicios digitales, de transporte aéreo, ... Los presuntos “*campeones nacionales*” son liliputienses en la escala global en la que se mueven los restantes “*campeones nacionales*” extra-europeos. Lo que sucede es que muchos altos funcionarios nacionales mantienen relaciones y aspiraciones inconfesables con esas empresas de nuestras pequeñas naciones, merced a la oculta red de puertas giratorias que prolifera como una hidra por debajo de las alfombras y las moquetas oficiales.

Así no podemos seguir. El euro que genera un bus turístico que da vueltas por París o Roma es de muy distinta composición y efectos que el euro generado por Alphabet Inc., por Tencent o Huawei, o por Wipro o Samsung. La Europa fragmentada y envejecida de los Estados europeos se estanca, retrocede y degenera en el orden económico mundial. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que sin bonanza económica a escala global no podremos sostener aquello que nos ha convertido en cenit o culmen del bienestar, la equidad y el desarrollo humanos.

Si no generamos más euros a partir de actividades económicamente vanguardistas, los europeos asistiremos a una constante decadencia y a un divorcio entre nuestras aspiraciones y nuestra realidad. Ninguno de nosotros desea ese porvenir, pero a la vez nos hallamos bloqueados por el temor a cambiar, a transformarnos y a

evolucionar. Edificar y cohesionar nuestra Fraternidad es de este modo nuestra gran alternativa de progreso.

Salir al exterior

Los europeos somos una minoría en el planeta. Aun lo seremos más considerando las proyecciones demográficas de Naciones Unidas. Y todavía más minoritarios si solo tomamos en consideración al grupo de europeos que están y estarán en edad útil de estudiar, trabajar, investigar, arriesgar, reproducirse, desplazarse, viajar, explorar o comerciar con otras civilizaciones y naciones allende nuestra pequeña península.

No podemos ser europeístas mudando un angosto nacionalismo decimonónico por otro angosto nacionalismo europeo. Ese error de concepto sería una fatalidad. Europa debe ser porosa y abierta con los restantes pueblos. Debe ser humilde y abierta de mente. Puestos a cambiar un nacionalismo por otro, más sentido tendría incluso el nacionalismo decimonónico, por cuanto en aquel siglo Europa era el verdadero centro del mundo, el faro del saber, la madre de la ciencia e incluso representaba a una parte considerable de la población joven del planeta –entre el 10 y el 15%-, y no por debajo del 5%, como muy pronto sucederá.

No podemos vivir parapetados. No debemos vivir atrincherados. Tenemos que entender que hay mucho que nos pueden enseñar otras culturas. Que nuestros jóvenes salgan a aprender en universidades fuera de esta península de Asia es fundamental, como también lo es que se relacionen con otros jóvenes, amar a otros muchachos y muchachas para formar parejas culturalmente mixtas. No se es europeo por un genotipo o un fenotipo canónico o predeterminado. Se es europeo primordialmente por asumir unos valores, un sistema axiológico, que bebe de principios como la dignidad humana, la consideración por los menos afortunados, la radical igualdad entre individuos, sean mujeres, hombres o de un sexo indefinido, sean extremadamente competentes o poseedores de una diversidad funcional de cualquier tipo. Un europeo debe ser incompatible con la eugenesia, con el racismo y con el odio al diferente.

Nuestros jóvenes deben salir al exterior para transmitirnos otras percepciones del mundo, no para formar guetos ni para imponer un abyecto neocolonialismo. Deben salir porque el planeta crece en pluralidad a medida que también crecen las restantes poblaciones y su prosperidad.

Por estas razones, la Europa Federal debe estimular esa visión y proyección hacia el exterior. En este sentido debe reconocer con celeridad las titulaciones de diverso tipo adquiridas en otros centros universitarios y superiores. Fomentar los intercambios durante la enseñanza secundaria. Brindar asistencia y protección de todo

tipo a estos nuevos europeos que vendrán a vivir con nosotros, haciéndolo bajo el paraguas de la Federación, con todo su prestigio y su poder.

De la misma manera, tenemos que asumir el recíproco deber de recibir con la mayor cordialidad y afecto a los niños y jóvenes que vengan a conocernos, porque también esto forma parte de nuestra mejor inversión a largo plazo, para romper nocivos estereotipos y clichés. Todos somos bendecidos con la luz y el calor del mismo sol, respiramos el mismo aire y bebemos la misma agua que nos cae del cielo.

En cuanto al fomento del comercio, tenemos que asumir que hay diversas ventajas competitivas naturales, del mismo modo que existe la obsolescencia y descubrimientos e innovaciones ideadas por muchos más cerebros excelentemente formados y tan válidos como los nuestros, aunque tal vez más perseverantes y resilientes en no pocas ocasiones. Un comercio abierto y equitativo es un freno al conflicto. Solo en aquellos ámbitos más ligados a factores estratégicos vitales – seguridad alimentaria, salud pública, defensa, ...- tenemos que ser más cautos y no proceder a una erradicación de las capacidades productivas propias a cambio de circunstanciales ahorros de precios, sin que esta sea la excusa para estancarnos y no mejorar rápidamente nuestra eficiencia respecto a los estándares de los mejores competidores mundiales. Pero, en todo lo restante, debemos analizar qué hacen o producen más eficientemente otros proveedores foráneos y asociarnos o aprender de ellos y con ellos.

Beneficios intangibles de la unidad

Todas las naciones europeas son pequeñas considerando la actual escala mundial, fundamentalmente porque el planeta ha crecido en términos demográficos, económicos y primordialmente en cuanto al volumen de conocimientos científico-técnicos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Mientras tanto, Europa ha crecido menos desde finales de los 70 del pasado siglo XX y ahora se viene estancando, con lo cual la brecha se reduce o, en ciertos ámbitos, incluso ha desaparecido y nos estamos quedando atrás, con el riesgo que esto implica para mantener la competitividad indispensable que permita financiar el creciente gasto por envejecimiento de nuestro Sistema de Bienestar.

Recordemos que en 1950 nuestro planeta contaba con 2.600 millones de habitantes. En 2015 ya éramos 7.300 millones. En 2030 se espera que seamos 8.500 millones. En 2050, seríamos 9.700 millones. Y al final del presente siglo XXI, unos 11.200 millones, siempre según Naciones Unidas.

En paralelo, Europa se ha estancado en el entorno de los 500 millones de ciudadanos –y eso contando con nuestros hermanos británicos, que esperemos que algún día regresen al hogar común, como hizo el hijo pródigo-. 500 millones de

ciudadanos europeos con la particularidad de su acelerada senescencia y su creciente diversidad funcional o discapacidad, y eso a pesar del mayor aporte de conciudadanos que poseen además otra nacionalidad extra-europea al margen de la genuinamente europea.

Por consiguiente, en términos comparados todas las naciones europeas van menguando y encogiéndose en lo demográfico, en lo económico y en lo estratégico. Ciertamente que las hay más pequeñas, incluso pequeñísimas, que se benefician de su ubicación junto a otras un poco mayores. Se benefician por el amparo estratégico que les dispensan gratuitamente, especialmente aquellas que son colindantes o vecinas de otra con alguna mayor dimensión, como sería el caso de las naciones escandinavas, bálticas y orientales respecto de Alemania, o el BENELUX y Suiza respecto de Francia. Sin embargo, conviene subrayarlo, también Alemania y Francia están menguando aceleradamente en términos comparados respecto a los líderes mundiales en crecimiento demográfico, económico y científico-técnico.

La República Popular China, por ejemplo, ya lidera el número de solicitudes internacionales de patentes. En 2019 fueron casi 59.000 solicitudes, según la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), cuando tan solo una década atrás se limitó a instar 276 solicitudes de dichas patentes. En escasamente 20 años, su progresión se ha acelerado en más de 200 veces. La RPCh, ya mira a los Estados Unidos por el retrovisor y, en consecuencia, también a Europa. Es más, la mitad de las solicitudes mundiales de patentes ante la OMPI -un 52%- proceden ya de Asia. Si comparamos las solicitudes originadas en universidades y organizaciones científicas, el dominio de la RPCh es demoledor, con 17 centros entre los primeros 20 del planeta.

Centrándonos en un ámbito tecnológicamente disruptivo como es la inteligencia artificial (IA), Europa también está siendo batida por completo ante la OMPI por los Estados Unidos, sobre todo merced a la iniciativa privada de sus grandes firmas tecnológicas. Incluso Corea del Sur ha adelantado a toda Europa en este campo, y no solo por una inexistente política pública federal europea en la materia, sino incluso por absurdas y esterilizantes trabas jurídico-burocráticas de corte nacionalista, que impiden agilizar la protección de los avances en inteligencia artificial en la Unión.

De este modo, Europa está perdiendo la carrera por la productividad y también la carrera por la competitividad. Por esta senda será muy improbable que podamos preservar nuestro modo de vida que, sin duda alguna, vale la pena defender y promover entre toda la humanidad.

El eje económico del planeta se desplaza aceleradamente del Atlántico al Pacífico, de la matriz europea a la asiática. Mientras tanto, los europeos seguimos enredados en decimonónicas disquisiciones nacionalistas, de cuando Europa parecía que iba a ser por siempre el eje económico del orbe. Ese tiempo ha pasado y en gran parte ha sido por nuestra culpa, no por la de quienes ahora nos adelantan. Ellos no son responsables de nuestra liliputiense atomización, ni de nuestras precedentes confrontaciones fratricidas, ni de nuestras absurdas burocracias.

Por desgracia, parece que todavía seguimos instalados en disputas aldeanas, como las viejas disquisiciones hereditarias entre dinastías regias, similares a las que enfrentaban a las familias labriegas entre sí, urdiendo complejos líos matrimoniales y moviendo de forma antijurídica los marcos de las lindes. Parecemos seguir pensando igual que los patrocinadores de absurdos conflictos, como las guerras de los ducados de Schleswig y Holstein, que enfrentaron al Reino de Dinamarca con la Confederación Germánica y Austria, y donde a causa de la estúpida ley sálica que impedía heredar a las mujeres, dado que el señor de esos ducados agrícolas –a la sazón Rey de Dinamarca- no tenía un heredero varón, las partes enfrentadas dieron rienda suelta a su irreprimible fiebre nacionalista. Hablamos de disputas por herencias patrimoniales, semejantes –insisto- a las que se darían entre diferentes *pater familias* labriegos de Irlanda, de Galicia, Bretaña o Baviera. Estas fricciones señoriales por lindes de terrenos luego se agravaron, al verse inflamadas por el peligroso virus del nacionalismo engendrado por la Revolución Francesa y difundido por Bonaparte.

Pero la Europa del siglo XXI y de los siglos que le seguirán debe sobrevivir en otro mundo, radicalmente distinto en todos los parámetros de la vida a la que conocieron esas dinastías, la mayoría de ellas ya afortunadamente extintas.

La Fraternidad de Europa no debe ser impuesta contra la voluntad de ningún Estado, sea cual fuere su tamaño o peso económico. Sin embargo, es claro que los más pequeños solo pueden preservar la ficción de su autonomía mientras los relativamente *algo* mayores le sirven de barrera frente a la propensión de los superiores actores estatales del planeta a extender sus redes de control o de supremacía. Si Alemania no estuviese donde está y mantuviese *algo* del declinante peso que le quedará a finales del presente siglo XXI, ¿qué impediría que terceros Estados no se atreviesen a realizar una especie de oferta de adquisición o de dominio sobre los pequeños Estados agazapados tras Alemania? ¿Qué les frenaría, incluso ante una ocupación militar?

Las pequeñas naciones europeas, todas, desde la mayor –Alemania- hasta la menor, son como el río de Heráclito de Éfeso: podemos denominar al río con el nombre que le dieron quienes lo bautizaron por vez primera, pero el río que vemos no es idéntico al que aquellos vieron. De una forma más prosaica, podemos afirmar que el Bayern de Munich en el que jugaba el *Kaiser* Karl-Heinz Rummenigge sigue siendo el Bayern, pero ya no es el mismo Bayern de hoy, ahora integrado por otros jugadores, como David Alaba o Robert Lewandowski, aunque siga siendo el majestuoso Bayern de Munich. En definitiva, es el mismo pero no es idéntico.

Con las naciones europeas sucede lo que nos enseñó Heráclito, porque el mundo que conocieron al nacer y en su adolescencia o juventud ya poco tiene que ver con el que encaran durante su madurez, y menos con el que tendrán que medirse en su vejez. El resto del mundo ha crecido más, se ha desarrollado más y, sobre todo, ha aprendido más, estudia más e investiga más. Salvando las distancias propias de todo símil, los europeos de hoy somos como un equipo de fútbol de viejas glorias achacosas, cargadas con años, varices y artrosis, frente a un conglomerado de jóvenes musculados,

totalmente a punto y en la flor de la vida. El equipo europeo aún conserva alguna ventaja técnica y cierto superávit de veteranía, mejores instalaciones y un buen puñado de fisioterapeutas. Pero si en su vestuario los jugadores siguen peleándose o ignorándose por rencillas u obsesiones de sus abuelos, la probabilidad de enfrentar una digna resistencia durante el partido será muy reducida.

Las pequeñas naciones que no deseen sumarse a la Fraternidad son absoluta y radicalmente libres de mantener su ficción soberana, pero en justa reciprocidad han de saber que no podrán cobijarse eternamente bajo el paraguas federal que otros fabriquen y preserven a sus expensas. Se equivocarían si pensasen que, como las ampara la geografía, quienes soportan el peso de servirles de involuntaria barrera defensiva o de mercado colindante van a ser tan necios de no reclamar ciertas compensaciones justas y equitativas. Todavía se equivocarían en mayor medida si creyesen que podrían jugar con dos barajas, la antedicha de protección y la tentadora baraja diseñada para actuar como lanzadera de la competencia de terceros desde la retaguardia de la Federación. Los Estados que no abracen la Fraternidad federal europea tampoco deben errar y creer que vivirán mucho tiempo en el mejor de los mundos posibles, soplando y sorbiendo a la vez, aprovechando recovecos fiscales y comerciales, para operar como siervos de terceras potencias, antes que como hermanos en plena igualdad con los restantes europeos que les sirven de amparo final ante la ola de nueva realidad que se avecina.

Conviene pensar lo impensable cuando se trata de geoestrategia. La historia del mundo ha visto de todo, desde la apertura de pasillos para facilitar el control de reinos por un tercer reino no colindante, hasta la intrusión sin previo aviso. Los federalistas también sabemos que la estrategia de fraccionamiento, del *divide et impera*, es sumamente tentadora desde fuera de Europa. Por eso no podemos permitirnos dejar de incrementar nuestra cohesión interna, y esto implica cerrar toda oportunidad al ventajismo de los pequeños Estados europeos que aspiren a ser paraísos fiscales o zonas francas para facilitar la competencia desleal contra nuestras empresas y nuestros trabajadores. Cada cual debe ser consecuente con sus decisiones. Quien no quiera ayudar a sus hermanos en una situación de riesgo, ha de saber que tampoco podrá esperar nada de ellos cuando se convierta en siervo de señores a los que disgustan sus costumbres, sus libertades y sus debilidades.

Sistema fiscal federal

Toda organización política necesita recursos financieros para desarrollar sus funciones básicas. La Unión Federal también. Esos recursos deben salir directamente de los bolsillos de los ciudadanos, nunca de aportaciones de los Estados, para abortar de raíz el empleo de un instrumento de presión espurio por los partidarios del fraccionamiento y el debilitamiento de Europa ante las restantes potencias.

En cualquier circunstancia y territorio, quienes pagan los tributos son los ciudadanos, unos más y otros menos, de modo equitativo en función de su riqueza, tanto por lo que ganan como por lo que gastan. Por esta razón, en un principio esos recursos deben canalizarse a través de un porcentaje de los impuestos generalistas abonados por los ciudadanos y las empresas, en tanto que se benefician de modo general de las ventajas y beneficios generados por la Federación. Esas ventajas y beneficios se relacionan con el crecimiento de la eficiencia en seguridad, en fortaleza económica y en preservación de nuestro modo de vida mediante la mejora del clima cooperativo entre todos los europeos.

De esta manera, el sostenimiento de la Federación debe proceder principalmente de un porcentaje de lo abonado por cada ciudadano mediante el impuesto del valor añadido (IVA), que grava la compra de bienes y la contratación de servicios cada vez que se beneficia del mercado interior federal.

Por motivos de equidad y transparencia, la Federación también debe financiarse mediante un pequeño porcentaje del impuesto anual sobre la renta y mediante otra limitada porción del impuesto de sociedades. En último lugar, los tributos aduaneros y los medioambientales que gravan incidencias transfronterizas han de ingresarse en el Tesoro de la Federación.

Las sociedades mercantiles son las que de forma más clara obtienen ventajas de eficiencia al operar sin obstáculos en un mercado tan grande a escala local –aunque tan pequeño y decreciente a escala global-, como es nuestro mercado interior. Sus ahorros de costes son enormes, especialmente si consideramos lo que les supondría un alternativo sistema aduanero interno, como el que existía antes de la creación del mercado único europeo, así como la contención de la masa de reglamentaciones técnicas estatales que dificultan el libre comercio y la libre prestación de servicios. Por consiguiente, no será desmedido reservar una exigua porción de lo que las empresas y compañías mercantiles satisfacen por impuesto de sociedades, para sufragar de esta manera gastos federales de los que también se benefician, como por ejemplo para el sostenimiento de una genuina policía federal que persiga delitos contra el mercado, así en materias que atañan al uso fraudulento de propiedad industrial registrada –marcas, patentes, ...-, piratería contra la propiedad intelectual, actuaciones troyanas contra empresas europeas, estafas transfronterizas y cualquier otra forma de criminalidad que desborde el territorio de cualquier Estado de la Unión.

Por lo que corresponde al porcentaje del impuesto anual sobre la renta, la contrapartida para los ciudadanos vendría por los ahorros y superiores eficiencias que supondrían respecto a sus aportaciones al capítulo de defensa colectiva, a una protección diplomática y consular más potente en el exterior de la Unión, a la articulación de un sistema federal de protección civil –tanto más seguro cuantos más medios aglutine, en vez de mantener su actual disgregación ante inundaciones, incendios, terremotos y otras desgracias-, a la lucha contra la discriminación por

nacionalidad a cargo de la policía, fiscalía y tribunales federales, a la mejora en el capítulo de investigación y desarrollo (I+D) al servicio de la industria europea, ...

Entre todos los capítulos de gasto, el que inicialmente será más voluminoso es el correspondiente al sostenimiento del Ejército Federal. Sin embargo, esta financiación no tiene por qué suponer un incremento de la carga fiscal individual, ya que bastaría con que los Estados rebajasen el porcentaje equivalente de lo que dedicaban a micro-ejércitos inoperativos, para luego aplicarlo al Ejército Federal. Simplemente con esto y con la mejora en la eficiencia que la consiguiente economía de escala generaría, bastaría para mantener unas Fuerzas Armadas federales del entorno de entre medio millón y un millón de efectivos, aunque mucho mejor equipados, formados, motivados, entrenados y organizados que la mera agregación de los precedentes y diminutos ejércitos nacionales, absolutamente impotentes e incapaces de desarrollar intervenciones tan elementales como serían ciertas operaciones básicas de estabilización en nuestro entorno más inmediato.

De entre las restantes partidas de gasto, lo deseable sería organizar un sistema mixto, con aportaciones generalistas y tasas por uso de los servicios federales –p.e. en el sistema federal de justicia-, junto con bonificaciones según la renta de cada ciudadano, para garantizar la plena igualdad de armas jurídicas y, por tanto, de igualdad básica real ante la Ley federal.

Para determinar los gravámenes, la Administración federal debiera demostrar antes -mediante las correspondientes técnicas de análisis- cuánto se ahorra al federalizar una tarea o servicio, como base para proponer una reducción de la carga fiscal previa de cada ciudadano, para permutarla por una carga fiscal menor pero con destino a la Hacienda Federal. Sin embargo, cuando se ofertasen servicios públicos federales previamente no atendidos por los Estados, el gravamen a imponer con cargo al impuesto sobre la renta o al de sociedades, sería el correspondiente al menor que recayese sobre los ciudadanos o empresas residentes en el Estado que devengase la menor carga tributaria individual –nivelación general por el mínimo correspondiente-.

Resulta evidente que en Europa no hay margen para incrementar más la carga fiscal de nuestros ciudadanos y empresas. Todavía tenemos Estados cuyo peso público en su correspondiente economía supera el 50% de su PIB. Si queremos competir en la liga de las naciones del planeta para consolidar nuestro Sistema de Bienestar no podemos incrementar más los tributos en general a nuestras empresas y a sus trabajadores, ya que desincentivaríamos el esfuerzo y la búsqueda de la excelencia. Solo podremos incrementar la cuantía de lo recaudado para mejorar los servicios públicos y las prestaciones sociales –razón de ser de nuestro sistema de valores-, conforme vayamos incrementando nuestro PIB y su peso en el mundo. Esta es la única solución para conjugar intereses y aspiraciones.

Por tanto, la Federación debe demostrar de manera permanente que es rentable para sus ciudadanos, y que es la mejor inversión colectiva para preservar lo que somos,

conservar lo que tenemos e intentar mejorar de manera paulatina todo lo que de ello se deriva.

Ayudar a quien se ayuda

Sin duda la Federación precisa dotarse de una genuina y poderosa política pública de cohesión, máxime en ausencia de estabilizadores macroeconómicos automáticos, liderados por una hipotética Seguridad Social federal, que tardaremos décadas en poder perfilar siquiera, mientras no logremos una verdadera convergencia al alza de la renta ciudadana a través del PIB per cápita de cada Estado federado.

En consecuencia, necesitamos una nueva política pública federal de cohesión o de convergencia socio-económica, aunque diferente a la que hemos conocido desde los años 80 del pasado siglo. Dicho en otros términos: cohesión sí, pero no así.

Es cierto que la UE no ha invertido demasiado en cohesión desde entonces – menos de 0’5% de su PIB global-, pero no es menos cierto que apenas obtuvo los exitosos resultados que se aguardaban, salvo honrosas excepciones, como sucede con la singularidad de Irlanda o incluso de la República Checa.

Durante cerca de cuatro décadas, la Comunidad Europea –ahora Unión Europea- invirtió miles de millones de ecus³ y euros en distintas regiones y Estados sin que apenas se obtuvieran resultados positivos de convergencia real en PIB per cápita y en otros indicadores básicos –como sería la vital reducción del abandono escolar prematuro y el incremento de la tasa de ocupación laboral-, u obteniéndolos de forma extremadamente modesta.

Lo que no da resultados tampoco sirve. Las razones pueden ser diversas, pero a la postre terminan convirtiéndose en excusas para la mayoría de los implicados en los procesos de diseño, planificación, ejecución y evaluación de una política pública estéril en cuanto a sus frutos.

Necesitamos pues un nuevo modelo de cohesión, que pivote sobre el principio de que “*únicamente se ayuda a quien antes se ayuda a sí mismo*”. Esto nada tiene que ver con los porcentajes de cofinanciación, ni con otros conceptos típicos del “*idioma de madera*” -*langue de bois*-, tan querido por los consultores profesionales, que venden pócimas mágicas a funcionarios, tan cumplidores como inanes, y que a su vez colocan a sus jefes políticos, para de este modo repartir el botín entre sus connilitones y sus diversas clientelas. Me refiero a conceptos como *elegibilidad*, *programa operativo*, *eje*, ...

³ ECU: *European Currency Unit* –Unidad Monetaria Europea-.

Las palancas del desarrollo pueden ser diferentes en cuanto a su composición, disposición o ubicación. Pero hay una que casi siempre da magníficos resultados: la palanca de la educación.

Por tanto, una política federal de la cohesión debe marcar como objetivo estratégico la rápida convergencia de los resultados educativos estatales con la media de la Federación, financiando de forma creciente los avances marginales en la materia y manteniendo cierta cofinanciación federal hasta que esa tendencia se consolide. Después, el Estado ayudado debe comprometerse a ayudar a su vez a quienes todavía se han quedado rezagados, con un espíritu de auténtica Fraternidad europea.

Los Estados más beneficiados desde los 80 hasta hoy por la clásica política de cohesión –o regional, como se denominaba al principio- se han hartado de invertir en edificaciones y otras infraestructuras físicas. Los auténticos beneficiarios financieros han sido pues los diversos conglomerados nacionales del sector de la construcción y la obra civil. De este modo, los Estados y regiones beneficiarios finalistas cambiaron sus fachadas socio-económicas, pero se despreocuparon de adaptar sus estructuras económicas, mentales y sociales a las exigencias de una economía volcada hacia la mejora permanente de la productividad y la competitividad, requisitos previos para incrementar sus recaudaciones fiscales sin ahogar a sus emprendedores y, con ellas, para mejorar sus redes de bienestar cívico. Al contrario: los escasos períodos de superávit fiscal lo dedicaron a repintar esas fachadas, a redecorarlas según las diversas modas pasajeras, pero siempre sin consolidar sus pilares y sellar sus tejados. El resultado fue que, con cada crisis circunstancial, periódica o incluso puntual –asimétrica, solo sufrida por ellos-, se recurría a un creciente endeudamiento para sostener el gasto en desempleo y mantener el servicio de la previa deuda pública –saldando amortizaciones y abonando intereses-. Por consiguiente, así hurtaban todavía más inversión a las verdaderas palancas del desarrollo, es decir, a educación y a ciencia básica o aplicada. El paradigma de esta errónea política de convergencia ha sido España, donde se han incrementado notablemente los aeropuertos, los puertos, los kilómetros de autovías y líneas ferroviarias, e incluso las edificaciones de los campus universitarios, pero España sigue año tras año encabezando la lista del desempleo en Europa, la lista del abandono escolar, la lista del bajo número de patentes aplicadas a la industria, ... Tener más aeropuertos que Alemania y más universidades endogámicas, donde lo normal es que solo se presente un candidato casero a cada cátedra, no ha servido para nada, excepto para generar una hueca y huera apariencia de modernidad.

Debido a estas pésimas experiencias, es claro que no se puede continuar obrando de la misma manera porque, al final, seguiríamos obteniendo los mismos pésimos resultados, o incluso peores. Y esto desincentiva tanto al que se esfuerza en ayudar como al ayudado, que se instala en la abulia y en la inercia burocrática.

El florentino Giovanni Sartori fue un lúcido investigador social que nos advirtió de la tendencia clientelar de los partidos y de su propensión a rodearse de oficiales y tropas ineptas, que únicamente aspiran a apropiarse de su botín –canalizado a través

cargos públicos incompetentes, prebendas inconfesables, *pork-barrel*, *spoils system* & patronazgo clientelar, ...-. Es decir, todo un ejército de ineptos que apenas logran ocultar su desnudez intelectual mediante unos trapos o banderines de colores y unos burdos lemas propagandísticos. Más que genuinos partidos políticos, esas organizaciones terminan reconvirtiéndose en cooperativas de trabajo asociado para colocar a sagas familiares en cargos y empleos públicos. Pues bien, la vieja política europea de la cohesión ayudó a cebar en gran medida a toda esta tropa, sin que nadie evaluase los resultados en términos estratégicos de sólida e irreversible cohesión.

Necesitamos una nueva política de la cohesión para liberar a muchas administraciones de sus corruptelas y corrupciones institucionalizadas. Por ejemplo, con una limitada inversión puede destruirse para siempre el nefasto sistema endogámico de muchas universidades, donde lo normal, lo común, lo socialmente aceptado, es que se promuevan nuevas cátedras en áreas ya dotadas, pero para crear una cátedra adicional reservada a un amigo del presidente o rector de la universidad, o de alguno de sus punteros –captadores de apoyos-. O, lo que resulta incluso más abominable, que se perpetúe el sistema de un único candidato casero por cada plaza profesoral ofertada. Bastaría con que la Federación ofreciese cofinanciar ciertas plazas docentes en áreas de vanguardia, con la condición de que las comisiones seleccionadoras fuesen controladas por especialistas de primer nivel mundial, elegidos de una extensa lista mediante sorteo público. Con algo tan sencillo se crearía una nueva inercia competitiva, que terminaría por diferenciar a los más brillantes de los que nada aportan al desarrollo de sus comunidades, por carecer sus iniciativas y trabajos de cualquier valor añadido, tanto para su país como para Europa.

En el ejemplo precedente, el modelo de cohesión tradicionalmente promovido desde Bruselas -en concurso con la clase política local y los diversos patrones sociales con sus clientelas-, seguiría apostando por edificar nuevos edificios universitarios, con más metros cuadrados, con despachos más holgados y luminosos, con mejores instalaciones inmobiliarias y plazas de aparcamiento en sus campus. Eso no ha funcionado ni funcionará, y no podemos pedirle a los contribuyentes europeos que sigan costeando tal ineficiencia. A esos contribuyentes, tan necesitados como están de tantos servicios públicos, podemos pedirles un esfuerzo fraternal adicional porque, a la postre, todo cuanto mejore el desarrollo endógeno de la Unión también mejorará su bienestar y su seguridad, aunque bajo un estricto contraste y evaluación de resultados, para dejar por siempre -los de siempre- de ser receptores de ayudas y pasar a convertirse, más pronto que tarde, en financiadores de ayudas para otros. La justa y siempre invocada solidaridad no puede ser la excusa para una ilimitada y constante beneficencia.

Un Ejército Federal

Entre todos los Estados europeos juntos, ni siquiera son capaces de desplegar una fuerza aeronaval con una efectividad equivalente a la de la VI Flota norteamericana, con sede en Nápoles, y que cubre todo el Mediterráneo y gran parte del Océano Atlántico. Con esta evidencia queda perfectamente resumido por qué no podemos seguir malgastando recursos financieros en defensa, sobre todo cuando la simple suma -pero bien gestionada- de esos recursos bastaría para multiplicar de modo muy importante el potencial disuasorio y la capacidad operativa de Europa, al menos en su perímetro más próximo de seguridad exterior. Y, desde luego, ninguna de las armadas estatales europeas puede hacer nada relevante por separado. España, por ejemplo, solo disponía en 2020 de un único submarino operativo, algo cómico y hasta ridículo para un país con casi 8.000 kilómetros de costa, repartidos entre el Mediterráneo, el Atlántico y el Cantábrico, y con un punto caliente que defender para toda Europa, como es el Estrecho de Gibraltar junto con la línea Canarias-Baleares, aunque en hipótesis España pudiese rogar el auxilio de los dos sumergibles portugueses. Reino Unido, con siete, y Francia, con diez –algunos de ellos nucleares- tampoco podrían hacer gran cosa en un conflicto convencional. Considérese en comparación que únicamente Argelia dispone de seis submarinos tradicionales.

Parece fácil intuir como la simple agregación de bandas militares y de grupos con uniforme de gala para rendir honores protocolarios a los jefes de Estado europeos, incluso bastaría para financiar varias brigadas de intervención táctica en lugares donde hoy es tan indispensable como imposible e inimaginable, a causa de la interesada falta de previsión de los altos funcionarios que debieran informar a sus mandos políticos. Volviendo al caso español, para un único y obsoleto submarino, su Armada mantiene su Almirante de Flota con un comandante de flotilla –irónica una flotilla de un único buque operativo- y un singular Estado Mayor. Toda una burocracia militar para gestionar la más absoluta impotencia.

Según la OTAN, en 2018 Alemania invirtió unos 50.000 millones de dólares anuales en defensa; Francia un poco más; Italia 25.000; España 13.000; Países Bajos, 11.000; Polonia, otros 11.000; Bélgica, unos 5.000; Grecia otros 5.000; Dinamarca, cerca de 5.000; Rumanía, 4.000; Portugal, 3.000; Chequia, casi 3.000; Hungría, casi 2.000; Solo con agregar estas cifras redondeadas nos da unos 187.000 millones de dólares, que unidos a las pequeñas aportaciones de los restantes Estados europeos, y los alrededor de 5.000 millones de Suecia, con los más de 3.000 de Finlandia, nos podrían situar algo por encima de los 200.000 millones de dólares anuales.

Resulta evidente que dichos 200.000 millones de dólares no alcanzan ni 1/3 de los cerca de 650.000 millones que invierte Estados Unidos en defensa. Sin embargo, la suma europea es casi cuatro veces superior que el presupuesto de defensa ruso, y está muy cerca del presupuesto oficial chino, según diversas fuentes. Aunque la mitad de esos 200.000 millones europeos se destinase a una Guardia Nacional de cada Estado y la otra mitad a un genuino Ejército federal, de contratación directa entre ciudadanos de

la Unión y de determinados efectivos foráneos adecuadamente seleccionados, la diferencia cualitativa y cuantitativa en términos de disuasión y operatividad sería abismal, siempre respecto a la debilidad e impotencia militar que hoy incapacita a Europa como actor protagonista de su propia defensa y como promotor de sus intereses estratégicos en su entorno más inmediato. La amenaza estratégica más poderosa y próxima a Europa, que es la del régimen heredero de la Unión Soviética, perseverante en sus campañas de intromisión informática y en otras de baja intensidad para desunir y debilitar a la UE, quedaría suficientemente neutralizada con el Ejército federal europeo y con esos escasos 100.000 millones de dólares, a los que sería deseable la suma algún día del Ejército británico, cuando en Londres se recobre el sentido de la realidad global.

No se trata pues de igualar el porcentaje de PIB que dedican otras potencias a gasto militar, sino de comenzar por federalizar lo que ya se gasta, para de este modo ganar en eficiencia, cuando no para poder ser simplemente operativos. Pequeñas crisis como las de Siria –con menos de 20 millones de habitantes- o Libia –menos de 7 millones-, han demostrado que la impotencia europea solo sirve para cronificar los conflictos, desangrar a los pueblos damnificados y exportar inestabilidad a Europa. Ese riesgo se acreditó con la crisis de los refugiados sirios, que consiguió desestabilizar la estructura político-partidaria en bastantes Estados de la Unión, además de dar alas a grupos extremistas de toda condición, incluidos los de países tan democráticamente ejemplares como Suecia, Austria, Dinamarca, ... y especialmente Alemania. Si esto es así con estas diminutas crisis, ¿qué haría Europa ante escenarios similares en Egipto – casi 100 millones de habitantes-, Argelia –más de 40 millones- o Marruecos -35 millones de habitantes-? Y eso por no hablar de escenarios más distantes, pero no menos relevantes para nuestra seguridad, como Iraq o Afganistán, que son el paradigma.

Por ejemplo, la ausencia de una mínima fuerza aeronaval europea es incompatible con nuestra elevada dependencia de materias primas indispensables para nuestra economía y subsistencia. La importación de petróleo es de las más relevantes, pero existen otros insumos alimentarios, minerales, químicos o industriales igual de sensibles que nos llegan por vía marítima. Como las líneas de abastecimiento son largas, las diminutas armadas de los Estados europeos son del todo impotentes para una finalidad defensiva, simplemente de protección pasiva. Únicamente la construcción de una Armada federal europea puede intentar cubrir ese clamoroso agujero en nuestra seguridad colectiva. Lo mismo puede decirse de la Fuerza Aérea y de otras capacidades disuasorias y operativas.

Dicho esto, debe quedar claro desde un principio que un Ejército federal no debe ser la circunstancial puesta en común de algunas unidades militares nacionales. El Ejército federal debe estar fundamentado sobre un reclutamiento profesional directo, dotado de su propio presupuesto permanente y su propia estructura, ya que en caso de conflicto sería muy fácil y tentador para enemigos externos conseguir un fraccionamiento que minorase su potencia y su capacidad. El conocimiento del “*divide et impera*” es universal, desde César hasta Clausewitz y Sun Tzu, pasando por Palmerston o Bonaparte. Otro supuesto es que el Ejército federal pudiese ser reforzado

puntualmente con efectivos de las Guardias Nacionales de los diferentes Estados. Pero jamás debe partirse de un modelo circunstancialmente mancomunado, con aportaciones directas y, sobre todo, condicionales de cada Estado.

Con tan solo 100.000 millones de dólares –o su equivalente en euros- ya podría ponerse en marcha un muy competente y disuasorio Ejército federal que, además, contribuiría a incentivar una genuina industria europea de defensa. Una industria de defensa que, además, ayudaría significativamente a fomentar diversas ramas del conocimiento y de la industria a su servicio, con proyectos compatibles en muchos casos con diversos desarrollos civiles, en los campos aeronáutico, de telecomunicaciones, desarrollo de sistemas, ingeniería naval, y un largo etcétera.

Si las ganancias en eficiencia son mayúsculas de este modo, ¿quién de entre nosotros, como europeos, se puede oponer a una iniciativa de esta naturaleza? Muy sencillo: los grupos de interés que creerían salir perdiendo poder, ganancias o expectativas en un primer momento, así como los nacionalistas más cerriles, aquellos que siguen padeciendo una distorsionada cosmovisión eurocéntrica y caduca, propia de unos siglos XIX y XX que jamás regresarán. El declive de Europa en el mundo requiere ahora más que nunca iniciar esta senda federal en la defensa para, al menos, estar en condiciones de proteger aquello que vale la pena: nuestra independencia de criterio, para sostener como mejor podamos nuestras libertades, y nuestro modo de vida, basado en una sociedad fraterna y de bienestar.

No hay que remontarse al “*Si vis pacem para bellum*” de los latinos: si quieres la paz, prepárate para la guerra. Cuando tienes algo que los demás desean, más vale ser precavido. Y nosotros aún disponemos de muchos activos que otros anhelan. Es la dinámica del mundo, como nos previó Tucídides. Ojalá lleguemos algún día a un esquema de Paz perpetua a nivel planetario, como el que diseñó Kant, pensando fundamentalmente en la pequeña Europa que él conoció -*Zum ewigen Frieden*-, pero mientras ese estado de equilibrio, armonía y placidez mundial no sea alcanzado, siempre será preferible pecar de cautos antes que de incautos, de fuertes antes que de débiles, de sabios antes que de ingenuos.

Debilidad europea e implosión por inducción: el caso de Siria

Un conflicto local en un pequeño país del Mediterráneo, con menos de 20 millones de habitantes, ha logrado tambalear los cimientos de la estructura política europea. La culpa del riesgo de desmoronamiento europeo ante ese reducido temblor geoestratégico no es de las facciones enfrentadas en Siria, sino del pésimo diseño y la mala calidad de los materiales del edificio europeo. La Unión Europea no fue erigida para un mundo que ya poco tiene que ver con el que existió hasta mediados del siglo XX.

La crisis de refugiados desencadenada por el conflicto sirio provocó reacciones en la UE que ponen en alto riesgo el propio proceso de integración europea. Al respecto, nosotros, los federalistas europeos, debemos acreditar lo siguiente:

1. Esta crisis demuestra la fragilidad y debilidad de la Unión, siendo estos aspectos los más preocupantes para el futuro inmediato de Europa. Si la Unión no puede afrontar un riesgo tan nimio como este, ello implica que resulta urgente cohesionar y vigorizar mucho más nuestra Unión. Europa ya no es el centro del planeta y todo cuanto sucede en él con la suficiente fuerza geopolítica y geoeconómica le afecta, máxime cuanto más próximo se halle a sus fronteras exteriores el fenómeno disruptivo o desestabilizador de que se trate.
2. El conflicto sirio lleva abierto desde 2011-2012. Desde entonces la UE no ha hecho nada que rindiese un mínimo resultado positivo, y a nadie foráneo puede responsabilizar de su indolencia y pasividad, absorta como está en asuntos de menor escala tras una crisis económica mal gestionada, a causa de los congénitos egoísmos estatales que la bloquean. La UE solo reaccionó cuando en el verano de 2015 más de un millón de personas traspasaron sin permiso las fronteras exteriores de la UE, a pesar de los augurios análogos que la crisis libia lanzó durante los años previos sobre la costa italiana. Por cierto, Libia sigue siendo un factor de inestabilidad en la frontera sur de la Unión.
3. Este fenómeno ha certificado que la acción intergubernamental europea es egocéntrica, desastrosa en su conjunto, estéril y contraproducente, por lo que se precisa urgentemente de un enfoque federal. Como la Unión todavía carece de un Ejército federal con genuino poder operativo y disuasorio, tampoco puede intervenir para garantizar zonas seguras a los civiles inocentes, ni sus advertencias de actuación son creíbles, incluso para potencias foráneas de segundo y tercer nivel. Ante este panorama, Europa es rehén de su congénita impotencia y víctima propiciatoria de cualquier presión adicional desde el exterior.
4. A pesar de la inoperancia de la Unión, el Gobierno alemán tomó por aquel entonces una decisión que le honra, al igual que el Gobierno sueco. Ante la duda, defender la vida de los inocentes es el núcleo de la grandeza moral del europeísmo y debemos estar orgullosos de ello. Los refugiados sirios con suficientes recursos acuden a Europa y no a otros destinos porque saben que, a pesar de nuestros defectos, somos la mejor alternativa mundial, incluso frente a otros destinos culturalmente más afines y más cercanos. Las estructuras político-partidarias de Alemania y Suecia sufrieron así una peligrosa mutación, cuyos costes fueron pagados por los partidos políticos más comprometidos con los valores europeos.

5. Por ello, esas decisiones de los gobiernos alemán y sueco fueron aprovechadas por diversos actores contrarios a la Unidad de Europa. Desde el exterior, asistimos a la promoción por agentes foráneos para encauzar u orientar a los refugiados hacia Europa y no hacia otros destinos alternativos, con el evidente propósito de debilitar todavía más nuestra cohesión interna. También se verifica el interés del Gobierno turco por utilizar su rol como palanca de presión contra la UE, que muestra ante él una creciente debilidad y fractura interna, que lógicamente ha de aprovechar el Gobierno turco por una elemental muestra de Realpolitik. Igualmente, numerosos agentes externos aprovechan la situación de confusión y desconcierto para dirigir hacia la frontera suroriental de Europa la enorme bolsa de emigrantes económicos que genera el incesante crecimiento demográfico y el estancamiento económico de todo el Magreb, el África subsahariana, Oriente Medio e incluso de áreas como Afganistán y Pakistán. Con todo no nos equivoquemos: las víctimas más indefensas son aquellas que no pueden huir de las zonas de conflicto por falta de medios económicos, contactos políticos o salud. Esas personas merecen en mayor medida una solución, y no solo aquellas que se aventuran a traspasar la frontera de la UE merced a su vigor físico –generalmente son varones jóvenes con buena salud- y a sus medios para costear los viajes y gastos precisos.
6. En el interior de la UE, la honrosa decisión del Gobierno alemán generó sin embargo dos movimientos anti-europeos de inusitada virulencia: por un lado, una infame insolidaridad entre los restantes gobiernos europeos –con excepción del sueco- hacia Alemania, en una carrera de agravios gratuitos, cuyas consecuencias ya conocemos por la amarga experiencia del pasado; por otro lado, asistimos a una alocada carrera xenófoba y populista, que amenaza nuestros valores democráticos y europeístas, y que cala en gran medida entre los europeos con menores recursos.
7. Si ante un conflicto tan insignificante como este la reacción europea es tan irracional y desquiciada –Siria tenía menos de 20 millones de habitantes al inicio de su guerra, frente a los más de 500 millones de la UE de entonces, con nuestros hermanos británicos, y que todavía es la mayor economía del mundo en términos de PIB por poder adquisitivo-, ¿qué ocurriría en caso de suceder algo parecido en Egipto o Argelia? –con el quíntuplo y el doble de habitantes, respectivamente, y con economías incapaces de ofrecer alternativas a casi la mitad de su población, que es menor de 25 años-. Este futurible panorama es muy verosímil, vista la evolución de esos y de otros Estados inestables que rodean Europa.
8. En esta situación, los federalistas creemos que la crisis siria debe ser vista ante todo como una alerta temprana y como una oportunidad para preparar a la Unión a la hora de encarar sus inmediatas responsabilidades hacia el exterior, así como

para garantizar la futura seguridad y defensa de los ciudadanos europeos. Para esto proponemos una estrategia a corto, medio y largo plazo:

- a) Inmediatamente, mantener la solidaridad interna en Europa y redistribuir a los refugiados que ya se encuentran en territorio de la Unión entre todos sus Estados, tomando en consideración su peso poblacional y su renta per cápita. Alemania y Suecia debieron y deben ser apoyadas de inmediato, ya que su desestabilización también perjudicará a toda la Unión.
- b) Debe quedar claro que los refugiados tienen derecho a refugio, pero no a elegir el Estado donde ejercerlo, y que el refugio es temporal, no indefinido. Tan pronto se establezca Siria han de regresar a su país. Europa no puede asumir a los centenares de millones de personas que quisieran residir en ella. Esa idea es *naïf* y propicia una peligrosa arma de presión en beneficio de nuestros enemigos externos, para lograr la desestabilización de Europa de manera encubierta, con costes mínimos y con una alta probabilidad de éxito. Si con tasas de inmigración del entorno del 10-20% de la población ya se generan reacciones xenófobas que amenazan al proyecto democrático europeo, fácilmente serían previsibles las consecuencias de una inmigración extra-europea incontrolada, en especial entre los grupos sociales que se consideran más endebles –trabajadores manuales, perceptores de ayudas sociales, minorías étnicas europeas, ...-.
- c) Europa debe organizar una conferencia internacional que comprometa a terceros Estados a ofrecer refugio seguro a los civiles, sean o no inmediatamente colindantes al Estado en guerra o fallido de que se trate.
- d) A medio plazo, las fronteras exteriores de Europa deben ser de responsabilidad federal, del mismo modo que existe un arancel comercial único. La coordinación de policías estatales no basta, porque induce a transferir problemas a otros Estados, generando un efecto dominó, como ha quedado demostrado.
- e) La evidente impotencia europea alienta a ofrecer servicios ilegales de transporte de migrantes hacia Europa. Mientras Europa no tenga capacidad operativa para erradicar esa oferta, cortar sus redes y expulsar a quienes se aprovechen maliciosamente de ella, esta diabólica situación persistirá. La respuesta egoísta de transferir migrantes a otros Estados europeos puede provocar la implosión de los tímidos avances de integración, como es la eliminación de las fronteras interestatales dentro de la UE. La expulsión de los migrantes ilegales debe ser responsabilidad federal, del mismo modo que debe serlo organizar proyectos de desarrollo y protección a las personas más indefensas de terceros Estados, que ni siquiera pueden costearse su viaje hacia Europa –discapacitados, mujeres, niños, ancianos, ...-. No por cruzar

ilegalmente la frontera de Europa se debe obtener un trato preferente, ni devengar un derecho mejor que quienes son incapaces de hacerlo. Además, el desarrollo endógeno de esos Estados requiere que sus jóvenes más capaces contribuyan a él en su propio territorio.

- f) Europa debe dotarse de servicios de seguridad, inteligencia, control fronterizo y fuerzas armadas federales, a fin de prever crisis similares muy probables en el futuro inmediato, interviniendo incluso en conflictos que amenacen su seguridad y creando espacios seguros para proteger a las poblaciones civiles amenazadas, antes de que se vean compelidas a desbordar las fronteras europeas.
 - g) Europa debe apoyar decididamente procesos democratizadores que respeten los derechos humanos conformados por la Declaración Universal de Naciones Unidas y por los Tratados que le siguieron, apoyando un desarrollo socioeconómico basado en el libre comercio y en la educación.
9. En resumen, los europeos debemos mantener la cabeza fría y tener un plan coherente a corto, medio y largo plazo. No podemos aspirar a ser unos gigantes económicos para sostener un envidiable Estado de Bienestar a la vista de todo el mundo, merced a los nuevos medios de comunicación y transportes, sin dotarnos al mismo tiempo de las capacidades políticas y defensivas que nos permitan intervenir allí donde se generen riesgos o amenazas. Y esto no será posible si no federalizamos muchas potencialidades. Nuestra debilidad e impotencia es lo que ha ayudado a aflorar esta crisis siria, más incluso que el episodio de la crisis ucraniana. No podemos aspirar pasivamente a disfrutar de nuestro progreso y de nuestros derechos sociales tras un fino y transparente tabique de cristal. El mundo que nos circunda tiene problemas mucho más severos que los nuestros y no va a limitarse a contemplarnos. Defender nuestros valores exige, también, difundirlos y exportarlos, con el vigor que solo permite la Unión Federal de Europa. Siendo menos, más viejos y divididos, sucumbiremos a nuestros propios demonios domésticos y a las amenazas externas.

Política internacional de la Federación europea

Si alguna oportunidad tenemos los europeos para ser relevantes en el mundo es solo a través de nuestra unidad. Por separado, seremos bufones, mendigos, sirvientes o menestrales, pero jamás volveremos a ser guionistas ni protagonistas del Gran Teatro universal, o del Gran Juego –*The Great Game*–, parafraseando a Rudyard Kipling, cuando narraba cómo el Reino Unido se atrevía en solitario a intentar dominar Afganistán con un puñado de soldados británicos y el auxilio de tropas coloniales, para blindar así la joya de la Corona, que era la India, frente a potenciales enemigos.

Al igual que resumió Lord Palmerston durante la égida victoriana, también nuestra pequeña Europa carece de enemigos eternos o de aliados perpetuos, pero sí posee intereses perpetuos y eternos, por lo que es nuestra obligación velar por dichos intereses. Unos intereses que no son únicamente nuestros, sino también de las generaciones por venir y de los nuevos europeos que voluntaria y lealmente se sumen a nuestra ciudadanía desde todos los rincones del planeta. A nuestros hijos y descendientes se lo debemos, porque este patrimonio que hemos heredado de libertad, igualdad y fraternidad merece ser preservado, defendido, acrecentado y compartido.

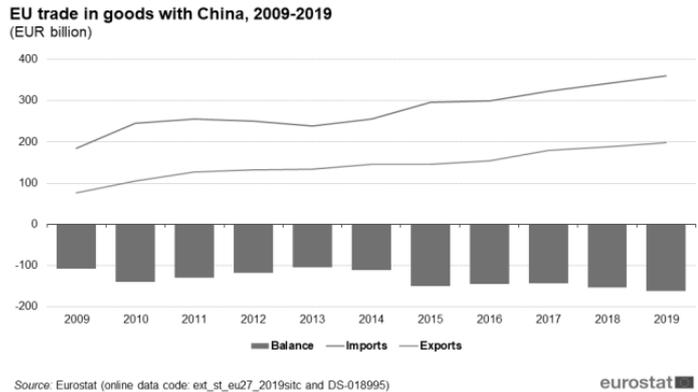
¿Cuáles son esos intereses perpetuos de Europa?

En primer lugar, la defensa y promoción en el mundo de la democracia parlamentaria, con todo su elenco de derechos y libertades individuales, consagrado por los convenios internacionales sobre Derechos Humanos, y con una perfecta división de poderes. Esto no es un capricho, sino que nos viene dado porque resulta indispensable para atemperar e incluso contener las pulsiones bélicas y expansionistas de las autocracias, que no rinden cuentas a sus súbditos ni a las madres de sus soldados.

En segundo lugar, la defensa y promoción de un modelo básico de Sociedad de Bienestar, donde los recursos económicos posibiliten -mediante una recaudación fiscal que no desincentive la inversión- la innovación y el esfuerzo individual, junto con la consecuente prestación real de derechos sociales básicos a las respectivas poblaciones, por cuanto además de garantizar la dignidad humana también facilita una competencia equilibrada entre las diversas economías del planeta.

Y, en tercer lugar, es un interés vital europeo blindar nuestra seguridad en todos los ámbitos en que pueda verse amenazada, desde el terreno medioambiental hasta el de la propia defensa militar, pasando por la seguridad alimentaria, sanitaria y energética.

Sobre estos tres pilares ha de mantenerse la independencia de criterio de Europa, en un escenario internacional donde su tendencia a la irrelevancia parece muy probable si prosigue su derrota –en términos náuticos- o su senda de encogimiento, introspección, fraccionamiento nacionalista y decadencia, tanto demográfica como científica, industrial y económica. Simplemente constatemos que durante 2019 las importaciones chinas a la UE alcanzaron los 362.000 millones de euros. Mientras, en dirección contraria, las exportaciones europeas a la República Popular China (RPCh) solo sumaron 198.000 millones. Si nos centramos en manufacturas y otros bienes, entre 2009 y 2019 el déficit europeo osciló entre 104.000 millones de euros anuales y 164.000 millones. Así se explica perfectamente el drama vivido con los inexistentes equipos sanitarios durante la pandemia del COVID-19 y el trasiego de aviones de carga europeos hacia y desde la RPCh.



La firma de acuerdos internacionales, como el que posibilita la creación de la Asociación Económica Integral Regional (*RCEP: Regional Comprehensive Economic Partnership*), que agrupa a unos 2.000 millones de seres humanos, que habitan entre el Océano Índico y el Pacífico, y que incluye a alrededor de 1/3 del PIB mundial, con un potencial de crecimiento muy superior al europeo, debe ser otro estímulo para acelerar la integración europea mediante su federalización. Únicamente la Fraternidad federal nos reforzará para salir a competir allí en pie de igualdad, en vez de permanecer agazapados y acobardados en nuestra reducida península de Asia. Esta estrategia pasiva, con su inepta mentalidad de asedio, no sirve ya para Europa. Debemos competir y cooperar en campo abierto, mejorando con la mayor celeridad la formación de nuestros jóvenes y la eficiencia de nuestras universidades y centros de investigación.

Tampoco podemos ser tibios ni cobardes cuando se trate de apostar con determinación y coraje por quienes defienden la democracia y el bienestar de la ciudadanía en sus propias comunidades. Si somos tibios y cobardes, nuestro riesgo estratégico crecerá y llegará a un punto en el que seremos vistos como fácilmente prescindibles o controlables por potencias foráneas, cuando no como débiles presas a batir. Dada esa circunstancia, nuestras propias libertades y nuestro modo de vida con buenos servicios públicos a disposición de cada ciudadano europeo, serían amenazados de forma cierta.

Sin embargo, el axioma de Palmerston padece una carencia, imposible de apreciar a mediados del siglo XIX. Me refiero a la consideración especial que Europa debe tener por los Estados Unidos de América, que en aquel entonces aún no se había consolidado como lo que ha venido siendo desde principios del siglo XX. Para Palmerston, y más antes del crecimiento experimentado tras la Guerra de Secesión norteamericana, la Federación de las antiguas trece colonias de Su Majestad debía ser algo a olvidar, por lo que supuso la derrota a manos de un puñado de rebeldes, derrota pronto compensada por el crecimiento del Imperio Británico hacia oriente, con la India, Australia y Nueva Zelanda, más sus múltiples asentamientos comerciales, que ya proliferaban por el Índico, el Pacífico y el Mar de China.

Los Estados Unidos son la más aquilatada proyección de Europa fuera de territorio europeo. Su sustrato cultural y humano es primordialmente europeo. Desde su Constitución democrática –la primera del mundo, conviene recordar- hasta su arquitectura política, todo el sistema institucional norteamericano rezuma europeidad, con Locke y Montesquieu como guías intelectuales. Pero también su pueblo es fundamentalmente desde sus orígenes una rica amalgama europea, de ingleses con neerlandeses, de escoceses con renanos, de italianos con irlandeses, de escandinavos con polacos, ... y de nietos descendientes de abuelos y bisabuelos de muy diferentes nacionalidades europeas, y por ello genuinos frutos humanos de una nueva Europa trasplantada a América. Todo esto, unido a la impagable deuda moral contraída con ese admirable pueblo durante las odiosas guerras europeas de 1914-1918 y 1939-1945, hace que la relación de Europa con los Estados Unidos no encaje adecuadamente en el molde victoriano forjado por Palmerston.

Nosotros no estamos protegidos por dos inmensos océanos, como lo están los Estados Unidos por el Atlántico y el Pacífico, ni tenemos fronteras terrestres tan axiológicamente afines como las que disfrutaban los norteamericanos. Además, nosotros carecemos del caudal de experiencia y pericia que poseen los Estados Unidos en el ámbito de la defensa, y adolecemos de las diversas industrias y tecnologías punteras gestadas en sus magníficas universidades y centros de investigación. Por aquellos lazos originarios y por estas razones prácticas, tanto Europa como los Estados Unidos están abocados a converger en lo que resulta fundamental para nuestra cosmovisión y nuestros valores primarios, aunque mantengamos personalidades independientes, a causa de nuestra peculiar historia y de nuestro distinto modelo de bienestar.

Debemos reconocer con algunos responsables políticos norteamericanos que la factura de nuestra seguridad y defensa es fundamentalmente costada por los contribuyentes estadounidenses y que eso no es equitativo. Debemos ser más solidarios con los hermanos norteamericanos en este ámbito. Es de justicia, ya que también defendieron nuestro bienestar y nuestra libertad durante los tensos años de la Guerra Fría. Ahora bien, en 1960 los Estados Unidos representaban *per se* el 40% del PIB mundial; sin embargo en la actualidad ronda únicamente el 15%, casi a la par que la UE. En otras palabras, en nuestros días la suma del PIB de los Estados Unidos y de la Unión Europea está muy por debajo –casi diez puntos menos- en peso respecto al PIB mundial que aquel del que gozaba por sí solo los Estados Unidos en 1960, al poco de comenzar a andar el proceso de construcción de la Comunidad Económica Europea.

Por consiguiente, la agenda de la democracia con su genuina división de poderes precisa de la más estrecha cooperación entre ambas orillas del Atlántico norte. Más estrecha incluso que durante las décadas de la amenaza soviética. Europa sola no puede hacerlo ante la dimensión de las posibles amenazas y retos, pero los Estados Unidos tampoco, porque está viendo erosionada esa capacidad. De ahí que la única esperanza para un siglo XXI democrático es que se haga realidad el vaticinio de Victor Hugo, proclamado en el Congreso Internacional de la Paz, de 1849:

<p><i>Un jour viendra où l'on verra ces deux groupes immenses, les États-Unis d'Amérique, les États-Unis d'Europe, placés en face l'un de l'autre, se tendant la main par-dessus les mers, échangeant leurs produits, leur commerce, leur industrie, leurs arts, leurs génies.</i></p>	<p>Llegará el día en que veremos a estos dos grupos inmensos, los Estados Unidos de América, los Estados Unidos de Europa, colocados uno frente al otro, tendiendo sus manos sobre los mares, intercambiando sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus genios.</p>
--	---

De algún modo, existe una convergencia de destino entre los Estados Unidos y la Federación Europea. Los Estados Unidos, originariamente europeos, han sido capaces de integrar con éxito en su *melting pot* a ciudadanos oriundos de otros continentes y de otras culturas del propio continente americano, para fraguar una ciudadanía ejemplar en cuanto a su amor por la libertad, la diversidad y el patriotismo. *E pluribus unum*, reza el sello primigenio de la Federación entre las trece colonias. *De muchos, uno*. Y así ha sido. Nosotros los europeos tenemos que aprender a convertirnos también en crisol de ciudadanía fraterna, si de verdad aspiramos a tener voz y voto en el gobierno del planeta. Tenemos que asumir con humildad que las lecciones sobre democracia las puede impartir el constitucionalismo norteamericano, y no tanto un *snob* y engreído manojito de Estados europeos, que precisó del auxilio norteamericano para consolidar al fin nuestro modelo de democracia, tras los abruptos lapsos tiránicos –fascistas y leninistas- que padecimos en el continente durante casi todo el siglo XIX y gran parte del XX. Apelar a la memoria de Alexis de Tocqueville y su “*De la démocratie en Amérique*” –*La democracia en América*- resulta del todo indispensable para liberarnos de esa arrogante presunción de superioridad moral que padecen bastantes políticos europeos, y que es tan propia de los nuevos e imberbes demócratas, como lo es la soberbia entre los nuevos ricos.

Programa educativo federal

Europa va a la zaga en eficiencia educativa. Los datos de la OCDE son inapelables. No solo tenemos cada año menos jóvenes formándose para mantener nuestro motor productivo, sino que por añadidura los condenamos a estudiar contenidos propios del siglo XIX, cuando los Estados comenzaron a crear naciones mediante una descarada homogeneización cultural por medio de las humanidades y las letras: literatura, solo nacional; historia, solo nacional; geografía, primordialmente nacional; ... Cuando Nietzsche habló durante su cordura “*Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas*” –*Über die Zukunft unserer Bildungsanstalten*- sabía muy bien lo que decía.

En 2012, la República Popular China ya tenía un 40% de sus titulados universitarios en posesión de un diploma STEM –*science, technology, engineering and mathematics*- y la India un 35%. Si las cosas siguen así, la OCDE prevé que en 2030

más del 60% de los titulados en ciencias, tecnología, ingeniería y matemáticas⁴ del G-20 sean de origen chino o hindú. Mientras tanto, en ese mismo año de partida -2012-, menos de un 20% de los titulados franceses lo eran en áreas STEM, y los alemanes no llegaban al 30%.

Esa inercia estatal europea costará mucho ser revertida. Poderosos grupos de presión se opondrán, a pesar de la evidencia de nuestro atraso en formación científica y técnica. Decenas de miles de funcionarios estatales del ámbito de la educación secundaria, que se ganan la vida reproduciendo versos de siglos pasados, releyendo novelas de siglos presuntamente dorados, debatiendo hasta la saciedad sobre gestas nacionales de siglos pretéritos, ... se opondrán a admitir la necesidad de cambiar de paradigma mientras obtengan sus rentas funcionariales y puedan mantener su reputado *statu quo* social sin realizar esfuerzo adicional alguno.

De este modo, lo más lógico es que los europeos nos pongamos a la altura de quienes nos están adelantado en apenas unas décadas, y luego intentemos mejorar la marca, para transferir a nuestra industria y a toda la estructura económica un renovado ímpetu innovador y emprendedor.

La pandemia del coronavirus o COVID-19 ha certificado que la Unión Europea hasta es incapaz de producir elementos tan simples como mascarillas y otros equipos de protección individual –batas, gafas, guantes desechables, ...-. Precisa recurrir a la “*fábrica del planeta*” para preservar su propia seguridad y salud, confundiendo la gran diferencia existente entre valor y precio. Y lo más grave, es que dicha pandemia acredita que hemos perdido el inmenso capital de conocimiento práctico sobre cómo hacer los productos que necesitamos y hacerlo con urgencia. Somos más ignorantes que nuestros padres y abuelos en cuanto a procesos productivos, logística y organización industrial. Es claro pues que por esta senda vamos hacia el declive industrial, y no podemos conformarnos con ser una sucesión de servicios museísticos y de turismo *cool* explotando las glorias de las artes, la arquitectura y el urbanismo de los siglos de esplendor.

Pactar contenidos de excelencia, calendarios y métodos pedagógicos contrastados por su eficiencia durante la educación secundaria en materias como matemáticas, física, química o biología, no debe molestar a nadie porque sean del todo independientes del decimonónico “*espíritu nacional*”. Formar y retribuir mejor a los profesores de esas materias para afinar sus capacidades pedagógicas, remunerándolos por encima de la media del sector, tampoco sería una tarea titánica. Es más, si fuese posible crear una red público-privada de centros que se especializasen en estos contenidos y en la formación de idiomas transfronterizos, sería además posible incrementar los intercambios de profesores y alumnos en Europa hasta niveles masivos

⁴ G-20: UE, Alemania, Arabia Saudita, Argentina, Australia, Brasil, Canadá, China, Corea del Sur, Estados Unidos, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, México, Reino Unido, Rusia, Sudáfrica y Turquía.

con unos costes muy razonables. Las materias “*nacionales*” podrían impartirse a su ritmo en las viejas redes, pero sin robarle el tiempo preciso a las materias básicas de interés para garantizar el relevo generacional que precisa nuestra economía. Porque, no nos dejemos enredar por la retórica propia de la erudición antes que del conocimiento científico, sin una economía a la cabeza del proceso innovador, no podremos sostener durante muchos años más nuestra Sociedad del Bienestar, incluida la financiación de los salarios de esos transmisores de poemas, novelas y gestas nacionales.

No vivimos ya en un mundo eurocéntrico. El mundo y la cultura son mucho mayores que nuestra constelación de pequeños Estados, conformados tras el fogonazo de la Revolución Francesa. Es más, ahí fuera, el arte, la literatura y la historia son incluso más fecundos que los nuestros. ¿Qué sabemos los europeos de la milenaria civilización china, más avanzada que la nuestra durante muchos más siglos? ¿Qué sabemos de la riqueza cultural africana? Cuánto ignoramos de la sabiduría de la cultura de la India, que nos legó la construcción del cero, una de las ideas más útiles para la ciencia, recepcionada en Europa gracias a la sensibilidad de los intelectuales musulmanes, que nos la transmitieron durante nuestra edad oscura. De eso apenas saben nuestros jóvenes y a nadie amante de la literatura, el arte, la historia o la filosofía parece importarle. No está en los programas estatales de estudios reglados, simplemente porque no aportan nada útil al crecimiento del espíritu nacionalista, a cuyo servicio se diseñaron.

Claro que el saber y la educación no se ciñen en exclusiva a los números y la materia. Si somos humanos lo es también porque nos emocionamos ante el arte y la belleza. Pero tenemos que despertar de nuestra cómoda modorra. *Primum vivere deinde philosophari*. Hay que vivir con decoro material para poder filosofar adecuadamente. En esta época que nos ha tocado, debemos garantizar a nuestro creciente número de ancianos y de personas con diversidad funcional unos servicios y unos ingresos públicos que preserven su calidad de vida. Este fenómeno masivo y de genuina fraternidad cívica no existía cuando las obras de los poetas y literatos nacionales contribuyeron a consolidar los Estados tal como los conocemos. Alcanzar los sesenta, setenta, ochenta y hasta los noventa años de vida era algo exótico en siglos pasados. Ahora no, y por eso nuestra menguante juventud tiene que ser descargada durante su niñez y mocedad de contenidos formativos inanes, para centrarnos en la cultura científica y técnica, puesto que cultura es, además de ser requisito previo para el éxito económico. Ciencia y técnica que es más genuinamente europea que cualquier moda o movimiento literario o estilístico. El genio de David Hume y de sus ulteriores discípulos ya no basta para garantizarnos una posición de honor en la ciencia mundial.

La filosofía de Lee Kuan Yew en la gestión educativa, durante los treinta años en que sentó las bases del éxito de Singapur en este ámbito, es todo un desafío para los europeos, ya que ese modelo es el que late tras el veloz e intenso desarrollo de la República Popular China (RPC) y de otros Estados orientales. Ahí están los frutos, que se perpetúan y mejoran en la Universidad Nacional de Singapur y en la *Nanyang Technological University* de la misma ciudad-Estado. Como también en la *Tsinghua*

University de la RPCh, o en el *KAIST -Korea Advanced Institute of Science & Technology-*. El salto que lideró Lee Kuan Yew, desde el tercer al primer mundo, no solo explica la vertiginosa velocidad de desarrollo de este pequeño territorio, sino también el de otros muchos Estados de la región, que tardaron casi un siglo en emular al Japón del XIX, pero que cuando despertaron fueron raudos para inspirarse en un modelo económico mejorado y a mayor escala.

Si los europeos queremos seguir siendo lo que somos tenemos que mejorar y mucho en los resultados STEM, tanto cualitativa como cuantitativamente, porque la solución no es la autarquía, ni la endogamia, ni el aislamiento o el proteccionismo. La solución es asumir que estamos perdiendo capacidades, ser humildes y aprender de quienes han mejorado ya lo que un día aprendieron de la vieja Europa. O eso, o la dulce pero irrefrenable decadencia, que culminará con un colapso socioeconómico y demográfico, precedido de alternativas populistas, que incluso acelerarán ese proceso de declive.

Universidades federales

Siendo indispensable mejorar la eficiencia de la educación superior en Europa para mejorar a la vez nuestro vigor económico y sostener nuestra Sociedad del Bienestar, en un mundo donde la competencia es cada año más dura, resulta pues también indispensable fomentar la creación de universidades genuinamente europeas aunque siempre abiertas a la excelencia planetaria, vengan de donde vengan sus docentes y sus estudiantes. Cualquiera que acredite los méritos necesarios en un procedimiento selectivo abierto, universal y ecuánime debe poder incorporarse a estas universidades.

Las universidades federales que propugnamos pueden ser públicas, privadas o mixtas. Su financiación no debe ser determinante, sino sus resultados. Si un grupo de brillantes profesores de diversas universidades estatales decidiese constituir una Universidad federal europea, el apoyo de la Federación debiera ser decisivo e insoslayable. Lo mismo si los promotores fuesen emprendedores privados, colegios profesionales, Estados u otras corporaciones. Igualmente, los cauces de creación pueden ser distintos. Por ejemplo, un sistema alternativo válido podría ser la fusión de universidades ya sitas en diferentes Estados de la Unión, al igual que su promoción mediante una sociedad anónima europea *-Societas Europaea-* con inversores que aporten su capital; también podría liderarla una fundación civil o cualquier otra entidad legalmente constituida, siempre que se respetasen los principios de excelencia mundial y su deontología europeísta.

En todo caso, la Federación debiera crear un Estatuto jurídico válido en toda la Unión, garantizando la independencia administrativa de estas universidades a la hora de

optar por la excelencia a escala global, desligándose del endogámico y retrasado modelo estatal. Ese Estatuto tendría que incorporar inmunidades semejantes a las que se suelen pactar en los tratados para la fijación de sedes de organismos internacionales, así como el reconocimiento automático de sus títulos en todo el territorio federal.

La Federación debiera estimular su desarrollo mediante instrumentos de financiación, preferentemente vinculados a resultados, evaluables conforme con los mejores estándares internacionales en cada área. Uno de esos instrumentos podría ser el de los contratos-programa, o incluso las licitaciones de proyectos de interés estratégico para la Unión.

Lo que jamás deben ser estas universidades federales es réplicas de los burocratizados modelos universitarios estatales, donde la endogamia localista es el peor de sus vicios, junto con los procedimientos rituales o reglamentarios de evaluación.

De esas universidades federales podrían nacer centros de investigación especializados o iniciativas empresariales tecnológicas, que a su vez serían apoyadas mediante fórmulas de capital-riesgo de cualquier tipo, incluso mediante la adquisición de bonos o suscripción de acciones abiertas a los ciudadanos europeos, sus empresas o sus entidades públicas, incluida la propia Federación.

El objetivo a medio plazo es que estas universidades se conviertan en viveros de una vibrante y renovada industria europea, capaz de lanzar nuevos productos y servicios para que, sin competir a la baja en salarios, nuestro tejido industrial tenga la fuerza de arrastre suficiente para otros sectores económicos.

Si no innovamos institucionalmente las universidades europeas, muy pronto seremos irrelevantes. Simplemente recordemos que el superordenador más potente del planeta es japonés –el denominado *Fugaku*–, y que resulta ser una herramienta indispensable para realizar investigaciones científicas punteras en muchísimas áreas del saber. Pero lo peor para la pequeña Europa es que el más reciente ranking mundial de superordenadores es liderado por la República Popular China (RPC) en cuanto a número de unidades, y por los Estados Unidos en cuanto a su calidad y prestaciones. Desde 1995, casi la mitad los 25.500 superordenadores que se han hecho un hueco en el denominado *Top500* estuvieron y están radicados en Estados Unidos. La RPC dispuso de 2.800 equipos desde 1995 hasta junio de 2020, pero ha reaccionado con fuerza durante los últimos años. Japón ha dispuesto de 2.086 superordenadores durante ese período. Atendiendo a otros indicadores más refinados, cabe subrayar que Estados Unidos mantiene un 25,7% de la potencia mundial de cálculo, frente al 25,4% de China y el 23,7% de Japón. Considérese ahora que tanto la RPC como Japón gozan de un PIB inferior al de la UE y se comprenderá entonces hasta qué extremo somos débiles e ineficientes los europeos para encarar con éxito y seguridad nuestro futuro, y ello fundamentalmente por culpa de nuestra tradición micro-nacionalista, nuestro eurocentrismo y nuestro tribal fraccionamiento. Por eso tenemos que impulsar universidades federales a la mayor brevedad.

Con esta perspectiva aquí reseñada, Europa ya está perdiendo la carrera en áreas cruciales como la inteligencia artificial, el *edge computing* y la tecnología 5G, como antes perdimos la carrera por la electrónica, la telefonía y por otras industrias de altísimo valor añadido durante su génesis. ¿Y qué decir de nuevas fronteras tecnológicas como la computación cuántica? Lo que lidera Google en este campo desde sus instalaciones californianas está muy lejos de las difusas y aisladas capacidades europeas. Nosotros no tenemos un Google, ni una IBM a causa de nuestra ineficiente dinámica estatal, que pudo servir en su día para el ferrocarril o el automóvil, pero que es contraproducente cuando hay que captar capital y talento a escala global. Mientras el laboratorio chino para las ciencias de la información cuántica invertirá 10.000 millones de dólares entre 2017 y 2020, los Estados Unidos anunciaron en 2019 una estrategia nacional por la que invertirán 1.200 millones hasta 2023. ¿Y nosotros? La UE puso en marcha en 2016 una iniciativa de 1.000 millones para una década, es decir una minucia de 100 millones al año, menos de lo que invierten algunos Estados europeos en diversos asuntos absurdos y redundantes.

El futuro y la esperanza económica de Europa estriban en la mejora radical de su sistema educativo y en la transformación de su sistema universitario, para lo cual la federalización es indispensable. Claro que aquí también surgirán lastres entre los poderosos grupos de presión de burócratas-docentes, acostumbrados a un proteccionismo estatal que los blindo y a ser un vivero de cuadros políticos para sus partidos y gobiernos locales. Sin embargo, la batalla por esta transformación es la batalla por la supervivencia del modelo europeo de bienestar, y nuestros aliados serán los trabajadores y los contribuyentes que encaran una competencia descomunal y creciente desde el exterior.

Agricultura y soberanía alimentaria

La sociedad europea en general lleva adheridos vicios consustanciales a la prosperidad, entre ellos cierta amnesia colectiva respecto a cuestiones vitales, que marcaron su devenir durante siglos, y que parecen haber desaparecido por arte de magia desde que erigimos nuestros respectivos Estados de Bienestar.

Nuestros ciudadanos parecen no desear recordar que las cartillas de racionamiento existieron en la mayoría de los Estados europeos hasta mediados del siglo XX, y que el hambre o la malnutrición, con todas sus secuelas, especialmente entre los niños, nos venían asolando incluso después de la revolución industrial, cuando Europa marcaba la agenda del mundo en cuanto a progreso e innovaciones de todo tipo.

La gran hambruna de la mártir nación irlandesa no es una fábula. Se produjo entre 1845 y 1849, causando la muerte por inanición o debilitamiento extremo, que abría las puertas a enfermedades devastadoras, provocando un genocidio que se cobró la

vida de un millón de irlandeses, esto es, más del 10% de la población de la isla verde en menos de un lustro, para después expulsar por emigración compulsiva a cerca de otro millón de ciudadanos originarios de la bendita y mártir Eire.

Quien haya visto *Germania anno zero*, de Rossellini (1948), o *Ladri di biciclette*, de Vittorio de Sica (1948), *Surcos*, de Nieves Conde (1951), o incluso el ambiente retratado en *Les quatre cents coups*, de François Truffaut (1959), enseguida comprenderá en qué contexto de miseria vivían los europeos de aquel período de postguerra. Contrastando estos dramáticos retratos con los actuales contenedores de basura repletos de comida desechada por restaurantes, supermercados y domicilios privados, obtendremos una nítida imagen de cómo Europa ha transformado su hambre en exceso, su carencia en gula.

Cuando se negociaba el Tratado constitutivo de la Comunidad Económica Europea (TCEE, 1957), los hombres que aplicaron su mejor voluntad a construir una Europa nueva y mejor, superando el nacionalismo agresivo insuflado por los Estados herederos de monarquías patrimoniales, siempre tuvieron presente que los europeos jamás debieran volver a pasar por el trauma de ver a sus hijos hambrientos, con madres desnutridas y sin apenas leche en sus pechos para sus retoños. En ambientes semejantes proliferaron las revoluciones totalitarias, ya que la demagogia encontraba allí su mejor abono.

De ahí se comprende que el artículo 39 de ese Tratado firmado en Roma, previese de manera explícita y contundente el objetivo “*de garantir la sécurité des approvisionnements*” –*garantizar la seguridad de los aprovisionamientos*-, para lo cual asumió que los consumidores pagasen “*prix raisonnables*” –*precios razonables*-, no precios de mercado u óptimos, como aconsejaría la ortodoxia económica, porque lo fundamental y vital era, sigue siendo y será que la población europea tenga y mantenga los alimentos precisos para su subsistencia en todo momento y bajo cualquier circunstancia, sea de origen foráneo o doméstico.

El sector primario en general, y particularmente la agricultura, es un objetivo estratégico de primer nivel para defender la libertad e independencia de Europa. Es igual de estratégico que disponer de plantas farmacéuticas para atender todas las necesidades sanitarias de nuestros ciudadanos, o de industrias de armamento para garantizar nuestra plena operatividad militar en caso de sufrir amenazas. Europa puede verse amenazada simplemente por un bloqueo alimentario, igual que por un bloqueo energético de productos petrolíferos, sin necesidad de que los enemigos tengan que pisar suelo europeo. Las experiencias padecidas por el Reino Unido ante bloqueos previos para estranglarla, cortando sus líneas de suministros vitales, son todo un aviso que conviene tener siempre presente.

En un mundo donde la población crece muy por encima de la estancada población europea y donde la mayor capacidad de pago de otros actores internacionales también les permite pujar por abastecimientos alimentarios y sus insumos previos – semillas, abonos, fitosanitarios, piensos, ...-, la necesidad de cuidar nuestra agricultura

y a nuestros escasos agricultores vale muchísimo más que lo que cuesta. Ya se sabe que tener desplegados bomberos 24 horas al día y siete días a la semana sale muy caro ... hasta que ves arder tu casa con tu familia dentro.

Un buen ejemplo de este riesgo podemos hallarlo en el aprovisionamiento de pescado y otros alimentos de origen marino. En general, Europa es deficitaria en este ámbito, por lo que debe acudir a aguas internacionales y de terceros Estados, firmando acuerdos con otras naciones y pagando elevadas sumas de dinero, u otorgando ventajas comerciales a cambio de ese permiso de acceso a aguas ajenas. A causa de la presión sobre los *stocks* de peces es deseable limitar su extracción. ¿Pero vale de algo esta estrategia si el resto de las mayores flotas pesqueras del mundo no hace lo mismo? Ya no digamos si otros extractores aprovechan las auto-limitaciones europeas para pescar lo que los europeos renuncian a pescar.

Podemos ser generosos en los acuerdos comerciales internacionales cuando se trate de ceder en bienes, productos o servicios no vitales –por ejemplo, en la industria de la cosmética, en los derechos de retransmisión del fútbol, incluso en los vinos y en numerosos ítems adicionales-, pero debemos velar por nuestra seguridad cuando se trata de que nuestros hijos puedan disponer del sustento preciso para sobrevivir sin riesgos gratuitos. La ingenuidad cebada en la opulencia de no pocos europeos les impide comprender que la agricultura es un activo estratégico vital, aunque sea más costoso su mantenimiento que la importación masiva de alimentos. Sucede que ese infantilismo es ahora envuelto con cierto celofán folclórico o costumbrista. Sin embargo, la dura realidad es que necesitamos preservar y mejorar nuestra agricultura, simplemente porque forma parte de nuestro seguro de vida colectivo.

También hay razones culturales, sociológicas o medioambientales para que la Federación costee actividades agrarias eminentemente deficitarias a precios internacionales. Son sin duda razones respetables y dignas de asumir. Pero lo que es políticamente correcto en un auditorio lleno de adolescentes y de adultos con mentalidad adolescente, ya no resulta sensato sostenerlo cuando debemos marcar una política de Estado –de Estado federal- que sea comprensible y asumible por los contribuyentes y por los electores urbanos que viven de espaldas al campo europeo. Gastar en agricultura es invertir en seguridad: en la seguridad propia y de la familia, en la seguridad del vecindario y la comunidad, en la seguridad nacional y federal.

Una Europa que dependa de forma incremental de las importaciones de cereales será tan débil como aquella que lo haga de los piensos para su ganado productor de leche. Sería tan frágil como una Europa que precisase importar agua dulce para dar de beber a todos sus niños, ancianos y adultos. A pesar de vivir en una sociedad opulenta, habituada al consumo conspicuo, como diría John Kenneth Galbraith o el propio Thorstein Veblen, no podemos en cambio ser tan necios como para engañarnos al confundir lo vital con lo accesorio, lo imprescindible en todo momento con lo prescindible llegado el momento.

Aunque la agricultura europea solo emplea a alrededor del 4% de su fuerza de trabajo, o sea a algo menos de 10 millones de productores, y únicamente contribuya con el 1'1% al PIB de la UE, no hemos de confundir nuevamente precio con valor, ni aplicar la razón de un mero contable para enjuiciar su trascendencia estratégica. Ni siquiera es relevante apelar a que ese porcentaje del PIB se multiplicaría por 2'5 si consideramos la producción agro-industrial. La agricultura vale porque nos garantiza la vida y la libertad como civilización, con independencia de minucias propias de observadores miopes, carentes de perspectiva global. De ahí que sea estratégicamente muy preocupante que más de la mitad de nuestros escasos agricultores sean mayores de 55 años, y que solo un 10% sean menores de 40 años.

La Federación tiene que volcarse en la defensa de su sector primario, porque eso y defender la propia Federación es lo mismo. Durante las últimas décadas muchos responsables políticos europeos han sucumbido a las tácticas de confusión desplegadas por otros sectores en nada vitales durante la permanente lucha por el presupuesto común, ignorando a nuestros agricultores y hombres de mar en aras a una fútil modernidad.

Pocos parecen ser plenamente conscientes del elevadísimo riesgo que conlleva no asegurar nuestras líneas de auto-abastecimiento alimentario para alrededor de 500 millones de conciudadanos, pero los europeístas no debemos caer en ese error, por muy popular que parezca tal error entre los ciudadanos urbanos. Es más, la moda generalizada de apelar a una producción europea centrada en selectas *delicatessen* y en sublimes productos *gourmet* resulta incluso más temeraria. Hasta afirmaría que supera en estupidez congénita a esa tontería falsamente atribuida a una supuestamente vanidosa María Antonieta: si no tienen pan, que coman bollitos. Ahora, los políticos contemporáneos que anegan Bruselas dirían: *vous n'avez pas de pain? Eh bien vous n'avez qu'à acheter de la brioche*. Compraos bollitos, pero bollitos europeos, *brioches européens*, eso sí. La cuestión es que si Europa llega algún día a dejar de producir por sí misma la harina, la mantequilla y los huevos precisos para los bollitos, los cortesanos del nuevo Versalles de Bruselas comprenderán que, lo dijese María Antonieta, esposa de Luis XVI de Francia, o lo dijese María Teresa, esposa del Rey Sol, sería suicida repetir el "*Qu'ils mangent de la brioche*" ante una crisis internacional que comprometiese el sustento de los europeos.

La probabilidad de una hipotética crisis planetaria de aprovisionamientos alimenticios no es en modo alguno despreciable. Sin creer en los maleficios malthusianos, sí debemos evaluar en cambio las maldades de quienes deseen ver a Europa de rodillas e implorando por su subsistencia. Pero si ese escenario se llega a presentar, no será por la principal culpa de los malvados, impelidos por su propia pulsión contra las libertades y el progreso social que encarna nuestra actual Europa, sino por exclusiva culpa de nuestros necios domésticos, que desde dentro de Europa no saben calibrar ese riesgo, puesto que solo se adiestran en contar billetes y en efectuar asientos en sus escrupulosos libros de contabilidad.

Sanidad: Autosuficiencia sanitaria

Los europeos ya no somos estoicos en lo que a salud se refiere. Releer el alegre y despreocupado fatalismo que retrata Samuel Pepys en sus Diarios, al hilo de la Gran Plaga de peste bubónica que asoló Londres en 1665, justo entre la guerra Anglo-Holandesa y el Gran Incendio que destruyó la capital inglesa, puede provocar tanto hilaridad como un muy fundado temor. Desde luego su retrato es menos literario que el de Daniel Defoe, publicado 57 años después de la atroz pandemia londinense.

Ahora estamos más cerca de nuestros abuelos y bisabuelos, quienes padecieron la llamada “*gripe española*” entre 1918 y 1920, y que se cobró decenas de millones de vidas humanas. Pero sin embargo, nuestra reacción actual es radicalmente distinta, por desmedida. En mi ciudad natal, Santiago de Compostela, que en 1918 tenía unos 40.000 habitantes, llegó a haber entre 20 y 30 entierros diarios durante el otoño. Mi abuela materna, que entonces tenía 19 años, me contó que enterraban a los muertos en simples sábanas ante la falta de ataúdes, recorriendo los cementerios parroquiales con los cadáveres a cuestas por falta de espacio para darles sepultura. Las campanas de las iglesias ya no tañían por no asustar más a la población.

Si algo positivo hemos aprendido ahora de la COVID-19, de este virus que nos ha obligado a despertar de cierto letargo y a darnos de bruces con la realidad, es que en la actualidad los europeos somos mucho más débiles, menos resilientes y estamos peor preparados para renacer de nuestros dramas y cenizas que en previas experiencias análogas, aunque notablemente más letales y devastadoras.

Como sociedad, somos más viejos, incluso seniles y senescentes, y por lo tanto más frágiles ante amenazas y riesgos de semejante naturaleza. También somos más medrosos, puesto que estamos dispuestos a derrumbar o dejar caer una parte importante de nuestra economía ante una amenaza mejor conocida -en términos estadísticos y clínicos- que las pandemias precedentes, siendo esta reciente de un muy menor calado en cuanto a víctimas se refiere. Además, hemos comprobado que somos impotentes a la hora de articular una respuesta colectiva eficaz, en comparación con otras sociedades, que han demostrado más aplomo, más eficiencia y mejores resultados.

El coronavirus que hemos sufrido desde el arranque de 2020 ha sido una dura lección de la que tenemos que extraer conclusiones indispensables para mejorar en el futuro próximo. De lo contrario, Europa caerá por su propio peso sin necesidad de que la asedien, derriben o invadan. Todo el mundo ha podido constatar nuestras profundas debilidades y eso tiene un coste estratégico para nosotros, mientras que representa una golosa oportunidad para otros.

En primer lugar, resulta inconcebible la ausencia de una estrategia única europea ante la pandemia, digan cuanto digan los textos jurídicos redactados en épocas de

lozanía y salud colectivas. *Salus populi suprema lex esto*, nos dijo Cicerón en su *De Legibus*.

Ya sabemos que el artículo 4.2 del Tratado de Funcionamiento de la UE (TFUE), con su típica e inane jerga, prevé que las competencias compartidas entre la Unión y los Estados miembros se aplicarán a “*los asuntos comunes de seguridad en materia de salud pública, en los aspectos definidos en el presente Tratado*”. Y lo prevé para luego añadir en su artículo 6 que “*La Unión dispondrá de competencia para llevar a cabo acciones con el fin de apoyar, coordinar o complementar la acción de los Estados miembros. Los ámbitos de estas acciones serán, en su finalidad europea:*

a) *la protección y mejora de la salud humana*”.

Pero además, añade el TFUE en su artículo 9: “*En la definición y ejecución de sus políticas y acciones, la Unión tendrá en cuenta las exigencias relacionadas con la ... protección de la salud humana.*”

Por si no bastase, el TFUE incluye un título propio sobre *Salud Pública* –el XIV de su Parte Tercera, sobre *Políticas y Acciones Internas de la Unión*–, donde dispone:

“*Artículo 168 (antiguo artículo 152 TCE)*

1. *Al definirse y ejecutarse todas las políticas y acciones de la Unión se garantizará un alto nivel de protección de la salud humana.*

La acción de la Unión, que complementará las políticas nacionales, se encaminará a mejorar la salud pública, prevenir las enfermedades humanas y evitar las fuentes de peligro para la salud física y psíquica. Dicha acción abarcará la lucha contra las enfermedades más graves y ampliamente difundidas, apoyando la investigación de su etiología, de su transmisión y de su prevención, así como la información y la educación sanitarias, y la vigilancia de las amenazas transfronterizas graves para la salud, la alerta en caso de tales amenazas y la lucha contra ellas. (...)

2. *La Unión fomentará la cooperación entre los Estados miembros en los ámbitos contemplados en el presente artículo y, en caso necesario, prestará apoyo a su acción. Fomentará, en particular, la cooperación entre los Estados miembros destinada a mejorar la complementariedad de sus servicios de salud en las regiones fronterizas.*

Los Estados miembros, en colaboración con la Comisión, coordinarán entre sí sus políticas y programas respectivos en los ámbitos a que se refiere el apartado 1. La Comisión, en estrecho contacto con los Estados miembros, podrá adoptar cualquier iniciativa útil para fomentar dicha coordinación, en particular iniciativas tendentes a establecer orientaciones e indicadores, organizar el intercambio de mejores prácticas y preparar los elementos necesarios para el control y la evaluación periódicos. Se informará cumplidamente al Parlamento Europeo.

3. *La Unión y los Estados miembros favorecerán la cooperación con terceros países y las organizaciones internacionales competentes en materia de salud pública. (...)*”.

Por último, de forma harto pomposa, la *Carta de los Derechos Fundamentales – de los Ciudadanos- de la Unión Europea*, concluye:

“Artículo 35

Protección de la salud

Toda persona tiene derecho a acceder a la prevención sanitaria y a beneficiarse de la atención sanitaria en las condiciones establecidas por las legislaciones y prácticas nacionales. Al definirse y ejecutarse todas las políticas y acciones de la Unión se garantizará un nivel elevado de protección de la salud humana.”

Con toda esta vacua literatura, ¿qué se ha hecho? ¿Cuáles han sido los resultados ante la pandemia?

Algunos de esos resultados han sido patéticos. Por ejemplo, la alocada carrera de las autoridades estatales por proveerse de un producto *tan complejo* –perdón por la ironía- como las mascarillas -¡las mascarillas, por Dios!-, o de los respiradores producidos en la República Popular China. Que una potencia industrial como la UE, que todavía está a la cabeza de múltiples indicadores de desarrollo en el mundo, sea incapaz de improvisar en pocas semanas la fabricación en masa de productos tan elementales para la supervivencia y salud de sus propios ciudadanos, denota un hándicap muy grave desde una perspectiva estratégica. Y esconderse tras el fino velo de las competencias administrativas, cuando hay habilitaciones suficientes para coordinar y movilizar recursos, tan solo sirve para mostrar la estulta desnudez de un liderazgo ficticio. Aquí, también, el Rey camina desnudo, como escribió Hans Christian Andersen en su maravilloso cuento fabulado “*El traje nuevo del emperador*”, y que nos enseña que no hay preguntas estúpidas ni impertinentes en asuntos relevantes, así como que no tiene por qué ser cierto lo que todo el mundo piensa que es cierto, pero que nadie comprueba hasta que llega un ciudadano sanamente escéptico.

Quienes sientan la europeidad como parte indisociable de sí mismos, únicamente habrán experimentado vergüenza y bochorno al escuchar los estruendosos silencios de Bruselas ante el humillante trasiego de aviones de carga, muchos de ellos *Airbus*, implorando algo tan elemental como mascarillas o guantes desechables, cuando la UE posee una Delegación permanente en Pekín (Beijing) desde 1988 y cuando en 2020 ha cumplido 45 años de relaciones diplomáticas bilaterales. Dicho esto ya nada hay que añadir sobre las fatuas embajadas y ministerios estatales de asuntos exteriores, acreditados por países cuyo peso en la mayoría de los casos es menor que el de cualquier provincia o ciudad media china. Vergüenza y bochorno acrecentado cuando se pudo ver que hasta pequeñas potencias se atrevían a requisar material sanitario en

tránsito hacia Europa, cuando los mismos Airbus realizaban escalas para repostar en sus vuelos de regreso.

Los desafíos globales a la salud pública europea tienen que estar liderados desde la Unión. Todo lo demás son meras excusas. Aquí no estamos hablando de la financiación de centros de salud o de hospitales comarcales. Aquí estamos hablando de los grandes desafíos sanitarios y de salud pública internacional que afrontamos los europeos como consecuencia de la creciente globalización y de la acelerada movilidad internacional de las personas. También estamos hablando de capacidades científicas, tecnológicas, farmacéuticas e industriales para ofrecer respuestas certeras y en tiempo útil ante esos desafíos de salud pública. Por no recordar lastimosamente que, a la vez, estamos hablando de que se respete a nuestra Unión en el mundo, aunque esta Unión esté pésimamente organizada y dirigida para hacerse respetar.

¿Cómo podemos seguir pensando y obrando igual que en los tiempos de Pasteur o Koch, por no recordar a Cajal, Fleming o al mismísimo Edward Jenner, por citar solo a algunos de los imponentes padres de la medicina europea? Las inversiones que ahora se precisan, la enormidad y complejidad de los equipos multidisciplinares de investigadores que hoy se despliegan y la indispensable dimensión requerida para garantizar la rentabilidad y viabilidad de la industria farmacéutica más puntera, nos han convertido en gnomos disgregados frente a gigantes compactos.

Somos grandes demandantes y financiadores de medicamentos, merced sobre todo a nuestros universales, públicos y gratuitos sistemas estatales de salud, pero nada más. Somos nosotros, a través de nuestros ancianos, quienes estamos costeadando las industrias y equipos de otros, y quienes hacemos rentables las inversiones precisas. Pero, por desgracia, somos igualmente el eslabón más frágil de la larga cadena que une al investigador básico con el enfermo, pasando por el comercializador. Si creemos que por nuestra posición al menos gozamos del poder de un monopsonio u oligopsonio, nuestra necesidad ya será superlativa. Muchos en Europa siguen cegados por un eurocentrismo que trastorna su percepción y su capacidad de análisis. Entérense pues: los europeos somos cada vez menos y más irrelevantes en el conjunto del planeta, también en la esfera de la salud.

Urge de este modo que garanticemos a nuestros ciudadanos, y primordialmente a nuestros ancianos, a nuestros enfermos con patologías huérfanas o congénitas y a nuestros ciudadanos con diversidad funcional, una estrategia federal europea en materia de salud pública, sanidad, cuidados y tecnología aplicada a sus necesidades más inaplazables. Lo que piensen y hagan los lobistas, los grupos de interés local y otros cómplices por mantener el *statu quo* de la fragmentación sanitaria europea nos debe dar lo mismo. Pensemos en los que todavía viven, para que su vida sea digna, feliz y fructífera, protegida por la Fraternidad europea.

En segundo lugar, la ausencia de una voz genuinamente europea en la Organización Mundial de la Salud (OMS) –al igual que en todo el sistema institucional de la Organización de las Naciones Unidas (ONU)- ha demostrado hasta qué punto la

des-unión de la Unión nos debilita mientras nos ridiculiza. La suma de las contribuciones de todos los Estados de la UE al sistema ONU y, por extensión a la OMS, nos coloca a la cabeza de esa liga. En cambio, hemos visto que la Unión solo emite una cacofonía inaudible e incomprensible a la que nadie con suficiente entidad hace caso, y lo peor es que resulta comprensible que seamos ignorados. Esto no es culpa ni responsabilidad de quienes nos ignoran. Somos ignorados porque, tal como funcionamos, nos hemos convertido en *ignorables*, en *ridiculizables*, en lamentables y en patéticos.

Por tanto, no busquemos fuera de nuestra casa las explicaciones de por qué nuestro tejado permite las goteras, de por qué nuestros ciudadanos enferman y no disponemos de inmediato de los recursos indispensables para garantizarles la mejor atención que permite el estado de la ciencia, de por qué la enfermedad se extiende entre nosotros y tenemos tantos manuales contrapuestos de contención y respuesta como funcionarios estatales al frente de la desesperada estrategia de subsistencia.

¿Qué haríamos ante otro virus, bacteria o germen, en hipótesis propagado por una potencia u organización foráneas que ya dispusiesen de antídoto o tratamiento para el mismo? Por desgracia la salud pública también es un frente a defender federalmente ante amenazas biológicas o químicas. Amenazas equivalentes a la primaria que los mongoles emplearon contra los genoveses en el sitio de Caffa (Crimea, 1346), catapultando apestados tras las murallas –aunque en realidad el transmisor fuesen las pulgas de las ratas que allí proliferaban-; por no hablar de la inconsciente extensión de la viruela entre los nativos americanos por los conquistadores europeos, o el abominable uso de armas químicas más complejas que el conocido gas mostaza de la Primera Guerra Mundial, como el carbunco o *anthrax*.

Esta crisis ha demostrado lo poco que se precisa para destruir lo que, aun siendo escaso, nos ha llevado tantas décadas construir. Un virus que llega desde el extranjero, incluso por negligencia, puede trastocar y hasta hundir nuestro mercado único y nuestras libertades constitucionales más elementales, como la libertad de circulación de nuestros sufridos trabajadores o la libertad de establecimiento de nuestros maltratados emprendedores. Así que, concluyamos, peor que ese virus u otro patógeno, más peligroso es para Europa su patológico letargo, su particular catalepsia.

Medio ambiente y sostenibilidad inteligente

Agua potable. Sin agua no hay vida. Sin vida no hay cultura ni civilización. Europa ha tenido la fortuna de germinar como civilización en un apéndice de Asia pródigo en agua potable, con un clima propicio y con un suelo fértil. Cuidar el agua, no contribuir a alterar el clima y preservar la fertilidad de nuestro suelo son deberes colectivos y también obligaciones personales de todo europeo.

En el futuro, los conflictos internacionales serán más habituales por la escasez de agua potable para todos los seres humanos que por cualquier otro detonante, salvo la tradicional sed de vanidad y apetito de codicia de los autócratas. A medida que sube la demanda de agua por el mayor crecimiento demográfico, precisamente en los Estados con menos agua disponible per cápita, y también en otros por una industrialización que demanda más agua para sus procesos productivos, sin por ello mejorar el tratamiento de las aguas residuales de esas industrias, entonces la probabilidad de conflictos e incluso de conflagraciones abiertas entre Estados para acceder a más recursos hídricos también irá aumentando.

De este modo, la presión migratoria sobre Europa, natural o incentivada por potencias interesadas en desestabilizarla, crecerá más por el factor de carencia de agua – con su miseria asociada- que por el propio crecimiento demográfico, que en cierta medida ya se va desacelerando lentamente, merced al acceso de las niñas y las mujeres a los recursos culturales y médicos que las empoderan, como es de justicia.

Europa debe ayudar en este sentido, porque su futuro también depende de que esas poblaciones accedan al agua que precisan para mejorar su calidad de vida. Los proyectos de ayuda para optimizar la captación, extracción y tratamiento del agua debe ser una prioridad fundamental para Europa. Por ejemplo, los avances en eficiencia respecto de la energía solar y su conexión con la desalinización y potabilización del agua a menores costes, tienen que convertirse en un sello de la cooperación europea con las comunidades más amenazadas por la sequía y la carencia crónica de agua.

Igual sucede con la descarbonización o reducción del CO₂. La Unión Europea se impuso el objetivo de reducir sus emisiones en al menos un 40% antes de 2030, respecto a los niveles alcanzados en 1990, como medida intermedia para conseguir el objetivo final de reducir las emisiones de CO₂ entre un 80 y un 95% en 2050. Este propósito es loable y sin duda debemos predicar con el ejemplo porque, por añadidura, a largo plazo la tecnología alternativa que vayamos desarrollando será otra ingente fuente de riqueza, que facilitará una mayor financiación de nuestro Sistema de Bienestar.

Ahora bien, no seamos infantiles ni *naïf*: si los europeos alcanzamos esos objetivos e incluso los mejoramos, pero otros se desentienden y aprovechan nuestra descarbonización para recarbonizarse, produciendo así a menores costes, toda nuestra estrategia medioambiental será contraproducente, tanto para nosotros como para la humanidad en su conjunto, porque el planeta empeorará su saldo adicional de CO₂. Recordemos que los europeos somos una exigua minoría en el planeta, y que todavía seremos más minoritarios en 2050, por no proseguir refiriendo nuestra minorización década tras década, hasta que concluya el presente siglo y aun después. De modo que nuestros esfuerzos descontaminantes pueden ser negativos si no van acompañados por esfuerzos semejantes en el resto del mundo, aunque sean de cierta menor intensidad para introducir un factor de equidad en el compromiso medioambiental de todos los Estados.

La opinión pública europea bordea la ingenuidad extrema cuando debate sobre los acuerdos internacionales para reducir la contaminación y luchar contra el cambio climático. A veces parece haber adoptado una nueva fe de matriz panteísta, donde la mayor deidad es *Gaia* –o *Gea*-, que ha de alcanzar un sereno equilibrio, y donde todos los humanos se postrarán ante ella, en búsqueda de una eternidad colectiva previo estado de trance. Lo malo de este panteísmo o doctrina similar es que no todos los humanos creen en Gaia, entre otros motivos porque la mitología griega solo es relevante en la pequeña Europa y en contados territorios con poblaciones de ascendencia europea. Otras civilizaciones poseen otras deidades y otras prioridades, sin estar organizadas al uso democrático europeo y, por tanto, dependen a menudo de teocracias o autocracias para definir qué es lo que más les conviene en el presente y en el porvenir.

Los acuerdos internacionales deben ser firmados y ratificados, pero sobre todo deben ser cumplidos y constantemente monitorizados por equipos independientes con pleno acceso a las fuentes de información, que faciliten la comprobación *in situ* y sin previo aviso. A quienes no firmen tampoco se les puede premiar con ventajas económicas o comerciales, que por otro lado estimulan una producción poco respetuosa con el medio y la salud. A quienes firmen y engañen, se les ha de reconvenir y sancionar. Esta es otra de las razones por las que Europa necesita federarse, a fin de alcanzar el poder disuasorio indispensable para no tener que llegar a ejecutar las sanciones por violación de tratados vitales, cuyo cumplimiento es crucial para todos los seres humanos, al igual que para nuestros ciudadanos.

Todos compartimos el aire que respiramos. Todos dependemos del ciclo hidrológico global. Todos necesitamos preservar la biodiversidad para hallar nuevas soluciones a viejos problemas de la humanidad y garantizar el equilibrio que permite la vida en nuestro planeta. Pero de nada vale que unos pocos sean consecuentes con estos principios mientras otros muchos, liderados por estadistas sin escrúpulos, solo piensan en términos de balanza de poder al coste que sea.

La explotación de los mares es un buen ámbito para visibilizar los riesgos que una extrema ingenuidad puede provocar en perjuicio del medio y de la humanidad en su conjunto. La FAO acredita como mientras los europeos reducen su pesca en los mares, invirtiendo cada vez más dinero público en reducir la capacidad extractiva de la flota europea, otros Estados la incrementan en mayor medida si cabe, con lo cual el saldo extractivo global no para de crecer, muy por encima de lo aconsejable para garantizar la sostenibilidad de las pesquerías. De este modo, según la FAO, en 2018 los cinco mayores extractores fueron China, Indonesia, Perú, India y Rusia. Solo lo extraído por estos Estados, más lo sumado por Estados Unidos y Vietnam, supuso prácticamente la mitad de las capturas mundiales –considerando la fiabilidad de las cifras reportadas a la FAO por Estados poco “transparentes” y menos “auditables”-. Baste añadir ahora que la extracción en 2018 ascendió a 84’4 millones de toneladas respecto a las 81’2 millones en 2017. Entre tanto, Europa destinaba más recursos a reducir sus buques y a jubilar a sus marineros, con lo cual además acrecentaba su déficit comercial en productos pesqueros. A la postre pues, la Europa des-unida y sin una estrategia medioambiental

coherente, derrocha dinero en achatarrar su flota mientras financia flotas ajenas con sus importaciones -flotas dudosamente más responsables desde la perspectiva medioambiental y sociolaboral-, al adquirirles alimentos pesqueros en mayor medida.

Es este tipo de ingenuidad la que se ha propagado por toda Europa, al carecer de una visión de conjunto y de un enfoque global en el ámbito medioambiental. De ahí que necesitemos liderar una sostenibilidad inteligente donde todos firmen y cumplan los acuerdos firmados, sin perjuicio de que los más pudientes asuman mayores sacrificios que los menos afortunados. Lo que no puede ser es proseguir con el discurso de auto-culpabilización cuasi-religioso, mientras se camina en sentido contrario a nivel global. Liderar en esta materia, como en casi todos los órdenes de la vida, implica predicar con el ejemplo, pero también velar por que todos sigan la senda que a todos beneficiará, en mayor o menor medida.

Energía e independencia energética

El petróleo y el gas que usan las centrales europeas generadoras de electricidad para recargar los coches eléctricos no se producen en Europa. Ni el uranio con el que se genera la electricidad en las centrales nucleares europeas. De hecho, ni un solo Estado europeo atesora uranio suficiente en su subsuelo para abastecer las necesidades de un puñado de plantas atómicas. Incluso puede afirmarse algo similar en cuanto a la extracción de litio para las baterías recargables, mientras no hallemos alternativas eficientes con dióxido de carbono u otros componentes.

Con esta irónica entrada debemos recordar que la producción de energía a precios competitivos es el más evidente talón de Aquiles de nuestro complejo energético-industrial. Si Europa lideró la industria durante los siglos XIX y parte del XX fue en especial merced a las minas de carbón y al alto coste humano que relató Émile Zola en "*Germinal*". Resulta paradójico que la Europa institucionalmente unida hubiese nacido con el Tratado de París, que constituyó la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), y que entró en vigor el 23 de julio de 1952. Más paradójico fue que su artículo 97 previese la desaparición de la CECA medio siglo después, el 23 de julio de 2002. ¿Fueron tan clarividentes los padres fundadores como para anticipar el ocaso de esa industria con tanta antelación, o todo fue fruto del azar? Desde luego el providencial Jean Monnet no fue tan explícito en sus Memorias, de muy recomendable lectura. Considerar en 1951 que la energía extraída del carbón para producir acero resultaría inviable en solo 50 años sería más milagroso que verosímil. Sería como aceptar que apenas tenían valor alguno las fecundas vetas de carbón que discurrían desde el Canal de la Mancha prácticamente hasta los Alpes, incluyendo regiones como Nord-Pas-de-Calais, Lorraine, Valonia, el Ruhr o el Sarre, y que fueron en gran parte las silenciosas excusas de las carnicerías perpetradas contra las mártires juventudes francesa, británica, belga y alemana.

Para obtener uranio, Europa depende de proveedores como Níger o Kazajstán. Para obtener petróleo, depende de un puñado de Estados en gran medida volubles e inestables. Lo mismo sucede con el gas. Para que esas materias primas lleguen a territorio europeo dependemos de rutas inseguras, tanto por tierra como por mar. Esperemos que la llegada del hidrógeno verde alivie pronto este problema.

La *Weltpolitik* de la energía funcionó sin apenas problemas hasta la crisis de 1973, y no solo por el lado de la oferta, sino sobre todo por el de la demanda. Sin embargo, ese tablero ya ha desaparecido. Ahora hay más demanda de energía en el mundo y también algo más de oferta, pero ninguna de esas fuerzas es ya mayoritariamente europea.

La demanda de energía se dispara íntimamente correlacionada con el desarrollo industrial de los nuevos y legítimos competidores extra-europeos, mientras Europa prosigue amodorrada en su lecho, sin diseñar una estrategia seria y adulta que garantice nuestra prosperidad, independencia y porvenir social. Cada Estado de la Unión continúa pensando a su escala, a escala micro, cuando no nano, mientras la competición en el mundo por las fuentes de energía es gigantesca y creciente.

En este contexto, resulta fundamental intensificar al máximo el diseño y ejecución de una política genuinamente federal de investigación e inversión en fuentes alternativas de energía, que además de ser eficientes en términos medioambientales también han de serlo en términos económicos. De este modo, nuestros jóvenes, que exigen una estrategia medioambiental respetuosa con el medio, convergen con una necesidad geoestratégica de Europa, sin que sean plenamente conscientes de ello.

Ahora bien, por nuestra posición en el globo, a su vez hemos de pensar en el impacto que el éxito de esa política europea de la energía, tendente a prescindir de las importaciones de combustibles fósiles y de uranio, va a provocar entre las inmensas poblaciones de los Estados exportadores. Poblaciones que, por añadidura, subsisten prácticamente en exclusiva del monocultivo petrolífero o gasístico. Si lo que deja de importar Europa no es compensado con mayores importaciones desde otros grandes consumidores de energía tradicional –con su impacto negativo adicional en el medio ambiente, pese a los avances en fuentes limpias y eficientes de energía que consigamos en Europa-, dichas poblaciones alóctonas precisarán de otras fuentes de ingresos con la mayor urgencia, porque de lo contrario se verán forzadas a emigrar hacia Europa en mucha mayor medida.

Tal vez necesitemos articular dentro de la Federación un potente equipo de analistas especializado en la teoría del caos, puesto que las interrelaciones en estos ámbitos –monocultivo extractivo, crecimiento acumulativo de la población dependiente de ese monocultivo, reducción de la demanda de bienes de ese monocultivo, ...- puede provocar efectos imprevisibles *a priori* en un sistema tan complejo y dinámico como es el que vincula a oferentes y demandantes en el mercado mundial de la energía.

En cualquier caso, parece evidente que desde Europa debemos diseñar una estrategia integrada sobre nuestras necesidades energéticas a medio y largo plazo, que nos permita mantener nuestro Sistema de Bienestar, nuestro *modus vivendi* y nuestros compromisos internacionales en materia medioambiental, puesto que todos los habitantes del planeta respiramos el mismo aire y bebemos la misma y escasa agua dulce que éste nos facilita con su delicado sistema climático y su ciclo hidrológico.

Por otro lado, mientras no alcancemos la independencia energética deseada, hemos de asegurarnos las fuentes de abastecimiento, así como las rutas y toda la logística de transporte de ese abastecimiento. Hasta ahora la fortuna nos ha sonreído en estos aspectos, pero nadie puede asegurar que esa buena fortuna prosiga inalterada. Antes no concurríamos con tantos competidores y tan poderosos; ahora sí. Antes contábamos con la protección implícita y por su propio interés nacional de quien poseía las capacidades indispensables para asegurar las rutas; ahora esto pasa a ser una incógnita. La realidad es que nadie en Europa dispone de medios alternativos, por separado o mancomunados al efecto, para evitar que crisis regionales coincidentes en el tiempo puedan llegar a cortar el sistema circulatorio de la energía que mantiene viva nuestra economía. De ahí que también debamos trabajar en esta dirección, creando una Armada federal capaz de desplegarse rápidamente allí donde sea preciso, incluso en varios escenarios conflictivos a la vez, y de fuerzas de intervención rápida con la debida capacidad disuasoria en defensa de los intereses vitales de Europa, sin olvidar la creación de un servicio de inteligencia y de análisis estratégico que pueda anticipar y ayudar a minimizar los riesgos e impactos indeseados.

No seamos amnésicos ni deliberadamente olvidadizos. Los *Trente Glorieuses*, los treinta años gloriosos de crecimiento en Europa, como se les conocen en Francia, fueron los que hicieron posibles todas las mejoras sociales sustantivas desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década de los 70. Fue ese crecimiento el que permitió desplegar e intensificar la Seguridad Social propiamente dicha en los diferentes Estados europeos y el florecimiento de conquistas sociales inimaginables para nuestros mayores, desde la igualdad entre sexos hasta la materialización del derecho a un ocio reparador. Pues bien, esos *Trente Glorieuses* iniciaron su declive con la crisis del petróleo de 1973, que solo fue el arranque de un proceso incontrolable por los europeos, pero que afecta de manera perjudicial a nuestros ciudadanos.

En definitiva, si a partir de ahora deseamos preservar nuestro progreso socioeconómico con la aconsejable certeza y seguridad, hemos de federalizar todo cuanto esté relacionado con la generación de energía en Europa y para los europeos. A partir de ahí, tendremos que poner en marcha una generosa política de cooperación con terceros Estados, para que su desarrollo les permita crear nuevas oportunidades de educación y empleo en beneficio de sus jóvenes poblaciones, tanto por su bien como por el nuestro.

Cooperación al desarrollo

Europa en su conjunto es el mayor donante mundial de ayuda y cooperación al desarrollo. De conformidad con el *Comité de Ayuda al Desarrollo* (CAD), de la *Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico* (OCDE), durante 2017 Europa destinó 75.700 millones de euros a este concepto, cuando en ese año su PIB fue de 15,3 billones de euros. Se trata pues de una cuantía escasa y, por si fuera poco, está mal invertida. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que Estados Unidos, con un PIB incluso eventualmente superior, solo invirtió 31.300 millones de euros (M€uros); Japón, 10.200 M€uros; Canadá, 3.800 M€uros; Noruega, 3.700 M€uros; Suiza, 2.700 M€uros; Australia, 2.600 M€uros; Corea del Sur, 2.000 M€uros y Nueva Zelanda 300 M€uros. Se echan en falta mayores aportaciones de significativos Estados y organizaciones internacionales.

Debemos volcarnos como europeos en ayudar a nuestros congéneres que no han tenido la fortuna que nosotros sí hemos tenido. Esta es la Europa de la que debemos estar orgullosos, y no de la vinculada a la *chicotte* –látigo- y a las amputaciones de manos bajo la égida pseudo-colonial de Leopoldo II de Bélgica, para que los seres humanos del Congo cubriesen sus cuotas de recogida de caucho u otras materias primas. Nosotros debemos enorgullecernos de la ética de europeos como Edmund Morel y aborrecer a quién subyace tras el personaje de Kurtz, que creó el también europeo Joseph Conrad en su *‘Heart of Darkness’* –*El corazón de las tinieblas*-. Algo similar puede sostenerse al comprobar el ominoso pasado colonial europeo en África y en otros continentes, que es otra oscura página de nuestra vergonzosa historia nacional antes de la redención europeísta.

Pero a la vez que debemos incrementar la cooperación, también tenemos que reorientarla y rediseñarla. La cooperación europea ha de tener unas directrices claras y previsibles, al tiempo que debe ser reconocida como genuinamente “europea” allí donde se despliegue, sin caer en la simple caridad o, lo que es peor, en su instrumentación como herramienta al servicio de políticas infames, para contemporizar con sátrapas o lubricar a sus venales funcionarios.

Lo primero que debemos aprender es a objetivar, priorizar y aplicar los principios constitucionales europeos allí donde tengamos que ayudar a personas tan valiosas y válidas como nuestros conciudadanos.

Así, debemos tener claro que nosotros ayudamos a individuos porque creemos en la libertad individual, no a sujetos colectivos ni a Estados, ya que dentro de éstos siempre habrá delincuentes que se apropiarán de la ayuda europea, colocando como señuelos a personas desvalidas que no podrán auto-organizarse para alzar su voz y defenderse de quienes los someten. Por eso debemos comenzar la ayuda invitando a que los desfavorecidos se acerquen libremente y por propia voluntad a los representantes europeos sobre el terreno, para escucharles y atender primero a quienes más urgencia y necesidades tienen.

Ancianos, niños, personas con diversidad y enfermos crónicos deben ser *a priori* los beneficiarios prevalentes de nuestra ayuda, incluso rescatándolos de su jaula comunitaria más próxima, si es lo que desean, para traerlos a Europa y capacitarlos. A Europa se debe poder venir no por ser el más atlético, ni el más osado, ni el más afortunado de su miserable comunidad, sino porque Europa protege, ampara y defiende la equidad social. En este punto debemos lanzar un mensaje alto, claro, nítido y potente: invitamos a llamar a la puerta de Europa a quienes puedan contribuir a aprender y capitalizarse en Europa para después enriquecer y hacer prosperar a sus comunidades originarias. Este efecto multiplicador respaldado por Europa será nuestra más fecunda palanca para lograr un desarrollo endógeno de los colectivos y países peor tratados por la naturaleza, el entorno y la historia.

Por tal motivo la cooperación europea también debe ser directa, sin intermediarios interesados, que tengan su propia agenda u oculten su interés privativo. Con un ejemplo se entenderá.

Según diversas fuentes, solo en África hay alrededor de 52 millones huérfanos menores de 18 años, y unos 140 millones en el planeta. Únicamente en Uganda puede haber más de dos millones de niños huérfanos. Países como Lesotho, Swazilandia o Zimbabwe han visto a más del 20% de sus niños caer en la orfandad a causa del SIDA. Según UNICEF, tan solo en Zimbabwe estaríamos hablando de más de un millón de niños. En Europa tenemos por el contrario a millones de ciudadanos con una posición económica desahogada, pero sin hijos o con un único hijo. ¿Por qué no estimular la adopción de esos niños o al menos su apadrinamiento individual? ¿Acaso no precisamos urgente y desesperadamente de juventud para rejuvenecer nuestra vieja e infecunda Europa? ¿No es igualmente esta la mejor manera de integración a la ciudadanía europea que podemos idear?

Pero, sin caer en un idealismo adanista, si el egoísmo de muchos europeos es más fuerte que su latente espíritu de fraternidad con los restantes seres humanos, ¿qué nos impide alimentar, curar, educar y hacer menos infelices a esos niños *in situ*, por medio de instituciones u organizaciones europeas? Un servicio cívico voluntario europeo puede contribuir a destinar allí a jóvenes maestros, enfermeros, médicos, pedagogos, terapeutas, ... dispuestos a donar algunos de los mejores años de sus vidas para ayudar en pie de igualdad a esos niños, siendo luego mínimamente compensados con el reconocimiento profesional y vital de esas experiencias en el mercado laboral europeo. Europa invertiría en infraestructuras y consumibles, e incluso podría pagar modestos salarios a ciertos cuadros, siempre con el propósito de optimizar los escasos recursos disponibles ante tantas necesidades de tantos seres humanos que no tuvieron la fortuna de nacer entre nosotros.

Ocuparse de ancianos y de personas con diversidad no es caridad institucional, como sostienen algunas ONGs, que parecen aplicar una suerte de triaje según el cual unos merecen ser ayudados y vivir, mientras otros carecen de utilidad o valor y por tanto deben ser abandonados a su suerte. Ocuparse de estas personas debe formar parte

de la marca o imagen de Europa en el mundo. Y tenemos medios, al menos para intentarlo, porque hacerlo en su propio entorno, en sus comunidades y entre sus familias es mucho más humano y económico que institucionalizarlos en el norte.

Por consiguiente, la cooperación europea al desarrollo tiene que ser un escaparate de lo que somos y de lo que defendemos. No se trata pues de donar millones de euros para que sean gestionados por autoridades y funcionarios corruptos, blanqueándolos con el respaldo de auditorías trucadas. Autoridades y funcionarios locales que son requeridos para desarrollar el rol de benefactores intermedios, cobrándose sus comisiones y conteniendo a cambio la estampida de los jóvenes más favorecidos de entre sus pobres comunidades, jóvenes que huyen o son expulsados desde el sur sediento y hambriento hacia el norte, lleno de excesos y quejidos gratuitos.

Desde luego que la cooperación tiene que impulsar también proyectos en los sectores primario, secundario y terciario. La mejor política de desarrollo en este sentido es la que favorece la inversión y estimula el comercio. De ahí que tengamos que invertir además en formación profesional y educación universitaria, invitando a millones de jóvenes a venir a Europa para capacitarse y convertirse en formadores de formadores, en catalizadores de sus comunidades, puesto que sería iluso pensar que con las tasas de crecimiento demográfico que poseen, aunque éstas se vayan desacelerando, tendríamos de modo permanente la capacidad logística indispensable para hacerlo en nuestro suelo con todas y cada una de las personas interesadas. Por consiguiente, habría que intentar mejorar el modelo de capitalización intelectual que tanto éxito tuvo en Japón durante el siglo XIX y el primer tercio del XX, o en Corea del Sur durante la segunda mitad del siglo XX. Nadie está condenado al subdesarrollo si se le facilita el acceso al saber y al conocimiento.

Desde Europa tenemos que enseñarle también a nuestro pueblo que con una política justa de ayuda y cooperación al desarrollo estamos invirtiendo a la vez en mejorar y consolidar nuestro futuro. Estaremos ofreciendo luz en la oscuridad, raciocinio entre la irracionalidad, justicia entre la iniquidad. Estaremos exportando democracia y reduciendo la autocracia, con lo cual afianzaremos nuestro modo de vida mientras lo compartimos con quienes más lo merecen.

Por esta senda, algún día llegará en que estaremos en condiciones de confederarnos la mayor parte de los pueblos en una organización supranacional y supracontinental, para que el mundo acoja a todos nuestros descendientes bajo el cobijo de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sin que nadie albergue temor por padecer las penurias y horrores que se padecieron y todavía se padecen en este milagroso planeta azul donde surgió la vida.

Europa es su cultura

¿Qué es “cultura”?

Usualmente definimos “cultura” como el conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico, o también como el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico e industrial, en una época o grupo social. Del mismo modo, aceptamos como “cultura popular” el conjunto de las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo.

Etimológicamente procedente del latín, la cultura es en propiedad aquello que se cultiva por el hombre, que se trabaja en la tierra para obtener un fruto que nos alimente. Según diversas fuentes, hasta el siglo XVI no se le dio a la “cultura” el sentido de *fruto intelectual* que hoy predomina, aunque con cierta modestia casi me atrevería a asociar esa correlación con la invención de la imprenta moderna por Gutenberg, en la segunda mitad del siglo XV, que fue tal vez el fruto más productivo y sabroso del ingenio europeo, sin olvidar otros modelos precedentes en Asia. La imprenta posibilitó, entre otros gigantescos avances, la extensión del conocimiento, la derrota del monopolio eclesiástico sobre el saber clásico y, a la postre, la extensión de la educación universal, que se alcanzaría entrado el siglo XIX. Todo eso sería imposible sin el previo abaratamiento de los libros y del restante material impreso.

En todo caso, la cultura -tal como la entendemos los europeos- es un proceso de mejora del ciudadano y de la sociedad a través de la observación, la reflexión, el estudio y la creación efectuado por el cerebro humano. Con ella, a partir del sustrato del pasado, vamos cultivando el futuro. En cualquier circunstancia, la cultura requiere una base sobre la cual cultivar y un esfuerzo humano para obtener nuevos y más nutritivos frutos intelectuales.

Si no conocemos nuestro fundo, nuestro terreno o soporte cultural, nuestra parcela heredada, estaremos labrando en un erial pedregoso e incierto, que no ha conocido abono previo ni regadío, y que ni siquiera fue oxigenado mediante su previa remoción. De ahí que resulte indispensable que las nuevas generaciones de europeos conozcan en profundidad su historia común antes de transformarla, y no solo el elenco de gestas nacionales tan querido por los nacionalistas, creando una nueva historia desde la actualidad hasta el porvenir. Pero dentro de esa vasta y fecunda historia de Europa, dada la finitud de nuestras vidas, vale la pena intentar profundizar en la evolución de las ideas y doctrinas que han condicionado nuestro presente, y no en exclusiva la lista de conquistas patrimoniales efectuadas por las familias regias y sus adláteres cortesanos, que usaban a sus desgraciados súbditos como piezas prescindibles y sustituibles, como semovientes bípedos adiestrados para obedecer ciegamente, como caballos de carga con sus anteojeras escolares.

Sin duda que hay otros aspectos de nuestra cultura que también merecen atención, pero no caigamos en la trampa de la hiper-inflación de lo que los mercaderes de humo quieren colarnos como si fuese auténtica cultura. Dado que nuestras vidas son

cortas, conviene que seamos muy selectivos sobre aquello que merece nuestro cultivo mediante el estudio y la posterior degustación intelectual.

Que nuestros niños conozcan bien las glorias de Mozart, de Bach, de Vivaldi, Corelli o Bizet, solo por citar la crema de una interminable lista de sublimes músicos europeos, apenas les dejará tiempo para entretenerse con lo que el oxímoron “*industria cultural*” nos quiere vender como “*cultura*”. Cada diez días o cada semana no puede nacer un *hito* cultural, porque es algo incompatible con la vida del ser humano e imposible de tomar en consideración. El inexorable juicio del tiempo servirá pues para realizar la mejor selección posible vía decantación.

Lo mismo sucede con la literatura, la pintura, la escultura, el arte en general y con todo aquello elaborado por el hombre, siempre que nos haga mejores como personas en constante proceso de perfección. A veces parece que la sobre-producción de la industria cultural europea va ahogando por superposición todo cuanto sublime ha creado Europa. Eso es algo que debemos evitar, pero no por medio de cualquier tipo de censura, sino por el cultivo de la excelencia entre nuestros ciudadanos. Hoy, cuando cualquier ágrafo musical puede enriquecerse dinerariamente con la “música”, aunque sea a la vez un analfabeto que no sepa leer una partitura, debemos alertar de ese riesgo, al igual que en otras artes y pericias. Además, merced a la globalización, debemos asumir que hay más obras culturales de otras civilizaciones que también merecen ser conocidas y valoradas por nuestros ciudadanos, incluso para interiorizarlas antes que las europeas, pues en el terreno de la cultura una Europa ilustrada debe apreciar más lo bueno y bello de otras civilizaciones antes que lo ordinario o ruin de la nuestra. El nacionalismo europeo sería, si algún día cuajase, tan nefasto como los restantes nacionalismos que exprimieron la sangre de nuestros jóvenes para consolidarse como Estados a partir de reinos y otros señoríos medievales.

Por provocar el debate entre nuestra juventud, ¿es cultura europea la obra de Theodor Mommsen? Si no lo es su *Corpus Inscriptionum Latinarum* y su *Römische Geschichte –Historia de Roma–*, entonces nada merece la designación de “*cultura europea común*”. El hecho de haber sido merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1902 casi es la menor de las razones. Y, en contraposición, ¿es cultura cualquier manufactura marketiniana de la industria editorial, que pasa a engrosar la amnesia colectiva en apenas unos meses o años? ¿Cuántos alabados éxitos literarios de las últimas décadas han sido trufados y trucados con vitolas de excelencia ya desteñidas, aunque fuesen expedidas por afamados críticos y profesores mercenarios al servicio de esa industria? Es como si para buscar la genuina y más excelente cultura europea hubiese que aguardar a la decantación de la calidad, y aun luego precisásemos de cierta labor de campo para, de forma delicada, ir escavando y retirando con sumo cuidado las sucesivas capas superpuestas que la fueron apartando de la vista de las nuevas generaciones.

El tamiz del tiempo transcurrido es, tal vez, el juez más ecuánime sobre la calidad de la cultura, sobre la verdadera cultura. Por eso mismo, no debemos

permanecer anquilosados en los conocidos como *clásicos*, sino asumir que la lista de nuevos clásicos irá creciendo con el paso de las décadas y con la ampliación del campo de visión a todo el planeta, y no ya solo a nuestra diminuta península eurocéntrica. Para los nuevos europeos, todo lo sublime para y por el ser humano debe ser incorporado a la cultura europea. En esto conviene que nos distanciamos de los dogmáticos que contaminaron con prejuicios racistas o xenófobos a nuestros abuelos y a sus abuelos.

VI. Sociedad

Interlocutores sociales federales

Aparentemente ya tenemos un mercado único –nos dicen-, en un territorio aduanero y arancelario homogéneo. Si esto es así desde hace años, ¿por qué no tenemos sindicatos federales de trabajadores? ¿Ni asociaciones empresariales genuinamente europeas, tanto sectoriales como transversales? ¿Ni colegios o asociaciones profesionales de ámbito europeo? ¿Ni bancos que operen bajo la misma marca y con la misma normativa y supervisión en todos los Estados europeos?

Vayamos por partes. En lo que atañe a los sindicatos resulta bochornoso asistir al espectáculo de como una misma corporación, con plantas de producción en diferentes territorios estatales de la Unión, a menudo organiza un sucedáneo de subasta para adjudicar la fabricación de un nuevo producto en una de sus plantas, sin que las fuerzas representativas del trabajo intenten desarrollar una estrategia análoga de agrupación de los trabajadores con una visión propiamente europea. Nadie lo impide, solo la inercia y el cúmulo de intereses burocráticos de los respectivos cuadros orgánicos de los sindicatos nacionales.

Otro tanto cabe decir de las asociaciones empresariales. Europa asiste asombrada, noqueada e impertérrita a una alocada desindustrialización que provoca, por añadidura, una doméstica lucha sin cuartel por la supervivencia, basada en ayudas estatales irregulares y en otras medidas proteccionistas, maquilladas como normas técnicas de seguridad o de salud. Lo que ha sucedido en la industria de la construcción naval, de la telefonía, de la electrónica de consumo, del textil, de la porcelana doméstica, del menaje, de la ferretería, del material sanitario más común, ... no nos ha servido como lección.

Mantener la ficción sobre la utilidad económica de las asociaciones empresariales sectoriales de ámbito únicamente estatal, es tan estéril como si

hablásemos de análogas asociaciones provinciales durante la segunda mitad del siglo pasado, o como si nos anquilosásemos en los gremios medievales. Únicamente sirven para mantener sus querellas a un diminuto nivel, con sus mezquinas envidias, con su oculta agenda corporativa y de aspiraciones locales, con su falta de perspectiva ante lo que se acerca desde el exterior, un tsunami de competencia más productiva y más eficiente, que asolará sector por sector a demasiadas industrias y actividades económicas, sin que de nada sirva halagar al alcalde, al consejero regional o al ministro estatal del ramo.

En cuanto a las asociaciones y colegios profesionales, la situación es incluso más patética. La mayoría únicamente aspira a tejer una red de control administrativo, un alambre de espino reglamentario, para acotar lo más posible sus liliputienses jurisdicciones territoriales, sin ver que la revolución en las telecomunicaciones, en los servicios a distancia y en las comunicaciones físicas ha trastocado para siempre el viejo orden pequeño-burgués que les garantizaba micro-oligopolios sectoriales locales. Para realizar tratamientos de fertilidad, odontológicos, de cirugía estética, micro-injertos de cabello, ... ya no es indispensable conformarse con el médico, cirujano o profesional de proximidad. Las técnicas de marketing directo han mejorado, así como también la financiación y cobertura aseguradora de muchos de estos servicios. Pronto la revolución de la telemedicina y la inteligencia artificial combinadas va a extender esa competencia abierta a otros servicios profesionales, cuya comunión con el territorio de residencia de profesionales y clientes parecía indisociable. Pues bien, ante esta realidad, ni siquiera hay genuinos colegios profesionales europeos –y no me refiero a una constelación más o menos coordinada de pequeños colegios locales o estatales-. Sin una visión estratégica sobre cómo afrontar la competencia de más cualificados y agresivos actores foráneos, su visión estática y puramente defensiva va a derrotarlos en toda la línea.

Y qué decir del negocio bancario, donde resulta inconcebible que todas las firmas con un cierto nivel y dimensión de red no compitan sin cortapisas, a lo largo y ancho de toda Europa, para ir ganando escala como preparación para ser grandes operadores internacionales con domicilio social en Europa. A menudo el manido interés nacional que blanden ciertos Estados para impedir una competencia abierta y leal, no oculta más que conexiones inconfesables y espurias puertas giratorias, espléndidamente engrasadas por cierto con elevadísimas retribuciones a funcionarios que saltan al negocio privado y que solo retribuyen una conspiración en contra de sus propios conciudadanos, que son los que al final de la cadena pagan mayores precios por unos servicios financieros deficientes, o que sufragan abusivos intereses que no se corresponden con el riesgo de las operaciones de préstamo o crédito que contratan.

Sin una europeización efectiva de la sociedad civil europea en la esfera económica será muy difícil que se afiance la federalización y, con ella, que mejore la resiliencia socioeconómica ante los desafíos que encaramos para sostener nuestra Sociedad del Bienestar.

El nacimiento y crecimiento de estos interlocutores sociales genuinamente federales –colegios profesionales, sindicatos, asociaciones de productores agrarios, asociaciones de consumidores y usuarios, patronales sectoriales, ...- resulta tan urgente e indispensable como la constitución de partidos políticos también genuinamente federales, sea cual fuera su diversa ideología en el ámbito socioeconómico.

Por otro lado, sería sumamente recomendable que la Unión comience ya a participar en competiciones internacionales bajo la bandera de las doce estrellas y con los acordes de nuestro himno, del Himno a la Alegría de Beethoven, con la letra del *An die Freude* –A la alegría- de ese Ciudadano Honorario de la República Francesa que fue Friedrich Schiller, en especial cuando dice el coro:

<i>Unser Schuldbuch sei vernichtet! ausgesöhnt die ganze Welt! Brüder – überm Sternenzelt richtet Gott wie wir gerichtet.</i>	¡Que nuestro libro de culpas sea destruido! ¡Reconciliado todo el mundo! Hermanos - sobre la carpa de estrellas Dios juzga como nosotros juzgamos
---	--

Sería esta una manera muy gráfica de mostrarles a los ciudadanos europeos que solo unidos pueden aspirar a ser ellos mismos en el mundo, y no la simple comparsa folclórica que se ve desde una perspectiva eurocéntrica y una miope óptica nacionalista.

VII. Sobre la Asociación Federalista Europea

La Asociación Federalista Europea (AFE), como cualquier otra asociación federalista que surja entre nosotros, debe ser apreciada como una matriz donde se gesten diversas personas jurídicas que, al madurar, adquieran su propia personalidad, sin perjuicio de mantener el afectivo vínculo originario de fraternidad y el legado axiológico o de valores supremos comunes que nos conduzcan a la Federación Europea.

De la AFE deben nacer así entidades, otras asociaciones, partidos y agrupaciones diversas de diferente cariz. Unos más socialdemócratas, otros más conservadores o liberales. Unos más volcados en la promoción de la cultura y otros en la del medioambiente. Unos centrados en las aspiraciones de la juventud y otros en las necesidades de los ancianos o de los ciudadanos con diversidad funcional. Pero todos,

todo ese conglomerado, ha de tener presente que nuestra unidad de valores fundacionales es la garantía de nuestra vida y de cómo vivirla en plena libertad con seguridad.

Es lícito y altamente deseable pues que también surjan muchas AFEs. La competencia es sana y fecunda si resulta leal.

La AFE en la que algunos pensamos es una entidad ideada para acercarse al ciudadano común, al que le aburre y hastía la miserable política con minúsculas – *politics*, o politiquería-, y que no ha sido bendecido por Minerva ni por Palas Atenea en las petulantes aulas de muchas de nuestras diletantes facultades universitarias, en especial en las de economía, políticas o derecho. Hablamos aquí del ciudadano común, ese que teme al desempleo y a una vejez sin pensiones dignas o sin una sanidad universal de primer nivel. Hablamos del ciudadano común que no sabe qué va a ser de sus hijos, esos que van a crecer en un mundo con mayor incertidumbre para los europeos que el que sus padres conocieron.

Por estas razones, los asociados de la AFE deben estar allí donde se encuentre nuestra ciudadanía mayoritaria, y no solo la ciudadanía aparentemente más académica o más proclive de entrada a la Fraternidad Europea. Cultivar en terreno fértil es fácil para cualquiera y apenas tiene mérito. La AFE debe ser más maestra que directora, más pedagoga que diplomática. Alguien tiene que hacerlo, porque si no lo hacemos jamás lograremos avanzar hacia una verdadera Unión sólidamente asentada entre el pueblo europeo, mientras asistimos abúlicos a nuestra decadencia, a nuestra degeneración, a nuestro debilitamiento y a nuestra senescencia.

Sin embargo, esta vocación por acercarnos a la ciudadanía común es compatible con la búsqueda de la excelencia en cuanto al compromiso de nuestros cuadros y asociados. Al igual que los magistrados federales deben acreditar ciertas aptitudes y actitudes, para que luego sean seleccionados por la fortuna, ya que nadie es indispensable ni perfecto, también los cuadros de la AFE deben seleccionarse mediante un sistema análogo, para erradicar el cesarismo y huir de la incompetencia. El *cursus honorum* de los federalistas debe ser un antídoto preventivo contra los parásitos de la *res publica*, esos que tienen como guías preferentes la vanidad y la codicia, y como aliados a los ineptos, los pusilánimes y los logrerros, tan abundantes como la escoria.

Será una carrera dura, tal vez como la del mensajero Filípides en la batalla de Maratón, batalla que tuvieron que librar los atenienses contra el invasor rey persa, Darío, y donde se batió la democracia contra la autocracia.

Los europeístas honrados son europeos comunes, con sus profesiones, con sus familias, con sus virtudes y sus carencias. No son seres superiores, categoría que por cierto únicamente existe en el patológico *ego* de algunos nefastos europeos. Son ciudadanos sensatos, que saben que la decadencia conduce a un final miserable. Por eso se animan a dar un paso al frente, como cualquier ciudadano-hoplita de la antigua Grecia, tanto para pisar barro como para caminar si fuese indispensable sobre costosas

alfombras, para levantar la voz de la europeidad allí donde fuese necesario por el bien común de nuestra común Fraternidad.

Europa precisa urgentemente un diario refrendo popular. Sin atender esta necesidad, todo lo construido por el europeísmo desde el final de la Segunda Guerra Mundial amenaza ruina previa inoperancia, precisamente por falta de atención al sustrato ciudadano, y con su desmoronamiento también corre el riesgo de perecer la esperanza que un día los padres fundadores insuflaron en el exhausto y herido cuerpo de Europa.

Los referéndums –*referenda*– perdidos en el proceso de construcción europea, como el del Brexit entre el pueblo británico, o el de la abortada Constitución europea entre los ciudadanos franceses y los neerlandeses, son advertencias muy serias que no deben ser escondidas bajo las moquetas de los palacios y sedes oficiales. Pero también hay advertencias menos sonoras, aunque tal vez más escandalosas, como la inexistencia de partidos verdaderamente federales y federalistas, tanto en el Parlamento europeo como en los parlamentos estatales, e incluso en los grandes municipios europeos, y ello a pesar de que se vienen realizando convocatorias electorales de escala europea desde 1979. Bastaría con una pequeña representación federalista en esos ámbitos por cada una de las grandes corrientes ideológicas predominantes, para desencadenar un efecto catalizador entre la opinión pública y en la miserable política partidista que la condiciona.

Formemos nuestro criterio y formemos nuestras estructuras para evitar que Europa sea la potencia impotente, la potencia que no puede defender ni promover en el mundo lo que nos interesa como ciudadanos europeos: nuestras libertades y nuestras conquistas sociales, aún lejos del alcance de la mayoría de la humanidad, que también tiene derecho a que esta luz de la razón ilustrada ilumine sus vidas.

VIII. Un escenario de no-Europa: La des-Unión como hipótesis

¿Puede dejar de existir la Unión tal como la conocemos? Por supuesto que sí. Es perfectamente posible y hasta diría que es probable, con un nivel de probabilidad nada desdeñable, mientras no fijemos un rumbo acorde con los vientos que soplan desde el nuevo centro neurálgico del planeta, radicado ya en el Pacífico y no en el Atlántico.

Muchos de nuestros ciudadanos pueden plantearse con total legitimidad y derecho preguntas como esta: si Noruega ha podido y puede subsistir a la perfección sin formar parte de la UE, ¿por qué no nosotros? Es más, en 1972, el establishment político noruego votó en su Parlamento por holgada mayoría a favor de su adhesión a la

Comunidad Económica Europea (CEE). A los pocos meses, la decisión fue sometida a referéndum y, entonces, el 53'5 % de los votantes noruegos rechazaron esa opción. En 1994 se volvió a intentar la adhesión, pero el 52'2 % de los votantes nuevamente la volvieron a rechazar.

Y si Noruega puede vivir al margen de la Unión, con solo unos cinco millones de habitantes, como antes pudo vivir sin Suecia tras su plena independencia en 1905 y antes incluso sin Dinamarca, ¿por qué no van a poder vivir por su exclusiva cuenta otros reducidos Estados europeos? Incluso Malta y su escaso medio millón de habitantes puede vivir sin la Unión, como así lo hizo hasta 2004.

De este modo, la Unión no es indispensable para sobrevivir en el mundo. La cuestión es cómo sobrevivir. Ya he explicado que los pequeños Estados se benefician en cierta manera de la sombra o protección estratégica que les dispensan los mayores Estados europeos y, por tanto, también la propia Unión. Pero si ésta se disolviese, o si incluso alguno de sus grandes Estados se fraccionase, regresando en hipótesis a un mapa político de reinos, principados, ducados o condados medievales, ¿qué sería de los europeos?

La revolución de las comunicaciones y la eficiencia productiva han situado al mundo y a Europa en otra dimensión geopolítica y geoestratégica. Europa tiene hoy menos peso en el mundo que el que incluso tenía en 1945. La creación de los Estados de bienestar tras la Segunda Guerra Mundial también ha generado nuevas demandas entre los ciudadanos, entre todos los ciudadanos europeos, sea cual fuere su ente territorial de adscripción, con perpetuas cargas fiscales antes desconocidas. Las obligaciones financieras de cualquier Estado europeo son muy distintas en la actualidad que antes de mediados del siglo XX. Durante el siglo XXI y durante los siglos que le sucederán, ya no basta con que una oligarquía señorial con su supuesto *primus inter pares* controle un ínfimo territorio y subyugue a unos centenares de miles o a algunos millones de trabajadores explotados para sostener un rudimentario ejército mercenario, que garantice la seguridad de los oligarcas y guerree de vez en cuando por mover los lindes de su territorio a costa de los colindantes. Antes apenas había ancianos, dada la escasa esperanza de vida existente; ahora van camino de ser mayoría entre nosotros y precisan de constantes y crecientes apoyos públicos para subsistir debidamente asistidos. Ese es ahora nuestro motor y nuestra razón para continuar siendo una potencia económica pero al mismo tiempo política, generadora de una equidad social sin parangón.

Durante esa Edad Media, añorada por algunos defensores de particularismos esencialistas, nada se sabía recíprocamente de la India, del Imperio Chino, de Japón, ni de los aún inexistentes Estados Unidos de América. Hubo casi que aguardar al primer sitio de Viena por Solimán el Magnífico (1520) para que los príncipes europeos constatasen de primera mano que había otros poderes mayores fuera de su ridículo tablero, de sus míseras fricciones y de sus cuasi incestuosas alianzas conyugales. Hoy ya no basta con movilizar un puñado de lansquenets germanos y de arcabuceros hispanos para resistir los nuevos desafíos. Hoy, si cayesen los grandes Estados europeos

en los ámbitos científico, técnico, económico, defensivo, ... los días de presunta soberanía e independencia de los pequeños Estados llegarían a su estertor: quedarían reducidos a nada. Serían meros protectorados de poderes extra-europeos, singularmente en cuanto a su total dependencia de insumos y productos estratégicos, salvo que valoren como opción plausible el regreso a una bucólica vida rural, siempre con el beneplácito de las nuevas potencias. Potencias con valores radicalmente distintos a los europeos.

¿Qué impide a una gran potencia foránea y con peores indicadores de calidad de vida para sus habitantes, hacerse con el control de Estados como Noruega o Malta? Tan solo el temor a las medidas de retorsión o defensa de quienes poseen cierta capacidad y medios para hacerle frente, sobre todo si actúan unidos. Y para tomar el control de un pequeño Estado ya no es imprescindible ocuparlo militarmente: basta con tomar el control de ciertas palancas mercantiles, societarias, financieras o informativas, empleando el equivalente a los recursos que genera cualquier ciudad o región media de esa nueva potencia. De modo que no involucrarse en la integración europea claro que es una opción a muy corto plazo para cualquier Estado europeo, incluso para el más minúsculo, pero a su vez implica un riesgo descomunal a medio y largo plazo si hubiera más que se sumasen a esa sagaz y ventajista senda de egoísmo, considerando la divergente progresión entre el conjunto de Europa –si no reacciona- y la velocidad de expansión de las nuevas potencias, que crecen a ritmos notablemente superiores en todos los órdenes relevantes de la vida internacional.

Claro que la Unión puede desaparecer. Es una hipótesis verosímil. Podría desaparecer primero la Unión Monetaria y su divisa, el euro. No pocos alemanes así lo desean, como acreditan los instigadores de la demanda que desencadenó la Sentencia del Tribunal Constitucional germano de 5 de mayo de 2020. Ahora bien, ¿qué impediría a Italia, Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia, incluso a Portugal o a España, o a algún pequeño nuevo Estado que surgiese de entre alguno de estos Estados, firmar acuerdos preferenciales de carácter económico o defensivo con la República Popular China o con otra potencia emergente? ¿Qué haría entonces una pequeña y envejecida nación de aún no cien millones de habitantes contra semejante alianza? A la postre, y en un breve lapso temporal, todos los europeos saldrían perdiendo, también los que creen ganar gran cosa con una contabilidad cortoplacista y ambientada en una idea hegemónica de Europa en el planeta que ya no existe, y que con toda probabilidad no volverán a ver ni nuestros nietos.

En las naciones seniles e infecundas que constituimos, ¿cuánto duraría por separado la corta ganancia de la separación?

Desde luego que unas lo pasarían bastante peor que otras y bastante antes. Pienso en España, Portugal o Grecia, con porcentajes menguantes de infancia y juventud y con crecientes porcentajes de ancianos y dependientes, además de con unas estructuras económicas endeblas, sin apenas industria propia de primer nivel mundial. Pero también pienso en Francia, con su frontera sur desestabilizada y con crecientes llegadas de migrantes, pésimamente integrados en territorio europeo a causa de la

incremental carencia de medios y de una inexistente estrategia conjunta europea. Pienso en Alemania, que ya tendría que mantener entonces a más de treinta millones de jubilados, sin mercados en los que colocar productos de industrias ya excesivamente maduras y que, por encima, debería afrontar una desigual competencia -que no existía antes- procedente de toda Asia y de la cuenca del Pacífico, que la aventajan en poderío económico, demográfico y tecnológico de un modo avasallador.

Europa es un juego cooperativo en el que todos los europeos salimos ganando si nos mantenemos unidos, si preservamos nuestra cohesión interna. Unos obtienen algo más durante un tiempo, otros algo menos durante otro período, pero todos mejoran y siempre prosperan a largo plazo, en especial considerando la alternativa de la no-Europa, con su desestructuración, su caos y sus riesgos asociados.

Quienes postulan la des-europeización de Europa son como esos vecinos soberbios que se ufanan de poseer el mejor automóvil en una reducida y lastimosa urbanización aislada, y que no quieren mirar más allá del perímetro de su vecindario. Somos víctimas de nuestra patética historia, de nuestros sistemas educativos nacionalistas al servicio de unas oligarquías y burocracias herederas de sagas familiares, que consideraban a nuestros ancestros como de su propiedad. Somos víctimas de un eurocentrismo cebado por historiadores-funcionarios, que ignoran deliberadamente la historia de otras civilizaciones, que ahora surgen o resurgen con una potencia inusitada.

Sí, claro que se puede vivir al margen de Europa, de su espíritu fraternal y de su progreso permanente al servicio de los valores humanos y humanísticos. De nosotros, de nuestros hijos y de nuestros nietos depende si queremos ser aparentemente independientes, con banda militar de honor y fanfarrias diversas, o verdaderamente prósperos, solidarios y auténticamente independientes en un mundo donde, incluso unidos, corremos el severo riesgo de perder relevancia y potencial a borbotones.

Debemos a Paolo Cecchini, y a la inspiración de otro gigante intelectual como Jacques Delors, el plantearnos realizar un enfoque alternativo. La Europa actual es digna de muchas críticas, aunque no Europa como integridad, sino la Europa articulada como conferencia diplomática permanente por sus Estados –por sus burocracias diplomáticas estatales, reunidas en el Consejo que gobierna realmente la UE o en otras formaciones *ad hoc*-. Sí, la Europa actual funciona mal si la evaluamos por sus resultados comparados frente a otros grandes actores internacionales. Pero la no-Europa, la Europa hipotéticamente resucitada, la de antes del Congreso de La Haya de 1948, la de antes de la Declaración Schuman de 9 de mayo de 1950 y la de antes del Tratado de París de 18 de abril de 1951, que alumbró la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), sería una Europa considerablemente peor y menos fecunda.

A los europeos que hostigan a la Unión hay que pedirles que nos dibujen su plan para la no-Europa y sus previsiones socio-económicas, sus escenarios geo-estratégicos, sus políticas comerciales, industriales y de defensa. Solo así podrán comprender lo poco que somos por separado, lo ridículos que resultamos desde Pekín y desde cualquier capital de los otros siete Estados que mirarán a Berlín alejándose por el retrovisor en

apenas tres décadas. Tan ridículos como lo somos hoy desde Moscú, cuando se trata de diseñar el escenario geo-político más inmediato, sea en el Mediterráneo, sea en el Mar Negro, el Egeo o el Caspio, por no hablar del Sahel, ya pisando tierra firme a las puertas de nuestra frontera meridional. ¿Piensan los ciudadanos de Dresde, Marsella o Budapest que una nueva e inútil Línea Maginot, una simple valla en sus urbanizaciones, les defenderá y preservará en sus plácidos domingos al sol del verano y con la pensión indemne en la cartilla bancaria? Dicen que los milagros existen, sin embargo pocos son tan afortunados como para gozar de un Lázaro en su familia o de un Bartimeo ciego, que recobre la vista, entre sus amistades.

En consecuencia, para decidir qué nos conviene como ciudadanos libres y titulares de unos derechos sociales desconocidos en el resto del mundo, debemos considerar tres modelos de organización política de Europa, pensando en los años y décadas venideras:

Unión Europea actual	<i>Des-Unión Europea: No-Europa</i>	Unión Federal: Fraternidad Europea
-------------------------	---	---------------------------------------

Para el resto de habitantes del planeta somos anecdóticos y contingentes, no indispensables. Pronto seremos preponderantemente unos señores y señoras canosos, arrugados y aquejados de patologías seniles. Seremos, insisto, menos del 5% del censo de nuestro planeta azul. En un hipotético Parlamento mundial casi ni tendríamos representación parlamentaria. Nuestra protección a los ancianos, a los ciudadanos con diversidad funcional, a los huérfanos y a enfermos congénitos o de por vida sería una excentricidad de esos patéticos habitantes de aquella península que se ve como apéndice de Asia. Y tendrían razón nuestros observadores foráneos, porque en el mundo la razón política siempre está del lado de quien detenta el poder sólido, el poder de la economía y las finanzas, el poder tecnológico y el poder militar. De ahí que para mantener nuestro *modus vivendi* y para ser capaces de introducir en la agenda internacional otro sistema de valores, únicamente la Unión Federal tendrá cierta probabilidad de conseguirlo.

IX. ¿Soy verdaderamente europeo?

Para ser verdaderamente europeo no basta con ser titular de un pasaporte o de un documento nacional de identidad expedido por alguno o por varios de los Estados de la Unión, en el supuesto de ciudadanos con doble o incluso triple nacionalidad.

No pocos europeos abjurán de Europa. Y no solo de sus estructuras políticas o de sus autoridades públicas. Abjurán de Europa como concepto y destino. Es muy

respetable y hasta enriquecedor. Como aquella idea que se atribuye a Voltaire, también nosotros los federalistas, aunque estemos en desacuerdo con lo que sostienen los antieuropeos, sin embargo estaríamos dispuestos a defender su derecho a abjurar de la Unión.

No se es europeo por un genotipo o un fenotipo determinados, aunque quienes descienden de europeos sean incuestionablemente europeos por vía de su herencia cultural. Entonces, ¿quién puede ser además verdaderamente europeo? Para orientarnos en la introspección que debemos realizar cada uno de nosotros, debiéramos mirarnos al espejo en soledad y evaluarnos con honradez, planteándonos cuestiones como estas –y mis disculpas de antemano por la extensión del interrogatorio, que luego resumiré–:

- ¿Creo que todas las personas nacen y permanecen libres e iguales en derechos?
- ¿Creo que los primeros derechos basales de toda persona son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión?
- ¿Creo que la libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a los demás?
- ¿Creo que está permitido todo lo no expresamente prohibido por la ley, en aras al bien común?
- ¿Creo que todo ciudadano puede participar en el gobierno de los asuntos públicos y a tal fin ser elector y elegible?
- ¿Creo en la nítida división e independencia entre el poder legislativo, el poder judicial y el poder ejecutivo?
- ¿Creo en la presunción de inocencia, en la tipificación legal de las penas y de las sanciones y en su irretroactividad?
- ¿Creo en la libertad de ideas, pensamiento, creación, religión, opinión y palabra?
- ¿Creo que los gastos comunes de la sociedad deben ser sufragados entre todos, según la capacidad económica de cada ciudadano?
- ¿Creo que la comunidad debe velar y satisfacer las necesidades vitales de aquellos ciudadanos que no pueden hacerlo por sí mismos mediante su propio trabajo?

- ¿Creo en el derecho a una educación sufragada entre todos los ciudadanos, en el derecho a pensiones dignas para las personas con diversidad funcional, enfermos, ancianos, huérfanos y restantes ciudadanos con hándicaps, y en el derecho a la mejor sanidad disponible según el estado de la ciencia para cualquier ciudadano que precise de asistencia médica?
- ¿Creo que la pena de muerte y la tortura son incompatibles con la europeidad?
- ¿Creo en el derecho a la intimidad personal y familiar?
- ¿Creo en la libertad de reunión y asociación?
- ¿Creo que la dignidad humana es inviolable, y que debe ser respetada y protegida?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a su integridad física y psíquica?
- ¿Creo en la prohibición de las prácticas eugenésicas, y en particular las que tienen como finalidad la selección de las personas?
- ¿Creo en la prohibición de que el cuerpo humano o partes del mismo en cuanto tales se conviertan en objeto de lucro?
- ¿Creo en la prohibición de la clonación reproductora de seres humanos?
- ¿Creo que nadie debe ser sometido a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes?
- ¿Creo que nadie debe ser sometido a esclavitud o servidumbre, ni constreñido a realizar un trabajo forzado u obligatorio?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho al respeto de su vida privada y familiar, de su domicilio y de sus comunicaciones, incluido el derecho a la protección de los datos de carácter personal que le conciernan, así como el derecho a acceder a los datos recogidos sobre ella y a obtener su rectificación?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a contraer matrimonio y a fundar una familia con quien quiera?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, incluyendo la libertad de cambiar de religión o de convicciones, así como la libertad de manifestar su religión o sus

convicciones individual o colectivamente, en público o en privado, a través del culto, la enseñanza, las prácticas y la observancia de los ritos, y así creo en el derecho a la objeción de conciencia?

- ¿Creo que toda persona tiene derecho a la libertad de expresión, y que incluye la libertad de opinión y la libertad de recibir o comunicar informaciones o ideas, sin que pueda haber injerencia de autoridades públicas y sin consideración de fronteras?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a la libertad de reunión pacífica y a la libertad de asociación en todos los niveles, especialmente en los ámbitos político, sindical y cívico, lo que supone el derecho de toda persona a fundar sindicatos con otras personas y a afiliarse a estos sindicatos para la defensa de sus intereses?
- ¿Creo en la libertad de expresión artística y de investigación científica?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a la educación y al acceso a la formación profesional y permanente, incluyendo el derecho a recibir gratuitamente la enseñanza obligatoria?
- ¿Creo en la libertad de creación de centros docentes dentro del respeto de los principios democráticos, así como en el derecho de los padres a garantizar la educación y la enseñanza de sus hijos conforme a sus convicciones religiosas, filosóficas y pedagógicas?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a trabajar y a ejercer una profesión libremente elegida o aceptada?
- ¿Creo que todo ciudadano de la Unión tiene libertad para buscar un empleo, trabajar, establecerse o prestar servicios en cualquier Estado de la Unión?
- ¿Creo que los nacionales de terceros Estados que estén autorizados a trabajar en el territorio de los Estados miembros tienen a su vez derecho a unas condiciones laborales equivalentes a aquellas de que disfrutaban los ciudadanos de la Unión?
- ¿Creo en la libertad de empresa de conformidad con el Derecho de la Unión?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a disfrutar de la propiedad intelectual y de los bienes que haya adquirido legalmente, a usarlos, a disponer de ellos y a legarlos, y a no ser privado de su propiedad más que por causa de utilidad pública, en los casos y condiciones previstos en la ley y a cambio, en un tiempo razonable, de una justa indemnización por su pérdida, aunque el uso

de los bienes podrá regularse por ley en la medida en que resulte necesario para el interés general?

- ¿Creo en la protección del derecho de asilo según los Derechos Humanos y el Derecho Internacional, en la improcedencia de las expulsiones colectivas de personas asiladas, y en que nadie pueda ser devuelto, expulsado o extraditado a un Estado en el que corra un grave riesgo de ser sometido a la pena de muerte, a tortura o a otras penas o tratos inhumanos o degradantes?
- ¿Creo en que todas las personas son iguales ante la ley y que, por tanto, ha de prohibirse toda discriminación, y en particular la ejercida por razón de nacionalidad, sexo, raza, color, orígenes étnicos o sociales, características genéticas, lengua, religión o convicciones, opiniones políticas o de cualquier otro tipo, pertenencia a una minoría nacional, patrimonio, nacimiento, discapacidad, edad u orientación sexual?
- ¿Creo que la diversidad cultural, religiosa y lingüística en la Unión es un valor constitucional y vital de la misma?
- ¿Creo que la igualdad entre mujeres y hombres deberá garantizarse en todos los ámbitos, inclusive en materia de empleo, trabajo y retribución, y que el principio de igualdad no impide el mantenimiento o la adopción de medidas que supongan ventajas compensatorias concretas en favor del sexo menos representado?
- ¿Creo que los niños tienen derecho a su protección y a los cuidados necesarios para su bienestar, así como derecho a expresar su opinión libremente, que será tenida en cuenta para los asuntos que les afecten, en función de su edad y madurez, y que el interés superior del niño constituirá una consideración primordial, además del derecho a mantener de forma periódica relaciones personales y contactos directos con su padre y con su madre, salvo si fuese contrario a sus intereses?
- ¿Creo en el derecho de las personas con diversidad funcional a beneficiarse de medidas que garanticen su autonomía, su integración social y profesional y su participación en la vida de la comunidad?
- ¿Creo en los derechos de los trabajadores y de sus representantes a ser consultados e informados en los asuntos que le conciernan, y en su derecho a negociar y celebrar convenios colectivos, y a emprender, en caso de conflicto de intereses, acciones colectivas para la defensa de sus intereses, incluida la huelga, así como en el derecho de toda persona a acceder a un servicio gratuito de colocación, a la protección en caso de despido injustificado, a trabajar en condiciones que respeten su salud, seguridad y

dignidad, y en el deber de erradicar el trabajo infantil, antes de que concluya el período de escolaridad obligatoria, y en el derecho a que los jóvenes admitidos a trabajar dispongan de condiciones de trabajo adaptadas a su edad, estando protegidos contra la explotación económica o contra cualquier trabajo que pueda ser perjudicial para su seguridad, su salud, su desarrollo físico, psíquico, moral o social, o que pueda poner en peligro su educación?

- ¿Creo en la protección de la familia en los planos jurídico, económico y social, con el derecho a poder conciliar vida familiar y vida profesional, por el cual toda persona tiene derecho a ser protegida contra cualquier despido por una causa relacionada con la maternidad, así como el derecho a un permiso pagado por maternidad y a un permiso parental con motivo del nacimiento o de la adopción de un niño?
- ¿Creo en el derecho de acceso a las prestaciones de Seguridad Social y a los servicios sociales que garantizan protección en casos como la maternidad, la enfermedad, los accidentes laborales, la dependencia o la vejez, así como en caso de pérdida de empleo, junto con el derecho adicional a residir y desplazarse legalmente dentro de la Unión, y en que con el fin de combatir la exclusión social y la pobreza se reconozca el derecho a una ayuda social y a una ayuda de vivienda, para garantizar una existencia digna a todos aquellos que no dispongan de recursos suficientes?
- ¿Creo que toda persona tiene derecho a acceder a la prevención sanitaria y a beneficiarse de la atención sanitaria con un nivel elevado de protección de la salud humana?
- ¿Creo en el derecho a acceder a los servicios de interés económico general con el fin de promover la cohesión social y territorial de la Unión?
- ¿Creo en el derecho a disponer de un nivel elevado de protección del medio ambiente y de mejora de su calidad, así como a un nivel elevado de protección de los consumidores?
- ¿Creo en el derecho de todo ciudadano de la Unión a ejercer el sufragio activo y pasivo en las elecciones al Parlamento Europeo en el Estado miembro en que resida, en las mismas condiciones que los nacionales de dicho Estado, así como en las elecciones municipales del Estado miembro en que resida, *y a ampliar estos mismos derechos a todos los procesos electorales y consultivos que se celebren en su Estado de residencia?*
- ¿Creo en el derecho de los ciudadanos a gozar de una buena Administración, que incluya el tratamiento de sus asuntos imparcial y equitativamente dentro de un plazo razonable; en el derecho a ser oído antes de que se tome en

contra suya una medida individual que le afecte desfavorablemente; en el derecho a acceder al expediente que le concierna, dentro del respeto de los intereses legítimos de la confidencialidad y del secreto profesional y comercial; en el derecho a que la Administración motive sus decisiones; en el derecho a una reparación por los daños causados por las instituciones o sus agentes en el ejercicio de sus funciones; en el derecho a dirigirse a las instituciones de la Unión en una de las lenguas oficiales y a recibir una contestación en esa misma lengua; en el derecho a acceder a los documentos de las instituciones, órganos y organismos de la Unión, cualquiera que sea su soporte; en el derecho a someter al Defensor del Pueblo Europeo los casos de mala administración en la actuación de las instituciones, órganos u organismos de la Unión y creo igualmente en el derecho de petición ante el Parlamento Europeo?

- ¿Creo en el derecho de todo ciudadano de la Unión a circular y residir libremente en el territorio de los Estados miembros, extendiéndolo a los nacionales de terceros países que residan legalmente en el territorio de un Estado miembro?
- ¿Creo en el derecho de todo ciudadano de la Unión a acogerse, en el territorio de un tercer Estado en el que no esté representado el Estado miembro del que sea nacional, a la protección de las autoridades diplomáticas y consulares de cualquier Estado miembro, en las mismas condiciones que los nacionales de este Estado?
- ¿Creo en el derecho de toda persona a la tutela judicial efectiva, a que su causa sea oída equitativa y públicamente, y dentro de un plazo razonable por un juez independiente e imparcial, establecido previamente por la ley, y a ser aconsejado, defendido y representado por un profesional del Derecho, así como en el derecho a la asistencia jurídica gratuita a quienes no dispongan de recursos suficientes, siempre y cuando dicha asistencia sea necesaria para garantizar la efectividad del acceso a la justicia?
- ¿Creo en la presunción de inocencia mientras la culpabilidad del acusado no haya sido declarada legalmente y en el respeto de los derechos de la defensa, así como que nadie podrá ser condenado por una acción o una omisión que, en el momento en que haya sido cometida, no constituya una infracción según el Derecho interno o el Derecho Internacional, no pudiendo imponerse una pena más grave que la aplicable en el momento en que la infracción haya sido cometida, mientras que si con posterioridad a esta infracción la ley dispone una pena más leve, deberá aplicarse ésta, lo cual no impedirá el juicio y el castigo de una persona culpable de una acción o una omisión que, en el momento en que haya sido cometida, fuera constitutiva de delito según los principios generales reconocidos por el conjunto de las naciones, y

siempre que la intensidad de las penas no deberá ser desproporcionada en relación con la infracción, sin que nadie pueda ser juzgado o condenado penalmente por una infracción respecto de la cual ya haya sido absuelto o condenado en la Unión mediante sentencia penal firme conforme a la ley?

- *Y, finalmente, ¿creo que vale la pena luchar y combatir en defensa de estos derechos?*

Resulta obvio que este prolijo elenco de derechos fundamentales de los europeos engarza la fundacional *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789, con el *Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales*, fruto de los horrores que dejamos atrás en 1945, y con la *Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea*. La herencia europea de la que estamos orgullosos y que debemos acrecentar generación tras generación es esta. No la oprobiosa herencia de las leyes de Núremberg *-Nürnberger Gesetze-*, ni la de las normas eugenésicas que mancillan y avergüenzan a diversos Estados europeos, incluso a algunos que se decían democráticos, ni la herencia de las vacuas y mendaces constituciones del socialismo real, que eliminaron las libertades individuales. A estas y a otras infames herencias debemos renunciar por siempre, pero jamás debemos decretar la amnesia sobre ellas, precisamente para permanecer alerta en defensa de lo que nos ennoblece y distingue como ciudadanos europeos, portadores de europeidad.

Claro que debiéramos simplificar este cuestionario individual, porque no somos estudiantes que se han de examinar en una Facultad de Derecho, de Historia o de Ciencias Políticas. Es más, incluso los federalistas debiéramos ir allende, decantando derechos cívicos más tangibles y adaptados al marco jurídico-político que necesitamos para blindar los derechos de todos, ante la incertidumbre internacional en la que se halla Europa, primordialmente desde la perspectiva económica. Donde no hay suficientes recursos económicos, la sustanciación de estos o de cualesquiera otros derechos será pura ensoñación y retórica leguleya. Con todo, el listado precedente de derechos se puede resumir en el *derecho europeo al progreso*, a perseverar en la mejora paulatina y constante de los derechos individuales y subjetivos de cada ciudadano. Un derecho europeo al progreso que debe converger en algún momento con el *'pursuit of Happiness'*, el derecho a buscar la Felicidad, proclamado por los rebeldes norteamericanos en su Declaración de Independencia, aunque engendrado por nuestro modélico John Locke.

Con todo, cualquier tarde plomiza en la que nos encontremos solos en nuestro hogar, toda persona que pueda responder afirmativamente al anterior listado de preguntas, debe saber que es apta para reclamar su europeidad, resida donde resida en el mundo, sea cual fuere su color o creencias. Ser europeo de corazón debe ser también el primer paso para acceder a la ciudadanía federal sin necesidad de una previa *estatalidad* concreta, ya que los europeos por derecho de suelo o por derecho de sangre –por *ius soli*

o por *ius sanguinis*-, no son mejores ni mucho menos son suficientes para construir la *res-publica* europea que precisamos por nuestro bien y el de la humanidad.

X. Epílogo

Del fratricidio a la fraternidad

El fratricidio es el primer homicidio –por no decir *asesinato*- narrado en la Biblia. Su fuerza trágica es endiablada.

Caín fue el primogénito de Adán y Eva. Después de Caín nació su hermano Abel. Caín fue labrador, mientras que Abel se hizo pastor de ovejas.

Un día, Caín, el primogénito de Adán y Eva, le presentó a Yavé una ofrenda de frutos de la tierra. Después, Abel le presentó otra ofrenda a Yavé, que consistía en el sacrificio del primogénito de sus rebaños.

Yavé se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda.

¿Por qué ignoró Yavé a Caín, siendo como fue éste el primero en presentarle una ofrenda de entre todo aquello que poseía? ¿Fue un desprecio involuntario? ¿Fue una ofensa intencionada? Nadie lo sabe. La historia del Génesis es caprichosa. Poco importa que después Yavé compensase de algún modo al fratricida Caín, protegiéndolo de otros ignotos fratricidas –puesto que, por congruencia, nadie podía haber en el mundo que no fuese también hijo de Adán y Eva, o de hijos incestuosos de los primeros descendientes de aquéllos-. Para proteger a Caín, Yavé le puso una marca a modo de aviso a terceros desconocidos, indicando que el Creador se vengaría siete veces de quien osase matar a Caín. Después, Caín se fue a vivir solo al este del Edén, instalándose en Nod, donde conoció a una mujer anónima, con quien concibió a Henoc.

Todo es muy confuso. Sin embargo, el Apóstol Juan reinterpreta ese episodio fundacional de nuestra civilización en una de sus cartas y dice:

“No seamos como Caín, que procedía del Maligno y asesinó a su hermano. ¿Y por qué lo asesinó? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran justas. No os sorprenda, hermanos, que el mundo os odie; nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que odia a su hermano es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva permanentemente en sí vida eterna. En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. Pero si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras.”

La fraternidad sería la antítesis del fratricidio originario. Pero, ¿no hubo *obras malas* antes de la de Caín? ¿Por qué lo despreció Yavé, siendo el primogénito y el primero en presentarle una ofrenda de entre cuanto poseía? Sin embargo, de ese trágico episodio nacería por contraposición un mandato ético de fraternidad: atender la necesidad del hermano, del que se es radicalmente igual ante los progenitores comunes, aunque no lo sea ante Yavé, ante el severo Señor, que ya no es progenitor directo de Caín ni de Abel.

Este excursus no es una digresión gratuita en lo que atañe a Europa. Durante la mayor parte de nuestra historia escrita hemos sido fraticidas antes que fraternos. Tampoco sabemos el motivo de esta perversión homicida, pero intuimos que nuestros ancestros mataban a sus hermanos primordialmente por orden de sus señores. Señores y amos que envidiaban lo que poseían otros señores y amos próximos, y que por su exclusiva codicia o vanidad reclutaban a quienes eran sus siervos, como si fuesen reses, para lanzarlos contra los siervos de los restantes señores y amos. Lanzaban así a hermanos de género –de *genus*, -*ëris*, o conjunto de seres que tienen uno o varios caracteres comunes- contra más hermanos de género. Tuvieron que transcurrir muchos siglos para que, al menos políticamente, alguien en Europa alumbrase el concepto de “*fraternidad*”, una fraternidad ya radicalmente incompatible con el fratricidio.

En esta cadena de caprichosas desgracias, nacidas tras el primer asesinato simbólico que relata el Libro que fue soporte de nuestra civilización, llegamos a otros hitos, como el asesinato en París de Jean Jaurès, tres días después de estallar la Primera Guerra Mundial. Su asesino, Raoul Villain, era un nacionalista galo perteneciente a la “*Ligue des jeunes amis de l'Alsace-Lorraine*”, la Alsacia-Lorena que el anti-clerical y colonialista Jules Ferry, artífice por antonomasia de la enseñanza republicana francesa, hizo pintar de negro en el mapa de Francia con el que se instruía a todos los niños de la República, y posiblemente también al asesino Raoul Villain.

Por cruel paradoja de la historia, Jaurès comenzó su carrera política con los partidarios de Jules Ferry, artífice de “*La tache noire*” -*La mancha negra*- en los mapas oficiales de las escuelas republicanas francesas. El mismo Jules Ferry que a la vez justificaba en 1885, en la Asamblea Nacional, la carrera colonial republicana aduciendo el deber de las razas superiores a “*civilizar*” a las razas inferiores, y cuya Ley de

Educación de 1882 estableció ejercicios militares para niños, y costura para las niñas. Basta confrontar el homónimo cuadro de Albert Bettannier, “*La tache noire*”, con la escena del profesor belicista adoctrinando a sus pupilos en “*Sin novedad en el frente*”, de Remarque, para comprender que el espíritu cainita atacaba desde muy atrás a la fraternidad que condujo a Jaurès a su martirio y, con él, a Europa a su auto-genocidio. Ese cuadro de Bettannier lo condensa todo, con el mapa de Francia que representa a Alsacia-Lorena pintada en negro, con el niño de unos doce años de edad vestido con uniforme militar, asido en su hombro izquierdo por el maestro de levita negra, que le muestra con su batuta la ominosa mancha negra del mapa, hacia donde mira atentísimo otro modélico estudiante de primera fila, que porta sobre una chaqueta blanca la roja insignia al valor de su padre, caído por Francia, reconocido por la República con la cruz al mérito, mientras al fondo se ve un tambor militar tras el escritorio del maestro y ante el ventanal un armero con sus fusiles alineados, prestos a ser usados.

Para cerrar el círculo cainita, a Raoul Villain, al asesinato de Jaurès, la Justicia republicana le eximió de culpabilidad en 1919 por medio de un jurado, aduciendo como “*Raison d'État*” -*Razón de Estado*- que si las ideas de Jaurès hubiesen tenido éxito, Francia no habría podido ganar la guerra, esa guerra. Villain se instaló posteriormente en Ibiza, donde al poco de iniciarse la Guerra Civil y fratricida española, un grupo de milicianos anarquistas lo asesinaría sin conocer su identidad ni su delirante *cursus honorum*.

De entre todas las guerras fratricidas gestadas por y entre los señores de las diversas tierras de Europa, diría que la de 1914-1918 fue la que nos hizo comenzar a ver la luz de la Fraternidad europea, tras el estéril sacrificio ritual de millones de nuestros jóvenes, que incluso caminaban felices y sonámbulos hacia el matadero, hacia su propia hecatombe, durante el plácido y cálido verano de 1914. Ver las películas en blanco y negro de los sonrientes muchachos londinenses, alistándose voluntarios en las ‘*recruiting office*’, y luego contemplar el apocalipsis que siguió a las primeras batallas de Mulhouse, Mons y el Marne, la masacre de Dinant, las trituradoras de carne de Charleroi, Fromelles, Lieja, Loos, Ypres, Verdún, Arrás, Passchendaele, Dernancourt, ... hasta llegar a los osarios de Douaumont, donde yacen los restos de más de cien mil hombres sin nombre, al memorial de Thiepval en recuerdo a los centenares de miles de caídos en el Somme, ... Ver esas películas solo puede provocar un dolor tan inmenso como el que debió sufrir Eva al saber del desprecio del Señor hacia uno de sus hijos, al saber del asesinato de Abel por su hermano Caín y del destierro para siempre de Caín hacia el este del Edén, donde aún debían permanecer la serpiente, el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida.

Hoy ambos árboles están mustios, a pesar de la riada de sangre con que fueron regados tan solo durante el siglo pasado en Europa. No precisamos remontarnos atrás, a otras guerras entre señores, para comprender que esos árboles perecieron anegados.

La primera vez que visité el *Imperial War Museum* en Londres, me impresionaron las cartas manuscritas de los objetores de conciencia, encarcelados a

causa de su resistencia pasiva al reclutamiento forzoso desde 1916. Sirvan por todos, por su valor para nadar contra corriente, como Jaurès, estas palabras de Francis Meynell:

<i>My father and my mother were against it. They thought it was a war to end war. That was the slogan put over and they accepted that. My father regretted my attitude. My mother did not really regret it, she thought I had the right to my own opinion and therefore she would support me in that opinion, though it was not hers, not her opinion. I think that when I visited them, as I did occasionally in their house in Sussex, I tried to avoid the subject. And indeed there was a time when I thought that my father would rather not be seeing me there.</i>	Mi padre y mi madre estaban en contra. Pensaban que era una guerra para poner fin a la guerra. Esa fue la consigna impuesta y la aceptaron. Mi padre lamentó mi actitud. Mi madre realmente no se arrepintió, pensó que tenía derecho a mi propia opinión y, por lo tanto, me apoyaría en esa opinión, aunque no era la suya, no era su opinión. Creo que cuando los visité, como hice ocasionalmente en su casa en Sussex, traté de evitar el tema. Y de hecho hubo un momento en que pensé que mi padre preferiría no verme allí.
---	---

En honor a Jaurès, a todos los Francis Meynell de todos los Estados europeos y a los masacrados por la insania nacionalista, nuestra llama eterna debe estar por siempre encendida, para que ningún ciudadano de Europa tenga que empuñar jamás un arma contra otro conciudadano europeo, alentado por el letal virus gestado desde los señoríos medievales y cebado por las naciones que les sucedieron a través de sus escuelas. Cultivemos el patriotismo, y que de él nazcan nuevos hijos de cada nación europea para edificar nuestra definitiva Fraternidad federal.

+ Apéndice luso-español:

La vanguardia en la Unión

El proceso de constitución de la Federación Europea será previsiblemente lento. La experiencia del referéndum constitucional francés de 2005 debe abrirnos los ojos. Siendo Francia uno de los Estados que mayores beneficios estratégicos podría obtener de la más estrecha unificación de Europa, vista la dolorosa experiencia que abarca desde 1870 hasta 1945, el pueblo francés rechazó esa moderada iniciativa. La rechazó del mismo modo que su Asamblea Nacional tumbó la creación de la Comunidad Europea de Defensa en 1954, a pesar del grandioso arrojó político de hombres de la talla de René Pleven, Jean Monnet y Robert Schuman, que respaldaron ese proyecto junto con los también providenciales Konrad Adenauer y Alcide de Gasperi. La fortuna quiso que de este quinteto, los tres últimos –Schuman, Adenauer y de Gasperi-, fuesen hombres piadosos y de frontera.

Los pueblos tienen derecho a equivocarse a través de sus circunstanciales electorados y ese resultado es inapelable. Son las reglas basales de la democracia parlamentaria. Tenemos derecho a errar individualmente y a errar colectivamente, porque es la mejor vacuna contra la tiranía. Por tanto, la constitución de la Federación Europea mediante un inequívoco y masivo acto único de génesis fundacional sería un sueño, pero como tal posible, aunque improbable. El nacionalismo romántico coaligado con los poderosos grupos de interés que obtienen sus rentas de los aparatos estatales, son fuerzas totémicas dentro de Europa, aunque cada vez más débiles e insignificantes a nivel mundial.

Por ese motivo, aunque los federalistas debemos convertirnos en un catalizador de la Fraternidad europea mediante la pedagogía y el ejemplo personal, también hemos de propiciar vías alternativas o complementarias que aceleren legalmente el proceso.

Una de esas vías es la que facilita la previa federación entre Estados europeos que pueden ser especialmente afines o complementarios, como podría ser el caso de Irlanda con Gran Bretaña –si ésta, mediante el Reino Unido, optase por volver al proyecto europeo-, o de manera muy singular la Federación de Portugal con España.

Una Federación luso-española tendría muchas más ventajas que desventajas para sus integrantes, obteniendo muy pronto un resultado netamente positivo para la inmensa mayoría de la nueva ciudadanía común.

De entrada, esta Federación Ibérica o *Hispania Nova* –según la común matriz romana de esta realidad- sumaría poco menos de 60 millones de habitantes –alrededor de 57,5 millones-, que casi equivaldría a la población italiana -60,5 millones-, y estaría a solo 10 millones de la población francesa -67 millones-. De este modo se contribuiría a

reequilibrar la Unión, puesto que esos casi 185 millones de europeos del triángulo sudoccidental representan por sí solos cerca del 40% del censo de la Unión (UE'27).

A mayores, en el propio interés de Portugal y de España, conviene recordar que las proyecciones demográficas de ambos países indican que para mantener su pujanza económica deben integrarse más, tendiendo a compensar la acelerada senescencia de sus ciudadanos y, sobre todo, la pérdida de población absoluta, pero fundamentalmente la constante erosión de población menor de 45 años, que es la potencialmente fecunda y la que más tira del consumo, la más emprendedora, y la que por tanto integra la gran fuerza movilizadora del producto interior bruto.

Para que no quepa duda, en solo diez años –entre 2009 y 2019- Portugal ya ha perdido el 10% de sus más de 10 millones de nacionales, fundamentalmente porque mueren más portugueses que los que nacen en su lugar. Según su Instituto Nacional de Estadística, en 2031 la República Portuguesa ya bajará de la frontera psicológica de los 10 millones de ciudadanos, y sus tendencias apuntan que para 2080 perderán la cuarta parte de esa población, quedándose en los 7'5 millones de ciudadanos. En 2080, Portugal tendrá unos 900.000 jóvenes frente a los 1'5 millones que aún mantiene en la actualidad, mientras que los mayores de 65 años se incrementarán de 2'1 a 2'8 millones. Su índice de vejez se duplicará, al pasar a 317 ancianos por cada 100 jóvenes, mientras que ahora es de 147 ancianos por cada 100 jóvenes. Pero lo peor es que la población activa pasará de los 6'7 millones actuales —a todas luces insuficientes para costear un sistema de Seguridad Social que necesariamente debe ser más generoso— a solo 3'8 millones. En consecuencia únicamente habrá 137 trabajadores portugueses por cada 100 lusitanos jubilados.

Crianças nadas en Portugal – Niños nacidos en Portugal (ine.pt)

1970: 180.690	1980: 158.309	1990: 116.321	2000: 120.008	2010: 101.381
1971: 181.243	1981: 152.071	1991: 116.299	2001: 112.774	2011: 96.856
1972: 174.685	1982: 151.002	1992: 114.924	2002: 114.383	2012: 89.841
1973: 172.324	1983: 144.296	1993: 113.960	2003: 112.515	2013: 82.787
1974: 171.979	1984: 142.783	1994: 109.227	2004: 109.298	2014: 82.367
1975: 179.648	1985: 130.450	1995: 107.097	2005: 109.399	2015: 85.500
1976: 186.712	1986: 126.715	1996: 110.261	2006: 105.449	2016: 87.126
1977: 181.064	1987: 123.179	1997: 112.933	2007: 102.492	2017: 86.154
1978: 167.467	1988: 122.093	1998: 113.384	2008: 104.594	2018: 87.020
1979: 160.311	1989: 118.483	1999: 116.002	2009: 99.491	2019: <u>86.579</u>

Dicho con las propias palabras del *Instituto Nacional de Estatística* (INE) de la República hermana:

<p><i>Entre 2015 e 2080, de acordo com o cenário central de projeção: Portugal perderá população, dos atuais 10,3 para 7,5 milhões de pessoas, ficando abaixo do limiar de 10 milhões em 2031.</i></p> <p><i>O número de jovens diminuirá de 1,5 para 0,9 milhões; mesmo admitindo aumentos no índice sintético de fecundidade, resulta, ainda assim, uma diminuição do número de nascimentos, motivada pela redução de mulheres em idade fértil, como reflexo de baixos níveis de fecundidade registados em anos anteriores.</i></p> <p><i>O número de idosos passará de 2,1 para 2,8 milhões. Face ao decréscimo da população jovem, a par do aumento da população idosa, o índice de envelhecimento mais do que duplicará, passando de 147 para 317 idosos, por cada 100 jovens, em 2080.</i></p> <p><i>O índice de envelhecimento só tenderá a estabilizar na proximidade de 2060, quando as gerações nascidas num contexto de níveis de fecundidade abaixo do limiar de substituição das gerações já se encontrarem no grupo etário 65 e mais.</i></p> <p><i>Estas tendências são em geral transversais a todas as regiões NUTS II (Norte, Centro, Área Metropolitana de Lisboa, Alentejo, Algarve, e regiões autónomas da Madeira e dos Açores).</i></p> <p><i>A população em idade ativa diminuirá de 6,7 para 3,8 milhões de pessoas. O índice de sustentabilidade (quociente entre o número de pessoas com idades entre 15 e 64 anos e o número de pessoas com 65 e mais anos) poderá diminuir de forma acentuada, face ao decréscimo da população em idade ativa, a par do aumento da população idosa. Este índice passará de 315 para 137 pessoas em idade ativa, por cada 100 idosos, entre 2015 e 2080.</i></p>	<p>Entre 2015 y 2080, según el escenario de proyección central: Portugal perderá población, de los actuales 10'3 a 7'5 millones de personas, cayendo por debajo del umbral de 10 millones en 2031.</p> <p>El número de jóvenes disminuirá de 1'5 a 0'9 millones; aun admitiendo aumentos en el índice sintético de fecundidad, todavía resulta una disminución en el número de nacimientos, motivado por la reducción de mujeres en edad fértil, lo que refleja los bajos niveles de fecundidad registrados en años anteriores.</p> <p>El número de ancianos aumentará de 2'1 a 2'8 millones. En vista de la disminución de población joven, junto con el aumento de la población anciana, la tasa de envejecimiento se duplicará, pasando de 147 a 317 ancianos, por cada 100 jóvenes, en 2080.</p> <p>El índice de envejecimiento solo tenderá a estabilizarse alrededor de 2060, cuando las generaciones nacidas en un contexto de niveles de fecundidad por debajo del umbral de reemplazo de generaciones ya estén en el grupo de edad de 65 años o más.</p> <p>Estas tendencias son generalmente transversales a todas las regiones NUTS II (Norte, Centro, Área Metropolitana de Lisboa, Alentejo, Algarve y regiones autónomas de Madeira y las Azores).</p> <p>La población en edad laboral disminuirá de 6'7 a 3'8 millones de personas. El índice de sostenibilidad (relación entre el número de personas de entre 15 y 64 años y el número de personas de 65 años o más) puede disminuir drásticamente, en vista de la disminución de la población en edad laboral, junto con el aumento de la población anciana. Este índice pasará de 315 a 137 personas en edad laboral, por cada 100 personas mayores, entre 2015 y 2080.</p>
--	---

Por fortuna, Portugal está buscando una alternativa mediante la naturalización de foráneos extra-europeos. Así, en 2018 nacionalizó a 127.950 y en 2019 nacionalizó a 121.087, es decir 40.930 y 34.508 personas respectivamente por encima del número de

los nacidos en territorio nacional portugués durante esos años, algo insólito en la mayor parte de la UE, aunque sea considerando que muchos de esos nuevos portugueses –y por tanto, nuevos europeos- son originarios de ex-colonias lusas.

España no está mucho mejor en estos términos. De hecho, el Fondo Monetario Internacional viene alertando desde hace años sobre los riesgos que atenazan en este frente a la economía española –con escaso eco en España, por cierto, al seguir instalada en su particular y tradicional *carpe diem*-.

Nacimientos en España

(Fuente: Eurostat)

1960: 660.129	1976: 677.456	1991: 395.989	2006: 481.295
1961: 651.558	1977: 656.357	1992: 396.747	2007: 491.138
1962: 655.829	1978: 636.892	1993: 385.786	2008: 518.503
1963: 668.472	1979: 601.992	1994: 370.148	2009: 493.717
1964: 694.625	1980: 571.018	1995: 363.469	2010: 485.252
1965: 673.551	1981: 533.008	1996: 362.626	2011: 470.553
1966: 667.163	1982: 515.706	1997: 369.035	2012: 453.348
1967: 677.487	1983: 485.352	1998: 365.193	2013: 424.440
1968: 664.948	1984: 473.281	1999: 380.130	2014: 426.076
1969: 664.114	1985: 456.298	2000: 397.632	2015: 418.432
1970: 661.065	1986: 438.750	2001: 405.313	2016: 408.734
1971: 671.554	1987: 426.782	2002: 417.688	2017: 391.265
1972: 672.103	1988: 418.919	2003: 440.531	2018: 370.827
1973: 672.726	1989: 408.434	2004: 453.172	
1974: 688.398	1990: 401.425	2005: 464.811	2019: <u>359.770</u>
1975: 669.378			INE (prov. 3.6.2020)

En consecuencia, la creciente deuda pública española también va a ser soportada por un menor número de ciudadanos españoles en edad de trabajar durante lo que resta de siglo, aunque España logre reducir notablemente el escandaloso nivel de desempleo que viene tolerando sin hacer nada que obtenga resultados efectivos y persistentes, desde la década de los 80 hasta la actualidad.

Habrá quien afirme que la primaria Federación entre Portugal y España para atajar problemas como este, que son una bomba de relojería en los pilares de sus respectivos Sistemas de Bienestar, sería como fusionar dos entidades financieras en números rojos con intención de sanearlas de mejor manera. Quienes sostengan argumentos similares, acreditan desconocer la enorme diferencia existente entre una *res publica* y una *res privata*, junto con la naturaleza de la *potestas* que la *maiestas* popular puede conferir a las autoridades de los tres poderes públicos. Toda sociedad anónima mercantil nace de una acotada ficción *iuris et de iure* del poder legislativo, a diferencia de la tangible realidad sociológica que late en una comunidad política soberana, cuyas capacidades únicamente vienen limitadas por la realidad física.

Portugal y España necesitan apuntalarse mutuamente y con espíritu fraterno, es decir, superando el egoísmo de una cuenta de resultados cortoplacista, para seguir gozando de una solvente autonomía política, económica y jurídica dentro de la indispensable Federación Europea, de la que deben ser vanguardia y pilar fundamental en el sudoeste europeo.

La afinidad cultural, axiológica e histórica, así como la complementariedad geográfica y económica, hacen de esa *Hispania Nova* o Federación Ibérica -o cómo decida bautizarla el nuevo soberano popular que nazca de ese pacto entre iguales- tanto una oportunidad indemorable como una necesidad imperiosa.

Tratándose de una Federación desequilibrada, donde una de las partes cuadruplica en población a la otra, resulta evidente que la *affectio societatis* ínsita en el *foedus* o pacto federal, ha de intentar reequilibrar esa diferencia. Por tal motivo, la capital federal y las instituciones básicas de la Federación deben ubicarse en territorio de la República Portuguesa, a criterio de la misma, aunque como a su vez existe la necesidad de reequilibrar la península ibérica como un conjunto armónico e integrado, lo óptimo sería que dicha capital se situase en el interior de Portugal, y distribuyendo las instituciones básicas entre varias localidades también del interior de Portugal –como Bragança, Almeida, Guarda, Castelo Branco, Portalegre, Estremoz, Évora, Moura, Beja o Serpa, entre otras-, de modo que el Tribunal Supremo, el Parlamento, la Presidencia Federal, los diferentes ministerios y organismos federales se repartiesen –como hizo en su día la República Federal de Alemania- para trabajar en red, impulsar las gestiones telemáticas, evitar la tentación centralizadora y preservar la diversidad.

Ni que decir tiene que el régimen lingüístico de esta Federación tendrá que respetar escrupulosamente los derechos subjetivos de sus ciudadanos, sin perjuicio de que los funcionarios federales deban manejar un código lingüístico interno para facilitar la eficiencia en sus trabajos, al igual que sucede en la Comisión Europea o en cualquier organización internacional. Ese respeto por la diversidad lingüística y cultural debe estar blindado, y fundamentalmente para aquellos idiomas que, como el vascuence, están en grave desventaja, al no compartir la proximidad que facilita el común tronco latino de los restantes idiomas surgidos de la vieja Hispania romana.

La armonización fiscal y de prestaciones sociales tendrá que ser paulatina, pero siempre habrá de estar presidida por el criterio de nivelación a favor de los menos favorecidos por la suma. La Federación generará beneficios de escala y de eficiencia en muchos órdenes, y estos beneficios deben destinarse de forma preferente a compensar las hipotéticas pérdidas transitorias de los colectivos que salgan algo relegados con el acuerdo federal.

En el ámbito exterior, la Federación luso-española debe a su vez operar bajo una representación única, donde los diplomáticos de origen portugués tengan un peso proporcionalmente superior, como vacuna preventiva ante las comprensibles suspicacias que podrían surgir. Según el *Lowy Institute*, durante 2019 España mantuvo 215 representaciones oficiales en el exterior (115 embajadas o asimiladas, 89 consulados, 10

misiones permanentes y otra representación equivalente), mientras que Portugal solo mantuvo 128 representaciones oficiales (71 embajadas o asimiladas, 48 consulados, 8 misiones permanentes y también otra representación equivalente). De esta manera, a pesar de la reducción de costes que la agrupación de representaciones podría suponer, el margen para incrementar la plantilla de diplomáticos de origen portugués sería muy considerable.

Análogas eficiencias podemos hallarlas en la creación de un Ejército Federal ibérico, donde dos ejércitos escasamente operativos fuera de territorio europeo pasarían a ganar en operatividad y economía de escala. Lo mismo puede afirmarse de las estructuras y contingentes de protección civil y lucha contra incendios, así como con otros muchos servicios públicos.

Conviene subrayar además que la mayor parte del camino en la creación de esta Federación ya ha sido convenientemente allanado por la Unión Europea, puesto que en la actualidad somos una mera sección del mercado interior de la Unión y, por tanto, el mercado interior ibérico ya es una realidad que solamente precisa de una formalización jurídica. Ya compartimos la misma unión aduanera y tenemos un arancel común, excepto las peculiaridades insulares y de las plazas norteafricanas, que pueden seguir manteniendo su *statu quo* sin ningún problema. Ya tenemos el mismo régimen tributario en la imposición indirecta por lo que atañe al Impuesto sobre el Valor Añadido, precisándose tan solo una escalonada aproximación de tipos de gravamen. Y, sobre todo, ya compartimos la misma moneda, que ya no es una moneda nacional portuguesa ni española, con lo que no habrá resistencias sentimentales en un campo tan simbólico para la ajeja, sacrosanta y vacía soberanía aparente de los Estados.

Con la Federación ganan los ciudadanos portugueses y los españoles, así como ambos Estados. Con esa Federación previa a la Fraternidad federal europea, ya no sería verosímil un ninguneo externo, como los que padecieron Portugal y España en y tras la de por sí infame Conferencia de Berlín de 1885. Ni sobre todo afrontas tan ominosas como la sufrida por Portugal con el Ultimátum de Lord Salisbury en 1890, que comportaba enviar al *HMS Enchantress* -fondeado en Vigo- a bombardear Lisboa con el apoyo si fuese necesario de toda la escuadra disponible de la zona. Episodio tan increíble este del Ultimátum –en el contexto de la longeva alianza anglo-lusa inaugurada mediante el Tratado de 1373, firmado por Eduardo III de Inglaterra y Fernando I de Portugal-, que estuvo en la génesis del propio himno portugués, musicado por Alfredo Keil y con letra de Henrique Lopes de Mendonça. Un himno que abrió las puertas a la nueva República Portuguesa, donde *Contra os Bretões marchar, marchar!*, se convirtió después en un más diplomático *Contra os canhões marchar, marchar!* O afrontas como el oprobio padecido por España en el reparto de áreas de influencia sobre el norte de Marruecos, donde solo fue un tonto peón útil para otros equilibrios continentales de la época.

Felizmente esas herencias del antiguo régimen, donde no había ciudadanos libres, sino siervos y súbditos, han pasado para no regresar jamás. De ahí que la

fraternal Unión Federal igualitaria entre Portugal y España será un fértil primer escalón en la senda hacia la constitución de la Federación Europea, que tanto necesitamos todos los europeos.

Además, con la Federación luso-española tampoco sería posible imponer como se impuso a Portugal unas condiciones tan abusivas para acceder al rescate financiero de 2011. En aquel entonces, la *Troika* -y singularmente dentro de ella la Comisión Europea, por parte de la UE-, impuso medidas que jamás osaría plantear a Estados de mayor dimensión demográfica y económica, como fue el caso de la propia España.

Sirva como ejemplo la obligación impuesta a Portugal de posibilitar en menos de dos años el acceso de las empresas no vinculadas por la Directiva Servicios al *Balcão Único* -o Punto de Contacto Único: *Point of Single Contact, PSC*-, algo solo previsto por la norma europea para todos los Estados de la UE en cuanto a las empresas estrictamente concernidas por esa Directiva. En otras palabras, se conminó a Portugal a obtener un resultado que ni siquiera fue alcanzado por la mayoría de los Estados en su parte legalmente obligatoria -según el Ordenamiento de la UE-, transcurridos ya más de diez años después de haber desplegado sus plenos efectos jurídicos y vinculantes aquella Directiva. Esto se puede constatar simplemente al intentar obtener información completa o tramitar comunicaciones, declaraciones responsables o autorizaciones de negocios incuestionablemente insertos en esa Directiva a través de la respectiva *Ventanilla Única* de cada Estado miembro, para poder iniciar legalmente y a distancia desde otro Estado un negocio tan simple como una peluquería o una agencia de viajes. Baste la prueba sobre cómo hacerlo actualmente en la ventanilla única española, donde es materialmente imposible lograrlo.

En cambio, por su dimensión, y únicamente por esta causa, España recibió una posterior y pródiga asistencia financiera para sanear sus cajas de ahorros, y no tuvo que aceptar en cambio obligaciones tan desorbitantes -*ultra vires*, diría un jurista-, como consta en su propio Memorando de Entendimiento con la Comisión Europea.

Cierto que la afrenta a Portugal del Memorándum de 2011 es considerablemente menor que la brutal amenaza de bombardeo y guerra sufrida con el Ultimátum de Lord Salisbury en 1890, pero la posibilidad de dicha afrenta tiene siempre como nexo la necesidad de ganar en dimensión y vigor para ser respetado. Considerando las proyecciones demográficas y económicas de Portugal y de España en lo que resta de siglo, una estrategia federativa es provechosa para ambos Estados y sobre toda para su ciudadanía, individualmente considerada. Según la consultora internacional PWC, incluso España caería en 2050 desde el puesto 16º del planeta al puesto 26º en PIB medido en paridad de poder adquisitivo, quedando detrás de países como Thailandia, Bangladesh, Pakistán o Egipto. Y, por cierto, ni un solo Estado europeo formaría parte de un hipotético G-8 en 2050, que estaría conformado por China, India, Estados Unidos, Indonesia, Brasil, Rusia, México y Japón.

Una Federación Ibérica así constituida, ante la excesiva demora en la constitución de la Federación Europea, dentro de la cual habría de imbricarse durante el presente

siglo, facilitaría un más equilibrado acuerdo similar con la República Francesa y, luego, a través de ella como eje, con la República Italiana. Este movimiento secuencial y bien engranado también facilitaría el ensamblaje con la República Federal Alemana como nexo con las restantes naciones europeas que se deseen unir libremente a este proyecto. Un proyecto que, a la postre, recordemos que tendría como resultado la articulación de nuestra pequeña península de Asia y que apenas reuniría al 5% de la población mundial. Una población europea singularmente envejecida, debilitada y disminuida para encarar un futuro tan apasionante como incierto, en el que elevar nuestra bandera supone defender nuestro modelo vital, nuestras libertades y nuestro Sistema de Bienestar, para hacerlo atractivo a más pueblos del planeta.

FIN

"Un jour viendra où
vous toutes nations
du continent,
sans perdre vos
qualités distinctes
et votre glorieuse
individualité,
vous vous fondrez
étroitement dans
une unité supérieure
et vous constituerez
la fraternité
européenne."

Victor Hugo

Congrès de la Paix
Paris
21 avril 1849

